



La Joven de
las Naranjas
Jostein Gaarder



«Mi padre murió hace once años, cuando yo sólo tenía cuatro. Creí que no volvería a saber nada de él pero ahora estamos escribiendo un libro juntos...».

Así comienza *La joven de las naranjas*, esta novela de Jostein Gaarder que hace reflexionar al lector sobre la intensidad de la Vida, pero también sobre la muerte. Una historia que nos habla del Tiempo y sobre qué somos realmente, qué misterio compartimos con el universo. ¿Elegiríamos nacer, y conocer la vida en toda su intensidad, sabiendo que quizá sea para permanecer sólo un instante en ella? ¿O rechazaríamos la oferta?

Georg, un joven de 15 años apasionado por la astronomía y por el telescopio Hubble, capaz de sacar espléndidas fotografías del universo a años luz, encuentra un día la carta que su padre le escribió al saber que iba a morir. En ella le habla del gran amor que sintió por la misteriosa Joven de las Naranjas para, finalmente, formularle una pregunta a la que Georg debe responder. Antes de contestar, Georg habrá escrito un libro con su padre, un libro que va más allá del tiempo y de los límites de la muerte.

La joven de la naranjas es un libro sobre la búsqueda e importancia del amor, y apunta directamente al corazón del lector y al gran dilema que habita en toda existencia: ¿cuál es la mirada que debemos adoptar para mirar el mundo?

«Gaarder tiene el milagroso don de volver suaves las cuestiones más serias y dolorosas de la existencia».

Nordeutscher Rundfunk.

Jostein Gaarder

La joven de las naranjas

ePub r1.1

Titivillus 02.04.16

Título original: *Appelsinpiken*

Jostein Gaarder, 2003

Traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Capítulo 1

Mi padre murió hace once años, cuando yo sólo tenía cuatro. Creí que no volvería a saber nada de él, pero ahora estamos escribiendo un libro juntos.

He aquí las primeras líneas, las escribo yo, pero poco a poco irá participando también mi padre. Él tiene más que contar.

No estoy seguro de si me acuerdo de él, probablemente sólo lo recuerdo porque lo he visto muchas veces en las fotografías que hay en casa.

Lo único que recuerdo con toda seguridad es algo que ocurrió una noche en que estábamos sentados en la terraza mirando las estrellas.

En una de las fotos, mi padre y yo estamos sentados en el sofá de piel amarillo del salón. Al parecer, él me está contando algo agradable. Aún tenemos ese sofá, pero mi padre ya no se sienta en él.

En otra foto estamos descansando en la mecedora verde, en la terraza acristalada. La foto está colgada aquí desde que murió mi padre. En este momento estoy sentado en la mecedora verde. Intento no mecarme porque estoy escribiendo en un gran cuaderno. Más tarde lo pasaré todo a limpio en el viejo ordenador de mi padre.

También tengo algo que contar sobre ese ordenador, pero volveré a ese tema más adelante.

Siempre me ha resultado extraño conservar todas esas fotos viejas. Pertenecen a un tiempo distinto al de ahora.

En mi habitación tengo un álbum lleno de fotos de mi padre. Es un tanto siniestro tener tantas fotos de una persona que ya no vive. También conservamos vídeos suyos, me resulta un poco tétrico oír su voz. Mi padre tenía una voz estruendosa.

Quizá debería estar prohibido ver vídeos de personas que ya no existen, o que ya no están entre nosotros, como dice mi abuela. No me parece bien espiar a los muertos.

En alguno de los vídeos también puedo escuchar mi propia voz. Es aguda y chillona. Me recuerda a la de un pajarito.

Así era entonces: mi padre era el bajo y yo el tiple.

En uno de los vídeos estoy sentado sobre los hombros de mi padre intentando coger la estrella del árbol de Navidad. No tengo más que un año, pero casi logro

engancharla.

Cuando mamá está viendo vídeos de mi padre y míos se echa de vez en cuando hacia atrás y se ríe mucho, aunque ella era quien en su momento estaba detrás de la cámara grabando. A mí no me parece bien que se ría cuando ve vídeos de mi padre. No creo que a él le hubiera gustado. Tal vez habría dicho que eso era incumplir las reglas.

En otro vídeo, mi padre y yo estamos sentados tomando el sol delante de nuestra cabaña en la montaña Fjellstølen. Es Semana Santa y tenemos cada uno media naranja en la mano. Yo intento sorber el zumo de la mía sin pelarla. Seguro que mi padre está pensando en otras naranjas muy distintas.

Fue justo después de esa Semana Santa cuando mi padre se puso enfermo. Estuvo enfermo durante más de medio año y tenía miedo de morir. Creo que sabía que no iba a vivir mucho.

Mamá dice muchas veces que mi padre estaba especialmente triste porque tal vez iba a morir antes de tener tiempo de conocerme de verdad. La abuela dice algo por el estilo, sólo que de una forma más misteriosa.

A la abuela siempre le sale una voz un poco rara cuando me habla de mi padre. Tal vez no sea de extrañar. Los abuelos perdieron a un hijo adulto. No sé cómo sienta eso. Afortunadamente, tienen otro hijo que vive. Pero la abuela nunca se ríe al mirar las viejas fotos de mi padre. En esas ocasiones está en un estado de recogimiento, según sus propias palabras.

Al parecer, mi padre había decidido que no se podía hablar en serio con un niño de tres años y medio. Hoy entiendo lo que quería decir con eso, y tú que estás leyendo este libro también lo entenderás.

Tengo una foto de mi padre acostado en la cama del hospital. En esa foto su cara está muy flacucha. Yo estoy sentado sobre sus rodillas mientras él me tiene cogido por las manos para que no me caiga encima de él. Intenta sonreírme. La foto está hecha sólo unas semanas antes de que muriera. Me hubiese gustado no tener esa foto, pero, ya que la tengo, no puedo tirarla. Y tampoco puedo dejar de mirarla.

Hoy tengo quince años, o quince años y tres semanas Para ser exacto. Me llamo Georg Røed y vivo en Humleveien (Camino del Abejorro) en Oslo, con mamá, Jørgen y Miriam. Jørgen es mi nuevo padre, pero yo lo llamo por su nombre. Miriam es mi

hermana. Sólo tiene año y medio y es demasiado pequeña aún para poder hablar seriamente con ella.

Como es natural, no existe ninguna foto o vídeo antiguos de Miriam y mi padre. El padre de Miriam es Jørgen. Yo fui el único hijo de mi padre.

Al final de este libro habrá una información espectacular sobre Jørgen. No se puede revelar ahora, pero quien lo lea lo sabrá.

Después de morir mi padre, los abuelos vinieron a casa para ayudar a mamá a ordenar las cosas que él dejó. Pero hubo algo importante que nadie encontró: un largo relato que mi padre había escrito antes de que lo llevaran al hospital.

En aquella época nadie sabía que mi padre había escrito un relato. La historia sobre «La Joven de las Naranjas» no apareció hasta el lunes pasado. Ese día la abuela fue al cobertizo de las herramientas del jardín, y encontró el relato dentro del forro de la sillita roja de niño que usaban para llevarme de paseo cuando era pequeño.

El por qué fue a parar allí sigue siendo un pequeño misterio. No creo que sea una casualidad, porque ese relato escrito por mi padre cuando yo tenía tres años y medio guardaba relación con aquella sillita, lo que no quiere decir que sea un cuento sobre sillitas de niños. Mi padre escribió la historia de «La Joven de las Naranjas» para que yo la leyera cuando fuera lo bastante mayor como para entenderla. Escribió una carta para el futuro.

Si realmente fue mi padre el que hace tanto tiempo metió esas hojas en el forro de la vieja sillita, debió de creer firmemente en ese dicho de que el correo siempre llega. He aprendido que puede ser una buena regla mirar detenidamente todas las cosas viejas antes de regalarlas para rastrillos o tirarlas a un contenedor. Apenas me atrevo a pensar en todas las viejas cartas y cosas por el estilo que podrían encontrarse en un vertedero.

Llevo varios días pensando en eso. Opino que habría maneras mucho más sencillas de enviar una carta al futuro que meterla en el forro de una sillita de niño.

Alguna rara vez queremos que lo que escribimos no sea leído por nadie hasta pasadas cuatro horas, catorce días o cuarenta años. La historia de «La Joven de las Naranjas» era uno de esos casos. Se escribió para un niño llamado Georg de doce o catorce años, es decir para un chico llamado Georg a quien mi padre todavía no conocía ni conocería nunca.

Pero ahora debemos dar un verdadero principio a esta historia.

Hace apenas una semana, al volver de la Escuela de Música, me encontré con la visita sorpresa de mis abuelos, que habían venido en coche desde Tønsberg, la pequeña ciudad donde viven. Iban a quedarse hasta la mañana siguiente.

También estaban allí mamá y Jørgen, y los cuatro tenían cara de expectación cuando entré en el cuarto de estar y me puse a quitarme los zapatos. Estaban sucios y llenos de barro, pero a nadie parecía preocuparle. Daban la impresión de estar pensando en otra cosa, y tuve la sensación de que algo flotaba en el aire.

Mamá dijo que ya había acostado a Miriam, lo que estaba muy bien, ya que habían llegado los abuelos y no son los abuelos de Miriam, claro. Miriam tiene sus propios abuelos paternos. También ellos son buenas personas, y de vez en cuando vienen a casa, pero hay un refrán noruego que dice que la sangre es más espesa que el agua.

Entré en el salón y me senté en la alfombra. Todos estaban tan solemnes que pensé que había sucedido algo grave. No recordaba haber hecho nada malo en el colegio en los últimos días, había vuelto a la hora normal de la clase de piano, y hacía meses que no cogía una moneda de diez coronas de la encimera de la cocina, así que pregunté: «¿Ha ocurrido algo?».

La abuela empezó a explicar que habían encontrado una carta que mi padre me había escrito justo antes de morir. Se me hizo un nudo en el estómago. Hacía once años que mi padre había muerto y yo ni siquiera estaba seguro de acordarme de cómo era. Una carta de mi padre sonaba a algo muy serio, casi como un testamento.

De repente la abuela me alcanzó un gran sobre que tenía en las manos. Estaba cerrado y sólo ponía «Para Georg». No era la letra de la abuela ni la de mamá, ni tampoco la de Jørgen. Abrí el sobre lleno de impaciencia y saqué un montón de hojas. Al ver lo que ponía arriba en la primera de ellas me sobresalté:

¿Estás cómodo, Georg? Es importante que estés bien sentado, porque voy a contarte una inquietante historia.

Me sentí aturdido. ¿Qué era aquello? Una carta de mi padre. Pero... ¿era auténtica?

«¿Estás cómodo, Georg?» En ese momento me pareció oír su voz estruendosa, no en vídeo sino la voz de mi padre, como si de repente estuviera vivo y sentado con nosotros en el cuarto de estar.

Aunque el sobre estaba cerrado antes de que yo lo abriera, pregunté a los mayores si habían leído ya la larga carta, pero todos lo negaron con un movimiento de cabeza,

y dijeron que no habían leído ni una sola frase.

«Ni una letra», dijo Jørgen. Parecía un poco tímido, lo cual no es típico de él. Pero quizá les dejara leer la carta de mi padre cuando yo la hubiera acabado, añadió. Creo que tenía mucha curiosidad por saber lo que ponía en ella. Tuve la sensación de que tenía mala conciencia por algo.

La abuela me contó por qué habían cogido el coche y habían venido a Oslo esa tarde. Fue porque creía haber resuelto un viejo misterio, dijo. Todo sonaba bastante misterioso, y de hecho lo era.

Cuando mi padre estaba enfermo le dijo a mamá que estaba escribiendo una carta para mí. Se trataba de una carta que yo leería cuando me hiciera mayor. Pero la presunta carta nunca apareció, y yo ya tenía quince años.

La novedad era que la abuela de repente se había acordado de otra cosa muy distinta que también dijo mi padre. Pidió que nadie tirase la sillita roja de paseo. La abuela dijo que se acordaba de cada palabra que mi padre había dicho sobre ese tema cuando ya estaba en el hospital. «No os desprenderéis nunca de la sillita, ¿verdad?», dijo. «No lo hagáis, por favor. Ha significado mucho para Georg y para mí en estos meses. Quiero que sea para él. Cuando tenga edad suficiente para entenderlo, decidle que yo quería que la conservara».

Por esa razón la vieja sillita no se tiró ni se regaló a ningún rastrillo de beneficencia. Incluso Jørgen había sido instruido al respecto. Desde que vino a vivir a Humleveien sabía que había una cosa que no podía tocar: la sillita roja de paseo. Tanto respetaba esa prohibición que insistió en comprar una silla nueva a Miriam. Tal vez no le gustara la idea de pasear a su hija en la misma sillita en la que mi padre unos años atrás me había paseado a mí. Pero también podría simplemente ser porque quería una silla nueva y más moderna. Le gusta seguir la moda; mejor dicho, le gusta estar a la última.

Así que una carta y una sillita de niños. Pero la abuela tardó once años en resolver el rompecabezas. Por fin se había dado cuenta de que alguien debería ir al cobertizo de las herramientas y echar un vistazo a la vieja sillita. Y no se equivocó. La sillita no sólo era una silla. Era un buzón.

Yo no tenía claro si debía o no crearme esa historia. Nunca resulta fácil saber si los padres o los abuelos dicen la verdad, sobre todo cuando se trata de «asuntos delicados», como suele llamarlos la abuela.

Lo que más misterioso me resulta hoy es que a nadie se le ocurriera intentar conectar el viejo ordenador de mi padre once años atrás. ¡En ese ordenador escribió la carta! Claro que habían intentado encenderlo, pero no habían tenido imaginación

suficiente para adivinar su clave personal. Tenía que tener como máximo ocho letras, así eran los ordenadores de entonces. Pero ni siquiera mamá logró encontrar la clave. Es increíble. ¡Y llevaron el ordenador al desván sin más!

Más adelante volveré a lo del ordenador de mi padre. Ya es hora de que le ceda la palabra a él, aunque intercalaré algún comentario mío en el camino. Además, escribiré un epílogo. Tengo que hacerlo, porque esa larga carta de mi padre es una pregunta muy seria. A él le importa mucho lo que yo conteste a esa pregunta.

Me dieron una botella de coca-cola y me llevé el montón de hojas a mi habitación. Para una vez que cierro la puerta con llave desde dentro, mamá protesta; pero se dio cuenta de que no sirvió de nada.

Era algo tan solemne leer una carta de una persona que ya no vive, que no soportaba la idea de tener a toda la familia dando vueltas a mi alrededor. Al fin y al cabo, se trataba de una carta de mi padre muerto hacía once años. Necesitaba tranquilidad.

Fue una sensación muy rara tener las hojas impresas entre las manos, era algo así como descubrir un álbum de fotos con fotos completamente nuevas de mi padre y mías. Fuera nevaba intensamente. Ya había empezado a nevar cuando volvía de la Escuela de Música. Pero la nieve seguramente no cuajaría. Estábamos a principios de noviembre.

Me senté en la cama y empecé a leer.

¿Estás cómodo, Georg? Es importante que estés bien sentado, porque voy a contarte una inquietante historia. Pero tal vez te hayas acomodado ya en el sofá de piel amarillo. Bueno, si es que no lo habéis cambiado por uno nuevo, qué sé yo. O también puedes haberte sentado en la vieja mecedora del jardín de invierno que tanto te gustaba. ¿O estás en la terraza? Es que no sé en qué estación te encuentro. Bueno, también puede ser que ya no viváis en Humlevei.

¿Qué sé yo!

No sé nada. ¿Quién es el primer ministro de Noruega? ¿Cuál es el nombre del secretario general de las Naciones Unidas? ¿Cómo le va al telescopio Hubble, sabes algo? ¿Los astrónomos han aprendido algo más sobre cómo está atornillado este Universo?

Varias veces he intentado imaginarme cómo será el mundo dentro de unos años, pero nunca he conseguido forjarme una buena imagen de ti y de cómo eres ahora. Sólo sé quién fuiste. Ni siquiera sé la edad que tienes al leer esto. Tal vez tengas doce o catorce años, y yo, tu padre, salí del tiempo hace mucho.

La verdades que ya me siento como un fantasma, y me pongo a jadear en busca

de aliento cada vez que pienso en ello. Empiezo a entender por qué los fantasmas suelen aullar y hacer ruidos como un huracán. No es para aterrorizar a sus descendientes. Es sólo porque les resulta difícilísimo respiraren una época distinta a la que fue la suya propia.

No sólo tenemos un lugar en la vida. También tenemos un tiempo medido.

Así es, y no puedo hacer sino tomar como punto de partida todo lo que me rodea en este momento. Estamos en el mes de agosto de 1990.

Hoy, es decir, cuando leas esto, habrás olvidado la mayor parte de las vivencias que compartimos tú y yo en aquellos calurosos meses del verano en que tenías tres años y medio. Pero los días aún son nuestros, y todavía nos quedan muchos buenos ratos juntos.

Te diré en lo que pienso mucho últimamente: con cada día que pasa, y con cada pequeña cosa que tú y yo nos inventemos juntos, aumenta la posibilidad de que me recuerdes.

Ahora cuento las semanas y los días. El martes estuvimos en la torre de Tryvann^[1] contemplando la mitad del reino, como se dice en los cuentos. Pudimos ver hasta Suecia. Mamá también vino, estuvimos allí los tres. Pero ¿tú lo recuerdas?

Inténtalo al menos, Georg. Inténtalo, pues todo está dentro de ti.

¿Te acuerdas del gran tren BRÍO? Juegas con él muchas horas al día. Puedo verlo mientras escribo. El suelo está sembrado de raíles, vagones y barcos que transporta el tren; está todo exactamente como lo dejaste hace un momento. Al final, tuve que arrancarte de allí para que llegáramos a tiempo a la guardería. Pero es como si tus pequeñas manos aún estuvieran tocando las piezas. No me atrevo a quitar ni un solo raíl.

¿Recuerdas aquel ordenador en el que tú y yo jugábamos los fines de semana? Cuando era completamente nuevo estaba arriba en mi despacho, pero la semana pasada lo bajé al cuarto de estar. Ahora prefiero estar aquí, donde están todas tus cosas. Por las tardes también estáis mamá y tú aquí conmigo. Además, ahora también vienen los abuelos más a menudo. Eso está muy bien.

¿Te acuerdas del triciclo verde? Está resplandeciente en el caminito de gravilla. Si no lo has olvidado, será porque sigue en el garaje o en el cobertizo de las herramientas, aunque viejo y usado, supongo. ¿O acabó en un rastrillo?

¿Y la sillita roja, Georg? ¿Qué pasó con ella?

Al menos tendrás algunos recuerdos de todos esos paseos que dimos alrededor del lago de Sogn, o de todas las visitas a la cabaña en la montaña. Hemos estado allí tres

fin de semana seguidos. Pero no me atrevo a preguntar más, tal vez no recuerdes nada de aquella época, Georg, que también fue la mía. Poco importa.

Dije que iba a contarte una historia, pero no es algo trivial encontrar el tono adecuado para esta carta. Supongo que he cometido el error de dirigirme al niño que me parece conocer tan bien, aunque cuando leas estas líneas ya no serás *pequeño*. Ya no serás el angelito de los rizos dorados.

Me oigo a mí mismo balbuceando como hacen las señoras mayores con los niños pequeños, lo cual es bastante tonto, porque yo me dirijo al Georg adulto, al que no tuve tiempo de conocer, con el que nunca me dio tiempo a hablar de verdad.

Miro el reloj. Hace sólo una hora que volví a casa después de dejarte en la guardería.

Cuando cruzamos el arroyo, siempre quieres bajarte de la sillita para tirar un palo o una piedra al agua. Un día también encontraste una botella vacía de refresco y la tiraste. Ni siquiera intenté detenerte. Estos días se te permite hacer más cosas que de costumbre. Y cuando llegamos a la guardería, sueles entrar corriendo antes de que hayamos tenido tiempo de despedirnos. Eres tú el que más prisa tiene. Es curioso. A menudo parece que la gente mayor tiene menos prisa que los niños pequeños, que tienen toda la vida por delante.

No es que yo sea muy mayor, creo que puedo decir que aún soy un hombre joven, al menos soy un padre joven. Y sin embargo me hubiera gustado poder detener el tiempo. No me hubiera importado que uno de estos días durase eternamente. Claro está que llegaría primero la tarde y luego la noche, pues el día tiene su propio ritmo, su propio ritmo cíclico, pero el día siguiente podría empezar exactamente donde empezó el anterior.

Ya no siento necesidad de ver o vivir más cosas de las que he vivido. Lo que sí desearía fervientemente es mantener lo que tengo. Pero los ladrones me acechan, Georg, unos huéspedes que jamás han sido invitados han empezado a chuparme la energía vital. Deberían avergonzarse de ello.

Siento como algo muy entrañable y doloroso acompañarte a la guardería estos días. Aunque todavía no me resulta problemático moverme, ni siquiera empujarte en la sillita, soy consciente de que mi cuerpo está muy enfermo.

Las enfermedades benignas meten al paciente en la cama de inmediato. Las malignas suelen necesitar mucho tiempo hasta que te dan un fuerte golpe que te deja en el suelo para siempre. Tal vez no recuerdes que yo era médico, aunque supongo que te lo habrá dicho mamá, estoy seguro. Ahora estoy de baja en el centro médico en el que trabajo, y sé de lo que estoy hablando. No soy un paciente fácil de engañar.

Como ves, hay dos tiempos en nuestra contabilidad, o mejor dicho, en este último encuentro entre tú y yo. Es como si nos encontráramos cada uno en una cima cubierta de niebla intentando poder ver al otro. Entre los dos hay un valle maravilloso que tú acabas de abandonar en tu camino por la vida, y en el que yo nunca te veré. Y sin embargo, debo tener presentes los dos momentos: el de ahora, escribiéndote por las mañanas mientras tú estás en la guardería, y el momento de lectura, que sólo te pertenece a ti cuando un día leas esto.

Has de saber que escribir una carta a un hijo que ya no tiene padre hace que se me parta el corazón, y supongo que a ti también te dolerá un poco leerla. Pero ahora eres un hombrecito. Si yo he conseguido plasmar estas líneas en el papel, tú tendrás que tener la fuerza de leerlas.

Como puedes comprender, he asumido que tal vez tenga que marcharme pronto de aquí, del sol, de la luna y de todo lo que hay, y *más* que nada, de mamá y de ti. Ésa es la verdad, y la verdad duele.

Tengo que preguntarte algo muy serio, Georg, ésa es la razón por la que escribo. Pero para poder hacerte la pregunta, primero tengo que escribir esta inquietante historia, tal y como te prometí.

Desde que naciste, he soñado con el día en que te contaría la historia de la Joven de las Naranjas. Hoy, es decir, en el momento de escribir esto, eres demasiado pequeño para entenderla. De modo que tendrá que ser mi pequeña herencia para ti. Tendrá que esperarte en algún lugar y aguardar a que llegue otra etapa de tu vida.

Ahora ha llegado esa etapa.

Cuando hube leído hasta aquí, tuve que levantar la cabeza. Muchas veces he intentado recordar a mi padre, y ahora volví a intentarlo. Él me lo había pedido. Pero todo lo que recordaba me parecía sacado de los vídeos y del álbum de fotos.

Recordaba que tuve un gran tren BRIO cuando era pequeño, pero eso no me ayudaba a acordarme de cómo era mi padre. Aunque el triciclo verde seguía en el garaje, yo estaba casi seguro de que lo recordaba desde pequeño. Y la sillita roja siempre había estado al fondo del cobertizo de las herramientas. Pero no conseguía recordar ninguno de aquellos paseos alrededor del lago de Sogn. Tampoco recordaba haber estado en la torre de Tryvann con él. Había estado muchas veces en la torre de Tryvann, pero con Jørgen y mi madre. Una vez estuve sólo con Jørgen. Fue cuando mamá estaba en el hospital con motivo del nacimiento de Miriam.

Naturalmente, tenía un montón de recuerdos de la cabaña de Fjellstølen. Pero mi

padre no cabía en ninguno de esos recuerdos. En ellos sólo estaban mamá, Jørgen y el bebé Miriam. Tenemos allí arriba un viejo diario en el que escribimos cada vez que vamos, y he leído muchas veces lo que mi padre escribió en él antes de morir. El problema está en que no sé si recuerdo algo sobre lo que él escribió, pasaba como con las fotos y los vídeos. «El Sábado Santo Georg y yo construimos una enorme cabaña de nieve con farolas también de nieve...» Claro que había leído todas esas historias, y algunas incluso me las sabía de memoria. Pero jamás había conseguido recordar si yo había participado en algo de lo que hablaban las historias. No tenía más de dos años y medio cuando mi padre y yo construimos la enorme cabaña de nieve. Tenemos una foto de ella, pero es tan oscura que sólo se ven las luces.

Luego mi padre me hacía otra pregunta en esa larga carta que había empezado a leer:

¿Cómo le va al telescopio Hubble, sabes algo? ¿Los astrónomos han aprendido algo más sobre cómo está atornillado este Universo?

Sentí un escalofrío al leer esas líneas, porque acababa de hacer un extenso trabajo para el colegio sobre el telescopio espacial, o Hubble Space Telescope, como se llama en inglés. Otros de mi clase habían escrito sobre el fútbol inglés, las Spice Girls o Roald Dahl. Pero yo había ido a la biblioteca pública a buscar todo lo que tenían sobre el telescopio Hubble, y había hecho el trabajo sobre ese tema. No hacía más que un par de semanas que se lo había entregado al profesor. Escribió en el cuaderno que estaba impresionado por la «aproximación tan madura, reflexionada y bien documentada a una materia tan compleja». Creo que nunca me he sentido tan orgulloso como cuando leí esa frase. El título del comentario del profesor era: «¡Flores para un astrónomo aficionado!». Incluso dibujó un ramo.

¿Fue un visionario mi padre? ¿O era pura casualidad que me preguntara por el telescopio Hubble sólo unas semanas después de que yo hubiera acabado mi trabajo sobre ese tema?

¿O no era auténtica la carta de mi padre? ¿O estaba vivo todavía? Volví a sentir escalofríos.

Seguía sentado en la cama pensando. El telescopio Hubble fue puesto en órbita alrededor de la Tierra desde la nave espacial Discovery 25, en el mes de abril de 1990. Fue justo en la época en la que mi padre enfermó, después de la Semana Santa de 1990. Siempre lo había sabido, pero no había caído en que coincidía exactamente con la fecha en la que el telescopio Hubble fue puesto en órbita. Tal vez mi padre se enteró de su enfermedad el mismo día que el Discovery fue lanzado desde Cabo Cañaveral con el telescopio a bordo, tal vez a la misma hora, tal vez en el mismo minuto.

Entonces, podía comprender que le interesara saber cómo le iba a la nave espacial, pues no tardó en descubrirse que había un defecto grave en el pulido del espejo principal del telescopio. Mi padre no podía saber que ese defecto fue reparado por astronautas de la nave espacial Endeavour en el mes de diciembre de 1993, casi exactamente tres años después de su muerte. Y por supuesto, no sabía nada de todo ese extraordinario equipamiento que fue montado en el telescopio en el mes de febrero de 1997.

Mi padre murió antes de tener tiempo de saber que el telescopio Hubble ha sacado las mejores y más nítidas fotografías del Universo. Yo había encontrado muchas de ellas en Internet y había incluido un montón en el trabajo. Incluso he colgado alguna de las que más me gustan en mi habitación, por ejemplo la buenísima foto de la estrella gigante Eta Carina, que se encuentra a más de 8.000 años luz de nuestro sistema solar. Eta Carina es una de las estrellas con mayor masa de la Vía Láctea y pronto explotará como una supernova antes de terminar como una estrella de neutrones o un agujero negro. Otra de mis fotos favoritas es la que muestra las enormes columnas de gas y polvo en la Niebla del Águila (también llamada M16). ¡Allí nacen nuevas estrellas!

Hoy sabemos mucho más del Universo de lo que sabíamos en 1990, y en gran parte, gracias al telescopio Hubble. Ha sacado miles de fotos de galaxias y nebulosas a millones de años luz de la Vía Láctea. Además, ha obtenido unas fotografías increíbles del pasado del Universo. Tal vez suene un poco misterioso eso de sacar fotos del pasado del Universo, pero contemplar el Universo equivale a mirar hacia atrás en el tiempo. La luz se mueve a una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, y sin embargo la luz procedente de galaxias lejanas puede tardar millones de años en llegar hasta nosotros, porque el Universo es enorme. El telescopio Hubble ha sacado fotos de galaxias que se encuentran a más de doce mil millones de años luz, y eso significa que también ha mirado más de doce mil millones de años hacia atrás en la historia del Universo. Resulta casi imposible de comprender, porque entonces el Universo tenía menos de mil millones de años. El telescopio Hubble ha conseguido mirar hacia atrás casi hasta el Big Bang, que es cuando se crearon el tiempo y el espacio. Yo sé bastante de esas cosas, por eso escribo sobre ellas ahora. Pero tengo que cuidarme de no escribir todo lo que sé. ¡El trabajo que entregué al profesor tenía cuarenta y siete páginas!

Me pareció tremendo que mi padre me escribiera sobre el telescopio. Siempre me ha interesado la investigación espacial, y tal vez esa capacidad de elevar la mirada por encima de todo lo que ocurre en la superficie de este planeta sea hereditaria. Pero

también podría haber elegido hacer mi trabajo sobre el programa Apolo y los primeros seres humanos en la luna. Podría haber escrito sobre galaxias y agujeros negros, porque también sé bastante sobre las galaxias y los agujeros negros, por no decir de las galaxias con agujeros negros. Podría haber escrito sobre el sistema solar con los nueve planetas y el gran cinturón de asteroides entre Júpiter y Marte. O también podría haber escrito sobre los grandes telescopios en Hawai. Pero, como ya sabemos, elegí escribir sobre el telescopio Hubble. ¿Cómo pudo adivinarlo mi padre?

Resultaba más fácil entender por qué mencionó al secretario general de las Naciones Unidas. Seguramente fue porque yo nací el 24 de octubre, es decir, el día de la ONU. El nombre del secretario general de la ONU es Kofi Annan. Y el primer ministro de Noruega se llama Kjell Magne Bondevik. Acaba de relevar a Jens Stoltenberg.

Mientras yo seguía pensando, mamá llamó a la puerta y preguntó cómo iba todo. Me limité a decir «No me molestes», pues aún no había leído más que cuatro páginas.

Pensé: Cuéntame, papá, háblame de la Joven de las Naranjas. Estoy preparado. Ha llegado el día. Ha llegado la hora de la lectura.

La historia de la Joven de las Naranjas empieza una tarde en que yo estaba delante del Teatro Nacional esperando el tranvía. Era a finales de la década de los setenta, avanzado el otoño.

Recuerdo que estaba pensando en mi recién empezada carrera. Me resultaba extraño imaginarme que un día sería licenciado en medicina, y recibiría a pacientes de verdad que dejarían su destino en mis manos. Llevaría una bata blanca, estaría sentado junto a un gran escritorio y diría «Le haremos un análisis de sangre, señora Johnsen». O «¿Llevas mucho tiempo con esas molestias?».

Por fin llegaba el tranvía. Pude verlo a lo lejos, primero se deslizó por el Parlamento y luego subió lentamente por Stortingsgaten. Hay algo que me molesta ligeramente desde entonces, y es que soy incapaz de recordar adónde me dirigía aquel día. Pero al menos recuerdo que subí a un tranvía brillante y azul que iba al barrio de Frogner y estaba lleno de pasajeros.

Lo primero en lo que me fijé fue en una chica muy divertida que estaba de pie en medio del vagón con una gran bolsa de papel llena hasta arriba de naranjas. Llevaba un gastado anorak naranja, y recuerdo haber pensado que esa bolsa que apretaba con tanta fuerza contra su cuerpo era tan grande y estaba tan llena que se le podría caer en cualquier momento. Ahora bien, no era la bolsa de naranjas lo que más me interesaba, sino la joven que la llevaba. Enseguida me di cuenta de que esa chica era algo muy especial, había en ella algo mágico e insondable, algo fascinante.

Además, vi que ella me miró, como si me hubiera elegido de entre toda esa multitud que entraba en el tranvía, duró sólo un segundo, pero fue como si entre los dos se hubiera establecido una secreta alianza. En cuanto entré, ella clavó sus ojos en mí, y tal vez fui yo el primero en desviar la mirada, quizá porque en aquella época era extraordinariamente tímido. Y sin embargo recuerdo que, en el transcurso de aquel corto trayecto de tranvía, supe con toda certeza que jamás olvidaría a esa chica. No sabía quién era ni cómo se llamaba, pero desde el primer momento ejerció sobre mí un inquietante poder.

Era media cabeza más baja que yo, tenía una larga melena negra, los ojos marrones y, como yo, unos diecinueve años. En el momento de levantar la vista fue como si me saludara sin hacer el más leve movimiento de cabeza, a la vez que me sonreía de un modo burlón, como si nos conociéramos de antes, o —y no vacilo un instante en decirlo— como si ella y yo hubiéramos compartido toda una vida hacía mucho, muchísimo tiempo. Tuve la sensación de leer un mensaje en este sentido en la mirada marrón.

Al sonreír se le hacían un par de hoyuelos en las mejillas y, aunque no por eso, me recordaba a una ardilla, al menos era igual de graciosa. Si los dos hubiéramos compartido una vida, tal vez habría sido como dos ardillas en un árbol, pensé, y esa idea, la de una vida de ardilla jugando con esa misteriosa joven de las naranjas no era nada desagradable.

Pero ¿por qué esa sonrisa tan pilla y desafiante? ¿Era realmente a mí al que sonreía? ¿O simplemente sonreía por algún pensamiento divertido que no tenía que ver conmigo? ¿O tal vez se estaba riendo de mí? También ésa era una posibilidad con la que había que contar. Pero yo no tenía un aspecto especialmente gracioso, me creía bastante corriente, y era ella, no yo, la que tenía un aspecto un poco cómico con esa enorme bolsa de naranjas apretada contra el estómago. Quizá se reía de sí misma. No todo el mundo es capaz de eso.

No me atreví a volver a mirarla a los ojos. Sólo miraba fijamente la gran bolsa de naranjas. Ahora se le caerá, pensé. Que no se le caiga. Pero sí que se le cayó.

Habría al menos cinco kilos de naranjas en la bolsa, tal vez ocho o diez.

El tranvía sube por Drammensveien. Intenta imaginarte sus saltos y sacudidas. Se para delante de la embajada de Estados Unidos, luego en la plaza de Solli y, cuando está a punto de girar para subir por Frognerveien, sucede justo lo que me estaba temiendo. De repente, el tranvía da un peligroso bandazo, la joven de las naranjas se

tambalea ligeramente, y en una milésima de segundo comprendo que tengo que salvar del naufragio la enorme bolsa de naranjas. ¡Ahora... no, ahora!

Tal vez sea en ese momento cuando hago un cálculo fatalmente erróneo. Realizo, al menos, una maniobra nefasta. Escucha: muy decidido alargo los brazos, y con uno de ellos sujeto la bolsa de papel marrón, mientras con el otro rodeo la cintura de la joven. ¿Y qué crees que pasó? Pues que a la chica del anorak naranja se le cae la bolsa de las naranjas, claro; o soy yo quien la aprieta y le hago soltar la bolsa, como si tuviera celos de ella y quisiera quitarla de en medio, con el tristísimo resultado de que treinta o cuarenta naranjas van rodando por todo el tranvía entre los pasajeros. Había cometido muchas tonterías en mi vida, pero ésta superó a todas, fue el momento en que pasé más vergüenza de toda mi vida.

Basta de naranjas por ahora, deja que rueden por el suelo durante unos segundos más, pues esta historia del tranvía no trata de ellas. Al cabo de un instante la chica se vuelve hacia mí, y esta vez no sonrío. Al principio está únicamente triste, al menos una sombra oscura le recorre la cara. No puedo saber lo que está pensando, pero da la impresión de estar a punto de echarse a llorar en cualquier momento. Es como si cada naranja tuviera para ella un significado especial, pues sí, Georg, como si cada una de ellas fuera irremplazable. Al cabo de un instante me mira muy ofendida dándome a entender que me considera responsable de lo ocurrido. Me siento como si hubiera destrozado su vida, por no decir la mía. Me siento como si hubiera destrozado mi futuro.

Deberías haber estado allí en ese momento para salvarme de la situación, podrías haber dicho algo divertido y oportuno. Pero en aquellos tiempos yo no tenía una manita en la que refugiarme, todo eso sucedió muchos años antes de que tú nacieras.

Profundamente avergonzado me pongo a cuatro patas y empiezo a recoger naranjas entre una multitud de botas sucias, pero sólo logro salvar una parte de ellas. La bolsa en la que estaban se ha roto, lo descubro enseguida, y no me sirve de nada.

Pensé que tenía gracia el hecho de que hubiera caído rendido ante los encantos de la joven, literalmente y nunca mejor dicho. Varios pasajeros se echan a reír alegremente, pero sólo los más simpáticos, porque tampoco escasean los gestos irritados. El tranvía está muy lleno y la apretura es insoportable. Me fijo en que todos los pasajeros que han presenciado lo sucedido me consideran culpable de algo que en realidad pretendió ser un galante acto de salvamento.

Lo último que recuerdo de aquel infeliz viaje en tranvía es la siguiente imagen: me he levantado del suelo y estoy de pie con los brazos llenos de naranjas, me he metido dos en los bolsillos de los pantalones, y cuando me encuentro de nuevo delante de la

chica del anorak naranja, me mira directamente a los ojos y dice en tono irónico: «¡Dichoso gnomo!».

Fue una amonestación, no cabe duda, pero de repente recupera parte de su buen humor y dice, en parte reconciliadora, en parte burlona: «¿Puedo coger una naranja?».

«¡Perdóname!» me limito a decir, «¡perdóname!».

El tranvía se para delante de la chocolatería Møllhausen en Frogner, se abren las puertas, hago un gesto aturdido a la chica de las naranjas, a mis ojos casi sobrenatural, y al instante coge una naranja de mis repletos brazos y desaparece por la calle a un paso tan ligero como si de un hada de los cuentos se tratara.

El tranvía da una nueva sacudida, y sigue su camino por Frognerveien.

«¿Puedo llevarme una naranja?» ¡Imagínate, Georg! ¡Pero si eran tuyas todas las naranjas que yo llevaba en los brazos y en los bolsillos, además de las que seguían rodando por el suelo del tranvía!

De repente era yo el que tenía los brazos llenos de naranjas y ni siquiera eran mías. Me sentí como un vulgar ladrón, y algunos pasajeros también profirieron gritos poco amables en ese sentido, no recuerdo lo que pensé en ese momento, pero me bajé cabizbajo del tranvía en la siguiente parada, que era la de la plaza de Frogner.

Al bajar del tranvía un solo pensamiento ocupaba mi cabeza: tenía que encontrar un lugar donde poder deshacerme de las naranjas. Iba haciendo equilibrios como un funambulista para que no se me cayeran, y a pesar de ello, una cayó sobre el adoquinado y, por supuesto, no pude correr el riesgo de agacharme a cogerla.

Al instante, divisé a una señora que iba con un cochecito de niño por la vieja pescadería, ¿sabes?, la que está en la plaza de Frogner. (Bueno, no puedo saber si existe todavía). Me acerco muy lentamente a ella y justo cuando paso por delante del cochecito aprovecho la ocasión para dejar caer todas las naranjas sobre un pequeño edredón rosa, incluidas las dos que llevo en los bolsillos. Todo sucede en el transcurso de uno o dos segundos.

Deberías haber visto la cara de la señora, Georg. Me vi en la obligación de decirle algo, y le rogué que aceptara ese regalo para su hijito, porque como estábamos en otoño era importante que todos los niños recibieran su dosis de vitamina C, yo lo sabía, añadí, porque estudiaba medicina.

Le pareció descarado, de eso no cabe duda, tal vez pensara que estaba borracho, al menos no se creyó lo de mis estudios de medicina. Pero yo eché a correr Frognerveien abajo. De nuevo un único pensamiento ocupaba mi cabeza: tenía que

encontrar a la joven de las naranjas. Tenía que encontrarla y saldar mi deuda.

No sé si conoces bien esa parte de la ciudad, pero pronto llego sin aliento a la esquina de Frognerveien con Fredriks Stangsgate, Elisenbergveien y Løvenskioldsgate, donde la joven misteriosa se había bajado del tranvía con una sola naranja en la mano. Igualmente podría haberme encontrado en la Place de l'Étoile de la capital francesa, pues había demasiados caminos entre los que elegir, y la joven de las naranjas había desaparecido.

Aquella tarde me paseé durante horas de un lado para otro por el barrio de Frogner, me acerqué al parque de bomberos de Briskeby, y bajé hasta la vieja clínica de la Cruz Roja, y cada vez que veía algo remotamente parecido a un anorak naranja, el corazón me daba un vuelco, pero parecía que a la chica se la había tragado la tierra.

Unas horas más tarde se me ocurrió que la joven a quien tanto había ofendido tal vez estuviera cómodamente sentada detrás de una cortina en Elisenbergveien mirando a escondidas a ese joven estudiante que corría de un lado para otro como el aturdido héroe de una película de aventuras. No encontraba a la princesa que estaba buscando. Voluntad no faltaba, pero era incapaz de hallarla. Era como si la película se hubiera quedado atascada.

En mi búsqueda descubrí una reciente cáscara de naranja en una papelera. La cogí y la olí, y si realmente procedía de la joven de las naranjas, eso era el último rastro de ella.

Me pasé el resto de la noche pensando en la chica del anorak naranja. Yo había vivido toda mi vida en Oslo, pero a ella nunca la había visto antes, de eso estaba seguro. Y mi determinación de hacer todo lo posible por volver a verla iba en aumento. Como por arte de magia ella había conseguido meterse entre yo y el resto del mundo.

No podía dejar de pensar en todas aquellas naranjas. ¿Para qué las llevaba? ¿Iba a pelar una tras otra y comérselas, es decir, gajo por gajo, por ejemplo para desayunar o comer? La idea me dejó algo perplejo. Tal vez estuviera enferma y siguiera una dieta especial, pensé, y también ese pensamiento me intranquilizó.

Pero existían más posibilidades. Quizá fuera a preparar un sorbete de naranja para una fiesta de más de cien personas. La mera idea me hizo sentir celos, pues ¿por qué no me había invitado a mí? Además, estaba convencido de que sería una fiesta poco equilibrada en cuanto al reparto de sexos. Se había invitado a más de noventa chicos y sólo a ocho chicas. Creía saber el porqué: el sorbete de naranjas se serviría en una

fiesta de fin de curso de la Escuela Superior de Empresariales, y en esa carrera había entonces muy pocas estudiantes.

Intenté deshacerme de ese desagradable pensamiento, resultaba insoportable, pero antes de desecharlo del todo me dio tiempo a considerar escandaloso el que la Escuela Superior de Empresariales no hubiera introducido aún las cuotas por sexos. Bueno, era evidente que no podía fiarme de mi imaginación. Tal vez la joven de las naranjas simplemente se dirigía a su pequeña habitación alquilada para hacer un montón de litros de zumo de naranja y guardarlo en la nevera, ya que odiaba o era alérgica a los zumos de las tiendas, hechos con un concentrado barato de California.

Ninguna de las dos posibilidades me parecía muy probable, ni la del zumo ni la del sorbete. Pero pronto se me ocurrió una idea más convincente: la joven de las naranjas llevaba un anorak como los que usaba el explorador Roald Amundsen en sus famosas expediciones polares. Yo siempre había tenido cierta facilidad para interpretar signos, algo que en medicina se llama diagnosticar, y estaba convencido de que uno no va por las calles de Oslo ataviado con un viejo anorak si no es porque esto tiene un significado especial, al menos no si al mismo tiempo se lleva una enorme bolsa de papel llena de jugosas naranjas.

Pensé: la joven de las naranjas planifica cruzar Groenlandia con esquís, o al menos cruzar la planicie de Hardanger, y en ese caso no es mala idea meter en el trineo tirado por perros ocho o diez kilos de naranjas porque, de lo contrario, se corre el peligro de morir de escorbuto en el hielo.

Una vez más me dejé seducir por mi imaginación, pues la palabra «anorak» es una palabra esquimal, ¿no? Claro que la chica iba a ir a Groenlandia. Pero ¿qué sería ahora de la expedición? Quizá esa misteriosa joven no tenía dinero para comprar así, sin más, otro montón de naranjas, porque estuvo a punto de echarse a llorar cuando se le cayeron todas al suelo, y yo ya me había hecho la idea de que ella era muy pobre.

Pero aún había más posibilidades. Tuve que serenarme y admitirlo. Tal vez la joven conviviera con una familia numerosa. ¿Por qué no? A lo mejor era auxiliar de enfermería y vivía sola en una habitación enfrente de la clínica de la Cruz Roja, o tal vez era hija en una familia muy extensa y muy amante de las naranjas. Me hubiera encantado conocer a esa familia, Georg, me los imaginaba sentados a la gran mesa de comedor en uno de esos pisos con solera del barrio de Frogner, con techos altos, habitaciones espaciosas y molduras de escayola en el techo. Aparte de la madre y el padre había siete hijos, cuatro hermanas y dos hermanos, más la joven de las naranjas; ella era la mayor de los hermanos, la cariñosa y atenta hermana mayor, cualidades que le vendrían bien en los días siguientes, porque ahora sus pobres hermanitos tal vez

tardarían mucho en poder llevarse una naranja al colegio para después del bocadillo.

O —y un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensarlo— quizá era madre de una minúscula familia compuesta sólo por ella, un estupendo marido recién licenciado en Empresariales y su pequeña hija de cuatro o cinco meses, cuyo nombre por alguna razón decidí que tenía que ser Ranveig.

También tuve que incluir esa posibilidad, no quedaba más remedio. Igual que tampoco era seguro que la señora que empujaba el cochecito en el que dejé las naranjas fuera la madre del niño tapado con el edredón rosa delante de la pescadería de Frogner. La señora podría ser la niñera de la joven de las naranjas. La mera idea me hizo mucho daño. Aunque en ese caso, algunas de las naranjas serían devueltas a la joven con mirada de ardilla. El mundo de repente se había hecho muy pequeño y todo tenía sentido.

Siempre se me había dado bien sumar dos y dos, interpretar signos, o lo que los médicos llamamos diagnosticar. Debo añadir que fui yo mismo quien diagnosticó mi enfermedad. Estoy orgulloso de ello. Fui a ver a un colega y le dije lo que tenía. Luego, se ocupó él. Y luego...

Bueno, Georg. En este punto he tenido que hacer una pequeña pausa.

Tal vez te parezca extraño que haya sido capaz de escribir tan alegremente sobre lo que sucedió aquella tarde hace muchos años. Yo lo recuerdo como una historia divertida, casi como cine mudo, y así quiero que tú lo vivas también. Pero no significa que en el momento de escribir esto esté contento. La verdad es que me siento completamente desconcertado, o completamente desconsolado, para ser sincero. No intento ocultarlo, pero tú no lo notarás. Nunca me verás llorar, eso lo tengo claro, seré capaz de dominarme.

Mamá está a punto de llegar del trabajo, y tú y yo estamos solos en casa. En este momento estás sentado en el suelo pintando con colores, pero no me puedes consolar. O tal vez sí que puedes. Cuando un día, dentro de muchos años, leas esta carta de la persona que era tu padre, tal vez le envíes un pensamiento de consuelo. La idea me reconforta.

Tiempo, Georg. ¿Qué es el tiempo?

Miré una foto que tengo en la pared de Supernova 1987A. Está sacada con el telescopio Hubble, más o menos cuando mi padre se enteró de que estaba enfermo.

Claro que me daba pena. Pero, a la vez, no estaba seguro de que me pareciera bien por su parte dejar su tristeza sobre mis hombros. Yo ya no podía hacer nada por él.

Vivió en un tiempo distinto al de ahora, y yo tenía que vivir mi propia vida. Si todo el mundo se hundiera en cartas de sus padres y antepasados muertos, no seríamos capaces de vivir nuestras propias vidas.

Me noté un par de lágrimas en los ojos. No eran lágrimas dulces, si es que existe algo llamado lágrimas dulces, eran de esa clase de lágrimas amargas y duras que no corren, sino que se quedan escociendo en el rabillo del ojo.

Pensé en todas las veces que mamá y yo habíamos acudido al cementerio a cuidar de la tumba de mi padre. Después de leer los últimos párrafos, decidí no seguir haciéndolo. Al menos, no volvería a pisar el cementerio solo. Jamás.

No resulta muy difícil criarse sin padre. Lo que sí resulta aterrador es que tu padre muerto empiece de repente a hablarte desde la tumba. Tal vez hubiera sido mejor dejar a su hijo en paz. Él mismo insinuaba que había vuelto en forma de fantasma.

Noté que me sudaban las manos. Pero, por supuesto, acabaría de leer toda la carta de mi padre. Tal vez fuera bueno que hubiera enviado una carta al futuro, tal vez no. Aún era muy pronto para formarse una opinión definitiva al respecto.

Tuvo que ser un tipo curioso, pensé, al menos cuando tenía diecinueve años aquel otoño a finales de los setenta, pues me pareció un poco exagerada su pasión por aquella joven que iba en el tranvía de Frogner abrazando una enorme bolsa de naranjas. Tampoco es tan raro el que un chico y una chica se miren, creo que es algo que se viene haciendo desde los tiempos de Adán y Eva.

¿Por qué no podía escribir simplemente que se había enamorado de ella? Seguro que la joven lo entendió antes de que él se lanzara encima de sus naranjas. También aprovechó para ponerle un brazo alrededor de la cintura. Tal vez sintió un deseo inconsciente de bailar un vals de las naranjas con ella en el tranvía.

Cuando los niños se enamoran, empiezan a pelearse o a tirarse del pelo. Algunos se lanzan bolas de nieve. Yo pensaba que los jóvenes de diecinueve años eran un poco más listos.

Pero sólo había leído aún el principio de la historia. Quizá hubo, al fin y al cabo, algo realmente misterioso en esa «joven de las naranjas». De no ser así, mi padre no se hubiera puesto a hablar de ella. Él estaba enfermo, sabía que tal vez iba a morir, así que lo que escribía tenía que ser algo muy importante para él, y quizá también para mí.

Me bebí el resto de la coca-cola y seguí leyendo.

¿Volvería a ver alguna vez a la Joven de las Naranjas? Tal vez no, tal vez vivía en otra parte del país y sólo vino a Oslo de visita.

Cuando estaba en el centro y veía el tranvía de Frogner, siempre miraba a todas las

ventanillas por si la Joven de las Naranjas se encontraba entre los pasajeros. Eso ocurrió muchas veces, pero nunca la vi. Empecé a dar paseos vespertinos por el barrio de Frogner, y cada vez que veía algo de color amarillo o naranja pensaba que por fin iba a volver a verla. Pero si la expectativa era grande, también lo era la decepción.

Así transcurrían los días y las semanas, hasta que un lunes por la mañana entré en uno de los cafés de la calle de Karl Johan. Era una especie de lugar de encuentro para mí y para algunos compañeros de la facultad. Nada más abrir la puerta y poner el pie dentro, me detuve en seco y retrocedí medio paso. ¡La Joven de las Naranjas estaba allí sentada! Ella nunca había estado antes en ese café, o, al menos, nunca habíamos coincidido. Pero allí estaba, con una taza de café y hojeando un libro con láminas a color. Fue como si una mano invisible la hubiera colocado allí a la espera de que yo apareciera. Llevaba el mismo anorak gastado, y, escucha, Georg, puede que no lo creas, pero sobre las rodillas tenía una gran bolsa repleta de hermosas naranjas.

Me sobresalté. Volver a ver a la Joven de las Naranjas vestida con el mismo anorak naranja y con una bolsa idéntica a la primera sobre las rodillas, fue una experiencia semejante a un espejismo. A partir de entonces lo de las naranjas se convirtió en el núcleo de lo que estaba intentando averiguar. Por cierto, ¿qué clase de naranjas eran? Me parecían tan frescas y luminosas que me entraron ganas de frotarme los ojos. Eran como doradas, muy distintas a todas las que había visto hasta entonces. Incluso con cáscara me pareció oler su maravilloso jugo. ¡Estaba claro que no se trataba de unas naranjas normales y corrientes!

Entré casi a hurtadillas en el café y me senté en una mesa a sólo cuatro o cinco metros de ella. Antes de decidir cómo proceder, quería contemplarla, disfrutar de la visión de lo inexplicable.

Creía que no me había visto, pero de repente levantó la vista del libro que estaba leyendo y me miró fijamente a los ojos. Me pilló in fraganti, porque seguro que se dio cuenta de que llevaba un buen rato mirándola. Me dedicó una cálida sonrisa, y esa sonrisa, Georg, podría haber derretido el mundo entero, porque si el mundo entero la hubiera visto, ella habría tenido la fuerza suficiente para acabar con todas las guerras y toda la enemistad del planeta, o al menos habría dado lugar a una larga tregua.

No me quedaba otro remedio, tenía que acercarme a ella, así que me levanté despacio y me senté en una silla libre junto a su mesa. A ella no le pareció extraño, aunque había en esa joven algo que me hacía dudar de si me reconocía de aquel viaje en el tranvía.

Durante unos segundos permanecimos mirándonos sin pronunciar palabra. Fue como si ella quisiera que esperáramos un poco antes de empezar a hablar. Me miró a

los ojos sin pestañear durante al menos un minuto, y esta vez no desvié la mirada. Me fijé en que sus pupilas temblaban. Era como si sus ojos preguntaran: ¿Te acuerdas de mí o no?

Uno de los dos tendríamos pronto que decir algo, pero yo me sentía tan aturdido que permanecí callado pensando en aquel lejano tiempo en que habíamos vivido juntos como dos ardillas juguetonas en un bosquecillo, solos ella y yo. Le encantaba esconderse y yo tenía que corretear por los troncos buscándola, y cuando la descubría, ella saltaba a otro árbol. Siempre iba bailando por el bosque de esa manera, hasta que un día se me ocurrió esconderme yo. Entonces fue ella la que vino bailando detrás de mí, y yo me sentaba en la copa de un árbol, o me escondía entre el musgo detrás de un tronco, y disfrutaba viendo cómo me buscaba impaciente, tal vez con un atisbo de miedo de no volver a encontrarme jamás...

Y entonces sucedió algo maravilloso, no en el bosque de avellanas en los tiempos remotos, sino en ese momento en un café de la calle de Karl Johan.

Yo tenía el brazo izquierdo sobre la mesa, y de repente ella me cogió la mano con su mano derecha. Había dejado el libro sobre la bolsa de naranjas, pero seguía agarrándola con el brazo izquierdo, como si tuviera miedo de que fuera a quitársela o a tirarla al suelo.

Ya no me sentía tan tímido y noté una refrescante fuerza que se desplazaba de sus dedos a los míos. Pensé que tenía poderes sobrenaturales, y se me ocurrió que podía tener que ver con las naranjas.

¡Un enigma, pensé, un maravilloso enigma!

Ya me resultó muy difícil seguir callado, al menos uno de los dos deberíamos decir algo. Tal vez fuera una traición, tal vez fuera infringir las reglas que representaba la Joven de las Naranjas, pero mientras seguíamos mirándonos a los ojos, dije: «¡Eres una ardilla!».

Al acabar de decirlo, ella esbozó una ligerísima sonrisa y me apretó cariñosamente la mano. Luego la soltó, se levantó majestuosa de la mesa con la gran bolsa de naranjas entre los brazos, y salió del café con pasitos cortos. Al marcharse, vi que tenía los ojos empapados.

Yo estaba paralizado. Me había quedado sin habla. Unos segundos antes, la Joven de las Naranjas había estado sentada enfrente de mí con su mano en la mía, aún flotaba en el aire el aroma a naranjas, y ella había desaparecido. De no haber sido por las naranjas tal vez me hubiera dicho adiós con la mano. Pero necesitaba las dos para agarrar esa enorme bolsa, de modo que no hubo lugar para gestos. Pero ella lloraba.

No la seguí, Georg. Eso también hubiera sido infringir las reglas. Me sentía

abrumado, agotado, satisfecho. Había vivido algo maravillosamente enigmático de lo que podría nutrirme durante meses. Sabía que volvería a verla. Todo eso estaba dirigido por poderes grandes e inescrutables.

Era una extraña. Procedía de un cuento más bello que el nuestro pero había conseguido introducirse en nuestra realidad, tal vez porque tenía una misión importante que cumplir, o tal vez porque iba a salvarnos de eso que algunos llaman «lo triste y cotidiano». Hasta ese momento yo ignoraba que existiese ese tipo de iniciativas misioneras. Pensaba que había una sola existencia y una sola realidad. Pero había dos clases de seres humanos. La Joven de las Naranjas por un lado, y todos nosotros, todos los demás, por otro.

Pero ¿por qué esas lágrimas en sus ojos? ¿Por qué lloraba?

Recuerdo que pensé que tal vez fuera vidente. Pero ¿por qué iba a llorar al ver a un desconocido? ¿Acaso «veía» que mi destino no era del todo bello?

Resulta curioso que pensara algo así. Aunque siempre me he inclinado a dejarme llevar por mi imaginación, era y soy una persona racional.

En este punto de la narración siento la necesidad de escribir un pequeño resumen, pero te prometo no hacerlo a menudo.

Un joven y una joven tienen un efímero contacto visual en el tranvía de Frogner. Ya no son unos niños, pero tampoco les ha dado tiempo a hacerse del todo adultos, y nunca se habían visto antes. Unos minutos más tarde, el joven cree que a la joven está a punto de caérsele una gran bolsa llena de jugosas naranjas. Él acude en su ayuda con el triste resultado de que todas las naranjas acaban en el suelo. La joven le llama gnomo, y antes de bajarse del tranvía en la siguiente parada le pide que le devuelva sólo una naranja, a lo que el joven accede perplejo. Luego transcurren unas semanas, y vuelven a encontrarse en un café. También esta vez la joven agarra una gran bolsa de papel repleta de apetecibles naranjas. El joven se sienta a la mesa de ella, y durante un minuto entero se miran fijamente a los ojos. Puede sonar a tópico, pero durante sesenta segundos se miran profundamente a los ojos, casi hasta el fondo del alma, él la de ella y ella la de él. La joven le coge la mano, y él dice que ella es una ardilla. Entonces la joven se levanta con movimientos gráciles y sale flotando del café con el gran bulto entre las manos. El joven ve que ella tiene los ojos empapados.

Entre los dos sólo se han pronunciado hasta ahora cuatro frases. Ella: «¡Dichoso gnomo!». Ella: «¿Puedo coger una naranja?». Él: «¡Perdóname, perdóname!». Y él: «¡Eres una ardilla!». El resto es cine mudo. El resto es un enigma.

¿Eres capaz de resolver el enigma, Georg? Yo no lo fui, tal vez porque formaba parte de él.

La historia ya me había enganchado. Dos veces seguidas la Joven de las Naranjas había aparecido ante mi padre con una gran bolsa de naranjas entre los brazos. Era misterioso. Luego ella le cogió la mano mientras le miraba profundamente a los ojos antes de levantarse de repente y salir a la calle llorando. Fue una conducta algo extraña. O más bien muy particular.

¡O era mi padre el que empezaba a tener visiones!

Tal vez la Joven de las Naranjas era lo que se suele llamar una «quimera». Hay muchas personas que insisten en haber visto un monstruo acuático en el lago Ness, o en el lago Seljordvannet, si quieres, y quizá no mientan, puede tratarse de una quimera. Si mi padre de repente hubiera comenzado a explayarse sobre una Joven de las Naranjas que de pronto un día baja por Karl Johan en un enorme trineo tirado por perros, no habría dudado un instante de que la historia de la Joven de las Naranjas era sólo la consecuencia de que, durante un breve período de su vida, mi padre había estado a punto de perder la razón. Puede ocurrirle a cualquiera, y contra eso no hay ninguna medicina.

Ahora bien, fuera la Joven de las Naranjas un producto de su imaginación o un ser humano de carne y hueso, era evidente que mi padre se había sentido profundamente fascinado por ella. Tengo que decir que la frase «Eres una ardilla» me parece algo bastante tonto para decir cuando por fin tuvo ocasión de dirigirle la palabra. Pero mi padre tampoco esconde el hecho de que él mismo se sorprendiera de haber dicho algo tan tonto. ¿Por qué demonios había dicho eso? No, papá, no soy capaz de resolver ese enigma.

No pretendo hacerme el listo, soy el primero en admitir que no siempre resulta fácil decirle algo a una chica a la que has «echado el ojo».

Ya he mencionado que toco el piano. No soy un gran pianista, pero soy capaz de tocar el primer movimiento de la *Sonata del Claro de Luna* de Beethoven casi sin equivocarme. Cuando me encuentro solo ante el piano interpretando esa pieza, tengo a veces la sensación de estar sentado ante un gran piano de cola tocando a mis anchas, mientras la luna, el piano y yo navegamos en una órbita alrededor del planeta. Me imagino que lo que estoy tocando se puede escuchar por todo el sistema solar, si no hasta Plutón, al menos hasta Saturno.

Apenas he empezado a ensayar el segundo movimiento de la sonata (*Allegretto*). Resulta un poco más difícil de pillar, pero cuando mi profesora de piano lo toca, me gusta muchísimo. ¡Me hace pensar en pequeñas muñecas mecánicas que suben y

bajan por las escaleras de un gran centro comercial!

He optado por dejar fuera de mi repertorio el tercer movimiento de la sonata, y no sólo porque es muy difícil, sino porque me da miedo. El primer movimiento (*Adagio sostenuto*) es precioso, y tal vez un poco tenebroso, pero el último (*Presto agitato*) es directamente amenazador. Si hubiera viajado en una nave espacial y aterrizado en otro planeta en el que me encontrara con una pobre criatura martilleando el tercer movimiento de la *Sonata del Claro de Luna*, habría vuelto a despegar nada más aterrizar. Pero, si en cambio, la criatura en cuestión hubiera tocado el segundo movimiento, me habría quedado unos días, y al menos me habría atrevido a acercarme a ella para preguntarle por las condiciones de vida en ese planeta tan musical.

Un día le dije a mi profesora de piano que Beethoven tenía dentro mucho del cielo y otro tanto del infierno. Se quedó estupefacta. ¡Dijo que yo había captado la esencia! Luego me contó algo interesante. No fue el propio Beethoven quien puso a la sonata el nombre *Claro de Luna*. Él la llamó *Sonata en Do sostenido menor, opus 27, número 2*, con el sobrenombre *Sonata quasi una fantasía*. Mi profesora opinaba que esa sonata era demasiado inquietante para llamarse *Sonata del Claro de Luna*. Dijo que el compositor húngaro Franz Liszt describió el segundo movimiento como «una flor entre dos abismos». Personalmente creo que la hubiera descrito como «un divertido teatro de títeres entre dos tragedias».

Pero ya he dicho que no me costaba nada entender lo difícil que puede resultar decirle algo a una chica a la que uno le ha «echado el ojo». Y ahora he de hacer una confesión, porque estoy teniendo mis propias vivencias en esas cuestiones, y precisamente en la Escuela de Música.

Los lunes tengo clase de piano entre las seis y las siete y siempre coincido allí con una chica que va a clase de violín, tal vez tenga un año o dos menos que yo, y he de admitir que le he «echado el ojo». Muchas veces estamos sentados los dos en la sala de espera unos cinco o diez minutos, antes de que empiecen las clases. Apenas hemos hablado, pero hace unas semanas me preguntó la hora, y lo mismo hizo la semana siguiente. Entonces le dije que estaba lloviendo a cántaros y que se le había mojado el estuche del violín. He de admitir que de ahí no hemos pasado. Mientras ella no empiece a hablarme de verdad, yo tampoco me atrevo a iniciar una conversación más profunda. Tal vez ella piense que soy feúcho. Pero también puede ser que le guste y que sea tan tímida como yo. No tengo ni idea de dónde vive, pero sé que se llama Isabelle, lo he visto en la lista de alumnos de violín.

Ahora llegamos cada vez más temprano a las clases de música. El lunes pasado

estuvimos esperando casi un cuarto de hora. Pero todo lo que hacemos es estar allí sentados mudos como ostras. Luego nos vamos cada uno a nuestra clase. A veces me imagino que ella de repente viene a verme a la sala de piano mientras estoy tocando la *Sonata del Claro de Luna* y se emociona tanto que se pone a acompañarme con el violín. Eso nunca ocurrirá, ésa es mi quimera. Lo que pasa es que yo nunca he visto su violín. Tampoco la he oído tocar. ¡Incluso puede que sólo tenga una flauta dulce en el estuche de violín! (En ese caso no se llamaría Isabelle, sino simplemente Kari).

Lo que tal vez haya querido decir es que no sé cómo reaccionaría si ella de repente me cogiera la mano y me mirara profundamente a los ojos. Tampoco sé lo que haría si se echara a llorar. De pronto me doy cuenta de que sólo tengo cuatro años menos de los que tenía mi padre cuando conoció a la Joven de las Naranjas. Entiendo que se quedara perplejo. «¡Eres una ardilla!», dijo.

Al fin y al cabo, creo que te entiendo bastante bien, papá. Sigue contando, te escucho.

Después del breve encuentro en el café inicié la fase sistemática y lógica de mi búsqueda de la Joven de las Naranjas. De nuevo transcurrieron muchos largos días sin que le viera el pelo.

No hace falta que te haga cómplice de todos mis errores de búsqueda, Georg, sería un archivo demasiado largo. Pero especulaba y analizaba, y un día pensé lo siguiente: las dos veces que había visto a la Joven de las Naranjas habían sido lunes. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Luego estaban las naranjas, constituían la única pista real que podía seguir. ¿De dónde procedían? Por supuesto, tenían naranjas en todas las tiendas de comestibles de Frogner. Pero ¿cómo de jugosas y buenas —o baratas— eran esas naranjas? Pensé que una persona exquisita compraría las naranjas en un gran mercado de fruta, por ejemplo en la plaza de Young, que en aquellos tiempos era el único gran mercado de fruta y verduras de Oslo, al menos si se tiene la costumbre de comer varios kilos al día. También, coge el tranvía de Frogner en Storgata, porque uno no está tan forrado como para coger el primer taxi que pasa. ¡Y había otra cosa: la bolsa de papel marrón! En una tienda normal de comestibles te dan por regla general una bolsa de plástico. ¿No era precisamente en la plaza de Young donde todo lo que se compraba lo metían en grandes bolsas de papel marrón, como las que llevaba la Joven de las Naranjas?

Ésta era sólo una de mis muchas teorías, pero tres lunes seguidos me pasé por la plaza a comprar un poco de fruta y verdura. A un estudiante no le viene mal mejorar la dieta, y yo últimamente estaba comiendo demasiadas salchichas con ensaladilla de gambas.

Ahora no voy a describir la bulliciosa vida popular de la plaza de Young, Georg, haz lo que yo. Busca a una chica extrañamente ataviada con un anorak naranja que esté delante de un puesto discutiendo el precio de diez kilos de naranjas, busca a la misma joven a punto de abandonar la plaza con la pesada bolsa entre los brazos. Olvídate de todo lo demás.

¿La ves, Georg?

Yo me llevé una decepción las dos primeras veces que estuve allí, pero el tercer lunes descubrí una figura vestida de color naranja al otro extremo de la plaza, pues sí, lo que veía era una joven que llevaba un anorak naranja, y estaba junto a uno de los puestos de fruta eligiendo naranjas que iba metiendo en una gran bolsa de papel marrón.

Crucé la plaza y no tardé nada en acercarme a ella por detrás. ¡Conque las compraba allí! Fue como si la pillara in fraganti. Noté que me temblaban las rodillas y tuve miedo de caerme al suelo.

La Joven de las Naranjas aún no había terminado de llenar la bolsa por la sencilla razón de que compraba naranjas de una manera muy diferente a todos los demás clientes. Escucha: permanecí un buen rato viéndola coger una naranja tras otra y analizar minuciosamente cada pieza, antes de meterla en la bolsa de papel o devolverla al gran recipiente del que la había sacado. Comprendí por qué no se contentaba con comprar las naranjas en cualquier tiendecilla de Frogner, pues resultaba obvio que para la joven era de vital importancia tener un surtido sumamente exquisito de naranjas.

Nunca me había topado con una persona tan exigente a la hora de adquirir naranjas, y estaba casi convencido de que esa chica no compraba naranjas con el único fin de exprimirlas el zumo. Pero ¿para qué las usaba entonces? ¿Tienes alguna sugerencia, Georg? ¿Eres capaz de entender por qué empleaba hasta medio minuto en analizar si debía meter tal o cual naranja en la bolsa de papel?

Personalmente sólo se me ocurría una idea: la Joven de las Naranjas trabajaba de jefa de cocina en una gran guardería, en la que los niños tomaban una naranja durante la mañana. Todo el mundo sabe que los niños tienen un sentido muy desarrollado de la justicia. La Joven de las Naranjas era la encargada de procurar que todas las naranjas fueran idénticas, igual de grandes, igual de redondas e igual de luminosas. Además, tenía que contarlas

Capítulo 2

Esa idea me resultó convincente, incluso tuve tiempo de sentir un atisbo de miedo de que en esa misma guardería trabajaran un par de guapetones objetores de conciencia. Pero ¿sabes, Georg?; luego, a sólo un par de metros de distancia, pude comprobar que se trataba de algo muy diferente. No me costó mucho descubrir que la Joven de las Naranjas se esforzaba al máximo en elegir naranjas que fueran lo más diferentes posible entre ellas, tanto en tamaño como en forma y color. Fíjate además en este pequeño detalle: ¿en algunas naranjas quedaban aún algunas hojas del naranjo!

Fue un alivio el poder descartar a los objetores ligones. Pero ése era mi único motivo de alegría. Por lo demás, ella seguía siendo un enigma.

Por fin llenó la bolsa. La Joven de las Naranjas pagó al frutero y se dirigió hacia Storgata. Yo la seguí a distancia, porque me había hecho el firme propósito de no darme a conocer hasta que hubiéramos subido al tranvía de Frogner. Pero precisamente en ese punto me había equivocado en mis suposiciones, por desgracia. Pues aquella tarde no fue hasta Storgata a coger el tranvía. Antes de llegar allí se metió en un coche blanco, un Toyota, en el que había un hombre sentado en el asiento del conductor.

Dada la situación no me pareció prudente acercarme a ella. No tenía ninguna gana de saludar a aquel hombre. Al instante el coche arrancó y desapareció al doblar una esquina.

No obstante, te daré un dato más: en el momento en el que la Joven de las Naranjas se mete en el coche con la enorme bolsa entre los brazos, se vuelve y me mira, pero no estoy del todo seguro de que me reconociera. Lo único cierto es que se mete en un Toyota blanco con un hombre, y que me mira mientras lo hace.

¿Y quién era el afortunado? No pude constatar su edad, podría ser su padre, también podría ser... bueno, yo qué sabía. ¿Era objetor de conciencia? No era muy probable, con un Toyota blanco. ¿O se trataba del guapetón padre de una niña de cuatro meses llamada Ranveig? No necesariamente, no había nada que lo indicara. Igual de probable era que el hombre del Toyota fuera la persona con quien la Joven de las Naranjas iba a cruzar Groenlandia en esquís. Hacía mucho que me había hecho una idea de ese hombre. En un sinfín de imágenes veía las raciones de naranjas, las hachas del hielo, el escalpelo, los bastones de esquí de reserva, los sacos de dormir, el infiernillo y las pastillas de caldo. Me imaginaba la tienda en la que se alojarían, era

amarilla, y decidí que irían ocho perros en la jauría.

¡Me los imaginaba vivamente, ya lo creo! No serían capaces de esconderse de mí. Era como si llevara un carrete entero en la cabeza: una extraña pareja cruzando en esquís los extensos hielos de Groenlandia. Ella tan bella e inocente como la diosa del hielo. Él todo lo contrario, tiene la nariz torcida, un gesto de amargura en la boca y una mirada llena de malas intenciones, igual que esas profundas grietas del glaciar en las que ella puede caer en cualquier momento. (Si se cae, ¿él la ayudará a subir? ¿O seguirá solo, nutriéndose de sus raciones de naranjas, consciente de que nunca más volverá a verla?) Ese hombre rebosa una fuerza cruda, una fuerza viril, primitiva y fea. Mata osos polares con la misma facilidad que otras personas un mosquito. Y, por cierto, no hay que descartar la posibilidad de que sea capaz de violarla allí, entre los bloques de hielo, lejos de algo parecido a una sociedad. ¿Pues quién los vería, quién los vigilaría allí en el hielo? Te lo digo, Georg, los vigilaba. Era capaz de forjarme una imagen cada vez más nítida de toda la expedición. Me sabía de memoria todo lo que necesitaban llevarse, el equipo pesaría en total doscientos cuarenta kilos, incluidos un frasquito de champú y un cuarto de litro de aguardiente que se beberían cuando llegaran a Siorapaluk o a Qaanaag...

Pero a la mañana siguiente mis nervios ya se habían calmado. No se cruza Groenlandia en esquís en el mes de diciembre. En el mes de diciembre, esa clase de expediciones tienen como destino el Antártico, y para ir allí no se compran naranjas en un mercado de Oslo, ese tipo de compras se hacen más bien en Chile o en Sudáfrica. Incluso puede ser que no se compre ni una sola naranja para tales expediciones. Quien vaya al Polo Sur tiene que tomarse tantas calorías al día que un suplemento especial de vitaminas seguramente no sea necesario: además, las naranjas constituyen víveres demasiado pesados; y sobre todo: ¿cómo comerse una naranja congelada con gruesas manoplas polares en las manos? Como suplemento de líquido en una expedición polar, las naranjas serían tan fatales como los caballos del explorador Scott. Por cierto, ¿por qué hablar tanto de líquidos? Basta con llevarse unas gotas de gasolina y un buen infiernillo. Hielo y nieve, es decir agua, es lo único que sobra en esos parajes del mundo, y más del ochenta por ciento de una naranja es agua.

Mi querida Joven de las Naranjas, pensé. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Dónde estás ahora?

Mamá había vuelto a llamar a la puerta. «¿Qué tal, Georg?», preguntó.

«Bien», contesté. «Pero deja de dar la lata».

Permaneció callada durante dos segundos y luego dijo: «No me gusta que cierres

la puerta con llave».

Respondí: «¿Para qué sirve tener una llave para la puerta si no se puede usar de vez en cuando? Hay algo que se llama privacidad e intimidad».

Se irritó un poco. O tal vez fuera más correcto decir que se ofendió. Dijo: «Estás siendo muy infantil, Georg. No tienes motivo alguno para aislarte de nosotros».

«Tengo quince años, mamá. No soy yo el infantil».

Mi madre respiró con dificultad, por no decir con desgana. Luego se hizo el silencio.

No dije nada de la Joven de las Naranjas, claro, pues me daba la sensación de que, todo lo que me había confiado mi padre, era algo que jamás había contado a mi madre. Si lo hubiera sabido, ella misma me lo podría haber contado, y mi padre no hubiera tenido que emplear sus últimos momentos en esta tierra escribiéndome una larga carta. Tal vez hubiera vivido algo en su juventud que luego usara para advertir a su hijo de hombre a hombre, por así decirlo. Al menos había algo importante que quería preguntarme.

La pregunta más concreta que me había hecho hasta ahora era que cómo le iba al telescopio Hubble. ¡Si hubiera sabido cuánto habría podido contarle!

Lo más «especial» de ese «trabajo especial» del colegio era que el profesor me había obligado a leerlo en voz alta a toda la clase. También tuve que enseñar las fotografías. Él lo hizo de buena fe, pero ya en el recreo siguiente a mi lectura algunas chicas empezaron a llamarme «El pequeño Einstein». Da la casualidad de que se trata de las chicas que más experimentan con rímel y lápiz de labios. Creo que también experimentan con otras cosas.

Yo no tengo nada en contra del rímel o el lápiz de labios, pero hay que pensar en el hecho de que nos encontramos en una isla en medio del espacio. A mí me parece cosa de locos. Me parece cosa de locos el pensar que exista un espacio en sí. Pero hay chicas incapaces de ver este Universo porque se lo impide la cantidad de rímel que llevan. También hay chicos incapaces de mirar por encima del horizonte por la cantidad de fútbol que llevan en la cabeza. Es un buen trecho el que separa un pequeño espejo de maquillaje de un verdadero telescopio de espejo. Creo que eso se llama «desviación de perspectiva», o tal vez también pueda llamarse *déjà vu*. Nunca es demasiado tarde para vivir un «*déjà vu*». Mucha gente vive toda su vida sin entender que flota en el vacío. Hay demasiadas distracciones aquí en la Tierra, y les basta con pensar en su aspecto.

Pertenecemos a este planeta. No pretendo dudar de ese hecho. Formamos parte de la naturaleza de este planeta. Aquí hemos aprendido de los monos y de los reptiles

cómo reproducirnos, y no tengo nada que objetar al respecto. En otra naturaleza tal vez todo fuera diferente, pero estamos aquí. Y repito: no lo niego. Sólo digo que eso no tiene por qué impedirnos ir un poco más allá de la punta de nuestra nariz.

«Tele-scopio» significa algo así como mirar algo que está muy lejos. ¿Pero esta historia de una «joven con naranjas» puede tener algo que ver con un telescopio espacial?

El propósito de colocar un telescopio en el espacio no era en absoluto el de poder acercarse a esas estrellas y planetas que el aparato observaría. Eso sería tan estúpido como ponerse de puntillas con el fin de tener una mejor perspectiva de los cráteres de la luna. El único propósito de un telescopio espacial es estudiar el espacio desde un punto fuera de la atmósfera de la Tierra.

Muchos creen que las estrellas del cielo centellean, pero no es así. Es la atmósfera inestable la que crea esa impresión, más o menos de la misma manera que una agitada superficie de agua puede crear la impresión de que las piedras de un lago se mueven y son difusas. O al revés: desde el fondo de una piscina no siempre resulta fácil ver lo que pasa arriba, junto al borde.

No hay en nuestra Tierra ningún telescopio capaz de proporcionarnos fotografías verdaderamente nítidas del espacio. Sólo lo consigue el Hubble Space Telescope. Por esa razón puede decirnos mucho más de lo que hay allí fuera que los telescopios que se encuentran en la Tierra.

Muchas personas son tan miopes que son incapaces de distinguir un caballo de una vaca, o, si se quiere, un hipopótamo de una cebra. Esa gente necesita gafas para ver mejor.

Ya he dicho que muy pronto se descubrió un grave defecto en el espejo principal del telescopio Hubble y que la tripulación de Endeavour reparó ese defecto en el mes de diciembre de 1993. Pero en realidad no tocaron el espejo en sí, sino que le pusieron gafas. Esas gafas constan de diez pequeños espejos y se denominan COSTAR, o Corrective Optics Space Telescope Axial Replacement.

Pero yo seguía sin entender qué podía tener que ver el telescopio espacial con una «joven de las naranjas». Ahora lo entiendo, ahora que estoy escribiendo esto, porque ya he leído toda la carta que mi padre me escribió durante las últimas semanas de su vida. Para ser exacto, la he leído cuatro veces, pero no revelaré nada a los nuevos lectores.

¡Cuenta, papá! Cuenta tu historia a todos aquéllos que leen ahora este libro.

La siguiente vez que vi a la Joven de las Naranjas fue en Nochebuena, sí, fíjate, justo en Nochebuena. Y esa vez hablé con ella de verdad. Bueno, al menos intercambiamos algunas palabras.

En aquella época compartía un pequeño piso en el barrio de Adamstuen con un compañero de la facultad llamado Gunnar. Pero iba a pasar la Nochebuena en mi casa de Humleveien con mi familia, compuesta sólo por mis padres y mi hermano, es decir, tu tío Einar, cuatro años menor que yo. Aquel invierno él estudiaba el último curso de la enseñanza obligatoria. Eso era muchos años antes de que los abuelos se fueran a vivir a Tønsberg.

Casi había perdido la esperanza de volver a ver a la Joven de las Naranjas, además, tenía grandes dudas en cuanto al hombre del Toyota blanco. De repente decidí asistir a la misa de Navidad antes de ir a casa de mis padres en Humleveien. Seguía tan embaucado por la misteriosa joven que me imaginaba que tal vez fuera a misa antes de ir a cenar con la gente con la que celebraría la Navidad. (¿Quiénes serían?) Llegué a la conclusión de que lo más probable era que la viera en la catedral, o lo menos improbable, para ser más preciso.

En este punto debo subrayar que nada de lo que te cuento de la Joven de las Naranjas ha sido inventado para que encaje en la historia. Los fantasmas no mienten, Georg, no tienen nada que ganar. Pero por otro lado he de decir que tampoco te lo cuento todo. Nadie intentó nunca hacer algo tan inútil.

No hace falta que me explaye sobre todos mis malogrados intentos de volver a ver a la Joven de las Naranjas. Tardé varias semanas en escrutar todo el barrio de Frogner, pero no hablaré de eso. Si lo hiciera, ésta sería una larga y pesada historia. Al menos cuatro veces por semana me daba interminables paseos por el parque de Frogner, y de vez en cuando la divisaba en el gran puente, delante del café del parque o junto al Monolito, pero nunca se trataba de ella. Incluso iba al cine con el único propósito de encontrármela casualmente. A veces ni siquiera veía la película entera. Cuando acababa la publicidad sin que la Joven de las Naranjas hubiera aparecido, a menudo me salía del local y sacaba una entrada para otro cine. Me convertí en un experto buscando películas que pensaba que podrían gustarle. Una se llamaba *Paso decisivo*, y otra era la película suiza *La encajera*. Pero, como ya he dicho, no voy a extenderme sobre episodios de ese tipo.

Sólo hay un hilo conductor en esta historia, Georg: las veces que realmente me encontré con la misteriosa Joven de las Naranjas. No tiene sentido insistir demasiado en todas las ocasiones en que no la encontré, de la misma manera que no tiene sentido insistir en todos los boletos de la Loto que no hacen ganar un gran premio. ¿Has oído

alguna vez una historia así? ¿Cuándo has leído en un periódico o una revista sobre un hombre que jamás se convirtió en millonario de la Loto? Lo mismo ocurre con esta historia. El cuento de la Joven de las Naranjas es como la historia de una lotería gigantesca en la que sólo son visibles los boletos premiados. Piensa en todos los boletos de la Loto que se rellenan en el transcurso de una semana. Intenta imaginártelos en una enorme habitación, tal vez necesites un gimnasio entero. Y entonces, por un espectacular truco de magia, todos los boletos que no tienen un premio de más de un millón de coronas desaparecen sin más. Después de eso no quedarán muchos boletos en el gimnasio, Georg. ¡Y sin embargo en los periódicos sólo leemos sobre ellos!

Estamos tras la huella de la Joven de las Naranjas, nos hemos enganchado a ella, pues de ella, y solamente de ella trata esta historia. Por lo tanto, podemos olvidarnos de todo lo demás por ahora. Borrarnos a todos los demás seres humanos de la ciudad. Metemos a todas las demás mujeres entre paréntesis. Así de sencillo.

No la veo hasta que me encuentro dentro de la iglesia, la descubro de repente mientras el organista está tocando un preludio de Bach. Siento escalofríos, sudo.

La Joven de las Naranjas está sentada al otro lado del pasillo central, no puede tratarse de otra, y en una ocasión durante la misa se vuelve para mirar hacia arriba al coro, que canta una de las canciones de Navidad. No lleva el anorak naranja, ni tampoco tiene sobre las rodillas una gran bolsa llena de naranjas. Es Navidad. Viste un abrigo negro y lleva el pelo recogido en la nuca con un gran pasador que parece de plata, pues sí, es de plata pura, como la del cuento, tal vez lo haya labrado uno de los siete enanitos que salvaron la vida a Blancanieves.

Pero ¿con quién está? Hay un hombre sentado a su derecha, pero ni una sola vez se inclinan el uno hacia el otro durante la misa. Al contrario, poco antes de acabar la celebración veo que el hombre sentado a la derecha de la Joven de las Naranjas se inclina hacia una mujer sentada a su vez a su derecha y le susurra algo al oído. Lo recuerdo como un movimiento hermoso. Naturalmente, un hombre puede volverse hacia la derecha y hacia la izquierda todo lo que quiera, y este hombre no es, como ya hemos visto, una excepción, pero lo cierto es que se vuelve hacia la derecha, podríamos decir que se vuelve hacia donde debe. Tengo la sensación de que soy yo el que decide la dirección en la que él se vuelve.

A la izquierda de la Joven de las Naranjas hay una anciana obesa, y no hay nada que indique que ella y la Joven de las Naranjas vayan juntas, pero puede que se

conozcan de la plaza de Young, porque la anciana parece una verdulera, y tal vez las dos hayan convertido en una bonita tradición ir juntas a la misa de Navidad. ¿Por qué no, Georg? ¿Por qué no iban a hacerlo? La Joven de las Naranjas es la mejor cliente de la verdulera, al menos en lo que a naranjas se refiere. Por ello se le hace un justificado descuento. Siete coronas el kilo de naranjas marroquíes no es mucho, pero la Joven de las Naranjas las consigue por 6,50, y eso a pesar de que le permiten tardar casi media hora en llenar la bolsa con un exquisito surtido de ejemplares variados.

No oigo lo que dice el pastor, pero supongo que habla de María, José y el Niño Jesús, faltaría más. Se dirige a los niños, eso me gusta, la Nochebuena pertenece a los niños. Lo único que hago es esperar a que acabe la misa. Concluye la música, la congregación se levanta de los bancos, y debo procurar a toda costa que la Joven de las Naranjas salga de la iglesia antes que yo. Pasa por delante de mi banco y hace un gesto con la cabeza, aunque no sé si se fija en mí. Pero está sola, y es aún más hermosa de lo que la recordaba. Es como si todo el resplandor navideño se hubiera concentrado en una sola mujer.

¡Ah! Sólo yo sé que esta chica es una auténtica Joven de las Naranjas, que además está repleta de tentadores secretos. Sé que procede de un cuento muy diferente, con reglas muy distintas a las que rigen aquí. Sé que es una espía en nuestra realidad. Pero ahora se encuentra en la iglesia como uno de nosotros y se alegra con todos de que haya nacido el Niño Jesús, nuestro salvador. Me parece muy generoso por su parte.

La sigo muy de cerca. Varias personas se quedan un rato en la puerta de la iglesia saludándose y deseándose Feliz Navidad, pero yo fijo la mirada en el pasador de plata de la nuca de la Joven de las Naranjas. Sólo hay una Joven de las Naranjas en todo el mundo, y eso es así porque ella es la única que ha logrado llegar aquí desde otra realidad. Se dirige hacia la calle de Grensen y la sigo a unos metros de distancia. Ha empezado a nevar, copos helados volando en el aire. Me fijo en ellos porque se posan húmedos en el pelo oscuro de la Joven de las Naranjas. Se va a mojar, pienso, debería haber traído un paraguas o al menos un periódico para taparle la cabeza.

Esto es una locura, me digo, hasta ahí llego a pensar con sensatez. Pero es Nochebuena. Aunque el tiempo de los milagros ya pasó, nos queda al menos un día mágico, un día en el que todo puede suceder. Todo. Noche de paz. Noche de amor, y la Joven de las Naranjas revolotea por las calles de Oslo como si nada.

La alcanzo justo antes de Øvre Slottsgate. La adelanto un paso, me vuelvo y digo alegremente: «¡Feliz Navidad!».

Es obvio que se sobresalta, o hace como si se sobresaltara, eso nunca puede saberse. Esboza una vaga sonrisa. No tiene aspecto de espía. Tiene aspecto de una chica por la que yo daría cualquier cosa por conocer mejor. Contesta: «¡Feliz Navidad!».

Ahora sonrío de verdad. Echamos a andar de nuevo. No parece disgustarle el que yo camine a su lado. No estoy del todo seguro, pero creo que incluso le gusta. Veo el contorno de dos naranjas que lleva escondidas bajo el abrigo negro. Son igual de redondas e igual de grandes. Me ponen nervioso y me hacen sentir avergonzado. Últimamente estoy muy sensible a las formas redondas.

Siento que debo decirle algo más, de lo contrario tendría que dejarla y hacer como si tuviera mucha prisa. Pero nunca he tenido menos prisa que ahora. Me encuentro junto a los orígenes del tiempo, he aterrizado en la meta y el sentido de todos los tiempos. De repente me acuerdo de un poema del poeta danés Piet Hein: *El que nunca vive el momento, no vive nunca. ¿Qué haces tú?*

Yo vivía el momento, y ya era hora, porque nunca hasta entonces había vivido. Gritaba por dentro de alegría. Digo sin pensar: «¿De modo que no estás a punto de irte a Groenlandia?».

Una tontería por mi parte. Ella entorna los ojos y contesta: «No vivo en Groenlandia».

De pronto me acuerdo de que en Oslo hay un barrio que se llama Groenlandia. Me siento muy avergonzado, pero lo mejor es seguir el camino que había elegido. Digo: «Me refiero a los hielos de Groenlandia. Con un trineo tirado por ocho perros y diez kilos de naranjas».

¿Sonreía o no sonreía?

Hasta ese momento no se me había ocurrido que tal vez no me recordara de aquel viaje en el tranvía de Frogner. Me llevo una desilusión, es como si perdiera el norte, pero a la vez también resulta un alivio. Al fin y al cabo, han pasado un par de meses desde que tiré aquella gran bolsa de naranjas; hasta entonces no nos habíamos visto jamás, y todo el episodio no duró más que unos cuantos segundos.

Pero al menos ha de recordarme del café de Karl Johan. ¿O solía coger la mano a cualquier desconocido? La mera idea me resultaba muy desagradable. Me hacía sospechar de ella. Incluso una auténtica joven con naranjas debe cuidarse de no derramar demasiadas bendiciones a su alrededor.

«¿Naranjas?», repite, y ahora su sonrisa es tan cálida que recuerda al sur, a un viento siroco del Sahara.

«Exactamente», digo, «las suficientes para cruzar Groenlandia en esquís».

Se detiene. No sé si desea continuar con la conversación. Tampoco sé si cree que tengo intención de invitarla a acompañarme a una arriesgada expedición en esquís por los hielos de Groenlandia. Pero de repente me mira de nuevo, sus ojos oscuros zigzaguean entre los míos y pregunta: «¿Eres tú, verdad?».

Asiento con la cabeza, aunque no estoy muy seguro de lo que me ha preguntado, porque no creo que haya sido el único que la haya visto con bolsas llenas de naranjas. Pero ella añade, como acordándose de algo: «Fuiste tú quien me dio un empujón en el tranvía de Frogner, ¿verdad?».

Asiento de nuevo.

«Me pareciste un gnomo».

Digo: «Y ahora el gnomo quisiera recompensarte por todas las naranjas que perdiste».

Ella se ríe cordialmente, como si fuera lo último en lo que pensara. Ladea la cabeza y dice: «Olvídalo. Estuviste muy gracioso».

Perdóname, Georg, pero tengo que interrumpirme a mí mismo y pedirte que me ayudes a resolver un misterio. Porque supongo que tú también te has dado cuenta de que aquí hay algo que no encaja. La Joven de las Naranjas me había mirado desafiante ya en aquel desgraciado trayecto de tranvía, digo desafiante por no decir arrebatadora. En aquella ocasión fue como si me hubiera elegido a mí de entre toda esa multitud, o, dicho con otras palabras, como si me hubiera elegido a mí de entre todos los seres de la Tierra. Sólo unas semanas más tarde me había dejado sentarme a su mesa, y había permanecido un minuto entero mirándome a los ojos mientras me cogía la mano. En esa mano hervía un brebaje de bruja de sentimientos maravillosos. Luego nos volvemos a ver durante unos minutos antes de que repiquen las campanas de Navidad. Pero ella no se acordaba de mí.

No hay que olvidar que ella venía de un cuento muy diferente al nuestro, de un cuento en el que rigen reglas muy distintas a las de aquí. Porque había dos realidades paralelas, una era la del sol y la luna, y la otra el inescrutable cuento al que la Joven de las Naranjas de repente había entreabierto las puertas. Y, sin embargo, Georg, sólo quedaban dos posibilidades: claro que se acordaba de mí de los dos episodios anteriores, y tal vez también de la plaza de Young, pero hacía como si no me reconociera, fingía haberme olvidado. Ésa era una posibilidad. La otra era más preocupante. Escucha: la pobre muchacha no estaba del todo bien de la cabeza, no estaba en sus cabales, como se suele decir. Al menos tenía graves problemas de

memoria. Tal vez fuera incapaz de recordar nada de un momento a otro, quizá sea el problema de todas las ardillas. Pues una ardilla sólo está en el mundo sin más: «el que nunca vive el momento, no vive nunca. ¿Qué haces tú?». El agitado juego de la vida no tiene espacio para el recuerdo ni para la reflexión, tiene de sobra consigo mismo. Así era la norma en ese cuento del que procedía la Joven de las Naranjas. Por cierto, me acabo de acordar de cómo se llamaba ese cuento. Se llamaba: «Entra-en-mi-sueño».

Pero por otro lado, Georg, desde entonces he tenido que enfrentarme conmigo mismo sobre cómo ella me habría interpretado a mí. También yo había tenido su mano en la mía y la había mirado profundamente a los ojos. Pero ¿qué hago yo al volvernos a ver tras la misa de Navidad en la catedral? Digo «Feliz Navidad», como es natural, pero no digo «Me alegro de volver a verte». ¡Pues no, lo que hago es preguntarle si va camino de Groenlandia! A los hielos de Groenlandia, se entiende, con un trineo tirado por ocho perros y diez kilos de naranjas. ¿Qué pensaría la Joven de las Naranjas? Tal vez pensara que yo sufría de esquizofrenia.

Lo cierto es que estábamos manteniendo un diálogo de besugos. Jugábamos a un complejo juego de pelota demasiado rico en reglas. Lanzábamos sin cesar, pero ninguna de las pelotas entraba en la portería.

Y ahora, Georg, llega de pronto un taxi libre. La Joven de las Naranjas alarga el brazo derecho, el taxi se detiene, y ella se apresura hacia él...

Me acuerdo de la Cenicienta, que tiene que abandonar el baile del palacio y volver a casa antes de que den las doce, de lo contrario, el hechizo se romperá. Pienso en el príncipe que se queda solo en el balcón del palacio... solo y abandonado, abandonado.

Debería haber tenido en cuenta que eso podía ocurrir. Estaba claro que la Joven de las Naranjas tenía que llegar a su casa antes de que tocaran las campanas, porque así eran las reglas. Las jóvenes con naranjas como ella no vagan por las calles después de haber repicado las campanas. ¿Por qué iban a repicar las campanas si no? Las campanas tenían que impedir a los jóvenes dejarse embaucar por una joven con naranjas, ¿no? Ya eran las cinco menos cuarto y muy pronto me quedaría abandonado en el extremo solitario de Øvre Slottsgate.

Pensé con rapidez. Tengo sólo un segundo para hacer o decir algo tan ingenioso que la Joven de las Naranjas me recuerde para siempre.

Podía preguntarle dónde vivía. Podía preguntarle si íbamos en la misma dirección.

O podía apresurarme a sacar cien coronas por los diez kilos de naranjas, incluidas treinta por daños y perjuicios, pues no podía saber que le habían hecho descuento. Con el fin de satisfacer mi curiosidad, al menos podría haberle preguntado por qué hacía acopio de esas enormes cantidades de naranjas. No es que fuera algo muy raro aprovisionarse de comida, pero ¿por qué precisamente de naranjas? ¿Por qué no de manzanas o plátanos?

En el transcurso de ese segundo me da tiempo a volver a pensar en la excursión con esquís por los hielos de Groenlandia, la familia numerosa de Frogner, la fiesta de fin de curso con grandes cantidades de sorbete de naranja, y... el bebé, es decir la pequeña Ranveig, que en ese momento estaría en brazos de su papá, un hombre musculoso que sólo unas semanas antes se había licenciado en la Escuela Superior de Empresariales y que hacía un mes había sido elegido presidente del club de chicos «Majos y estupendos». Esta vez no tuve fuerzas para visitar la ruidosa guardería. Los niños me ponían nervioso.

Pero no me da tiempo a encontrar las palabras correctas, Georg, el surtido es demasiado grande. En el momento en que se mete en el taxi me limito a gritar: «¡Creo que te amo!». Era verdad, pero me arrepentí al instante.

El taxi se va, pero la Joven de las Naranjas no se ha montado en él. Ha cambiado de idea. Está en la acera, como elevada por su propio peso y voluntad, me coge de la mano, como si los últimos cinco años no hubiéramos hecho otra cosa que ir cogidos de la mano, y hace un gesto para que echemos a andar. No obstante, levanta la vista, me mira y dice: «Si viene otro taxi tal vez tenga que cogerlo. Alguien me está esperando».

Sí, sí, ese asqueroso marido y el precioso bebé, pienso. O una madre y un padre —el padre es pastor, por cierto, y tal vez fuera el que había oficiado la misa a la que acabábamos de asistir—, cuatro hermanas y dos hermanos, y además tienen un cachorro en el piso, pues el hermano pequeño, que se llama Petter, se puso tan pesado con lo del perro que al final se lo permitieron. O es un nervudo y malhumorado explorador de Groenlandia quien la está esperando, un tipo con todo ya empaquetado: guantes polares, trajes térmicos, raquetas para la nieve, cera para los esquís y un diccionario inuit-danés, danés-inuit bajo el árbol de Navidad. Es evidente que hoy la Joven de las Naranjas no va a una fiesta de fin de curso. Hoy libra en la guardería.

«Y pronto doblarán las campanas anunciando la Navidad», dije. «¿Verdad que sí? No puedes estar en la calle después de que hayan tocado las campanas».

Ella no contesta, se limita a apretar mi mano firme y cariñosamente, como si juntos flotáramos ingravidos en el espacio, como si nos hubiéramos saciado de leche

intergaláctica y tuviéramos todo el Universo para nosotros solos.

Ya hemos pasado el Museo Histórico y hemos llegado al parque del Palacio. Sé que en cualquier momento puede llegar otro taxi. Sé que las campanas de las iglesias empezarán a repicar en cualquier momento para anunciar la Navidad.

Me paro y me coloco delante de ella. Le acaricio con cuidado el pelo húmedo y dejo mi mano sobre el pasador de plata que lleva en la nuca. Está helada, y sin embargo desprende calor. ¡Imagínate, la estoy tocando!

Y pregunto: «¿Cuándo podemos volver a vernos?».

Ella permanece un instante observando el asfalto antes de levantar la vista y mirarme. Sus pupilas bailan intranquilas, me parece ver temblar sus labios. Y me propone un acertijo sobre el que reflexioné muchísimo. Dice: «¿Cuánto tiempo puedes esperar?».

¿Qué podía responder a esa pregunta, Georg? Tal vez fuera una trampa. Si contestara que dos o tres días, sería mostrarme demasiado impaciente, y si contestara «toda la vida», pensaría que no la quería de verdad o simplemente que no era sincero. De modo que tuve que ingeniarme algo intermedio.

Contesté: «Podré esperar hasta que mi corazón sangre de pena».

Sonrió algo indecisa y me acarició los labios con un dedo. Luego preguntó: «¿Cuánto tiempo es eso?».

Hice un gesto de desesperación con la cabeza y opté por decir la verdad: «Tal vez sólo cinco minutos», dije.

Pareció alegrarse por lo que acababa de oír, pero susurró: «Estaría bien si pudieras aguantar un poco más...».

Ahora me tocó a mí pedir una respuesta. Pregunté: «¿Cuánto?».

«Tendrás que ser capaz de esperarme seis meses», contestó. «Si consigues esperar todo ese tiempo, podremos volver a vernos».

Creo que dejé escapar un suspiro. «¿Por qué tanto tiempo?»

La cara de la Joven de las Naranjas adquirió una expresión severa. Era como si estuviera obligada a hacerse la dura. Contestó: «Porque es exactamente el tiempo que tendrás que esperar».

Notó que la decepción me estaba hundiendo. Tal vez por eso añadió: «Pero si lo consigues, podremos estar juntos todos los días durante los seis meses siguientes».

En ese momento comenzaron a sonar las campanas, y hasta ese instante no retiré la mano de su pelo húmedo y del pasador de plata. Al mismo tiempo, un taxi libre se acercaba por la Wergelandsveien. Tenía que ocurrir.

Mirándome a los ojos me pide algo, es como si me pidiera comprensión, me pide

que emplee todas mis habilidades y toda mi inteligencia. De nuevo se le saltan las lágrimas. «¡Pues... feliz navidad... Jan Olav!», dice tartamudeando. Luego sale corriendo, para el taxi, se mete en él y me hace un gesto nervioso con la mano. Pero el aire está cargado del destino. No se vuelve a mirarme cuando el coche acelera y desaparece. Creo que está llorando.

Estaba abrumado, Georg. Conmocionado. Me habían tocado diez millones en la Loto, pero la alegría sólo duró unos minutos, hasta que me comunicaron que se trataba de un error y que por el momento no podría cobrar el premio.

¿Quién era esa joven sobrenatural? Era una pregunta que me había hecho ya muchas veces, pero ahora había surgido un nuevo interrogante: ¿cómo podía saber mi nombre?

Seguían repicando las campanas de la catedral y de las demás iglesias de la ciudad. No se veía a nadie por las calles, tal vez por eso grité varias veces la misma pregunta al aire de diciembre en voz muy alta, casi cantando: «¿Cómo podía saber mi nombre?». Había una tercera pregunta igual de apremiante: ¿por qué tenían que transcurrir seis meses hasta que quisiera verme de nuevo?

Tendría oportunidades de sobra para reflexionar sobre esa pregunta. Y conforme pasaban los días, no me faltaban respuestas, aunque no sabía cuál de ellas sería casualmente la correcta. Sólo tenía unos cuantos indicios para guiarme, pero ya entonces era un experto interpretando signos o diagnosticando. Tal vez me excedí, porque surgieron demasiadas teorías paralelas.

Quizá la Joven de las Naranjas estaba gravemente enferma y por eso seguía un severo régimen a base de naranjas. Quizá fuera a someterse durante los siguientes seis meses a un desagradable tratamiento médico en Estados Unidos o en Suiza, porque en Noruega no quedaba nadie que pudiera hacer algo más por ella. Lo cierto es que se le saltaban siempre las lágrimas y sobre todo cada vez que se separaba de mí. Pero también había insinuado que pasados esos seis meses podríamos vernos todos los días, es decir desde julio hasta diciembre. Primero tendría que esperar medio año a la Joven de las Naranjas, y luego podría estar con ella todos los días durante los seis meses siguientes. Me sentía muy reconfortado, pues en realidad no era un mal acuerdo, en ese sentido no tenía de qué quejarme. Significaba que el año siguiente nos veríamos cada dos días. ¿No hubiera sido mucho peor que primero nos viéramos todos los días durante seis meses para luego no volver a vernos nunca más?

Acababa de iniciar mis estudios de medicina, y se sabe que muchos estudiantes de

esa materia desarrollan una cierta hipocondría tanto propia como ajena en su ferviente interés por interpretar los síntomas, una tendencia casi detectivesca a hacer diagnósticos, de la misma manera que con cierta frecuencia los estudiantes de teología empiezan a dudar de su fe religiosa, o algunos estudiantes de derecho adoptan una actitud crítica ante las leyes del país. Por lo tanto, y como consecuencia de una severa autodisciplina, intenté deshacerme de la idea de que la Joven de las Naranjas estaba gravemente enferma e iba a someterse a un doloroso tratamiento en un país extranjero. Había muchas otras huellas que seguir.

Por muy enferma o muy trastornada que estuviera la Joven de las Naranjas, eso no explicaba, por ejemplo, que supiera cómo me llamaba. Y había algo más: ¿por qué le daba por llorar cada vez que me veía? ¿Qué había en mí que le producía tanta tristeza?

Ahora podría tirar por la borda mis inhibiciones y relatarte todos los pensamientos que se me pasaron por la cabeza durante esas Navidades. Por ejemplo podría resumir todo lo que me inventé sobre la familia numerosa de Frogner. O podría enumerar todas las respuestas que encontré a por qué no podía volver a verla hasta pasados seis meses. Una de las respuestas, y tal vez típica en su género, era que la Joven de las Naranjas era simplemente demasiado buena para este mundo. Por esa razón viajaba en secreto a África con el fin de introducir comida y medicinas a escondidas para los más pobres de ese gran continente y, sobre todo, donde arrasaban la malaria y otras enfermedades terribles. Ahora bien, una respuesta de ese tipo no solucionaría el misterio en torno a las naranjas. ¿Por qué no?, por cierto. Tal vez se las llevara a África. ¿Y por qué nunca se me había ocurrido eso antes? Tal vez había invertido todos sus ahorros en alquilar un avión Hércules.

Pero, Georg, nos hemos prometido que sólo vamos a seguir las pistas reales de la Joven de las Naranjas. Si te contara todos mis pensamientos y fantasías sobre ella, tendría que pasarme un año entero delante del ordenador, y no tengo tanto tiempo. Así de sencillo es, aunque me duela pensar en ello.

Pero ¿por qué concentrarnos en esas fantasías? Aparte del hecho de que la Joven de las Naranjas me hubiera mirado a los ojos varias veces, me hubiera cogido la mano en dos ocasiones y me hubiera acariciado los labios con un dedo, lo único a lo que podía atenerme era a las escasas palabras intercambiadas entre nosotros. Por lo tanto, era importante recordar minuciosamente lo que nos habíamos dicho. Me apresuré a anotar todas las palabras e hice todo lo posible para interpretarlas.

¿Y tú, Georg, podrás: 1) Entender por qué compraba tantas naranjas. 2) Decirme por qué me miró profundamente a los ojos y me cogió la mano en ese café sin pronunciar palabra. 3) Contestarme por qué estudiaba cada una de las naranjas que

compraba en la plaza de Young, tal vez para evitar que alguna fuera igual a otra. 4) Descubrir alguna señal de por qué no podíamos volver a vernos hasta pasados seis meses. Y 5) Adivinar el mayor de las enigmas: cómo podía saber mi nombre?

Si eres capaz de resolver estos enigmas, estarás en el buen camino para contestar la pregunta más importante de todas: ¿quién era la Joven de las Naranjas? ¿Era una de nosotros? ¿O venía de una realidad completamente diferente, tal vez de otro mundo al que debería regresar durante seis meses, antes de volver aquí y asentarse entre nosotros?

No fui capaz de interpretar los signos, Georg. No logré hacer un diagnóstico.

Al poco rato de desaparecer la Joven de las Naranjas en su taxi, enseguida paré otro y me fui a mi casa de Humleveien a celebrar la Navidad con mi familia. Mi hermano Einar tenía aquel invierno una sola pasión: hacer esquí de eslalon en la cuesta de Tryvann. Le iba a regalar unos guantes de esquí estupendos y esperaba con ilusión que abriera el paquete después de la cena de Nochebuena. Además, había comprado una lata de comida de lujo para su gato, para mi madre un polémico libro de poesía en finosueco, escrito por Märtha Tikkanen, que se llama *La historia de amor del siglo*, y para mi padre una novela llamada *Carrera muerta*, del joven debutante noruego Erling Gjelsvik. Yo había leído el libro y pensé que a mi padre tal vez le pareciera interesante. Pero también había otra razón: en esa época yo mismo soñaba con escribir. Tal vez por eso me apeteció regalarle a mi padre un libro escrito por un joven y desconocido autor primerizo.

Capítulo 3

En aquella época yo solía dormir en la pequeña habitación al lado del salón. Hoy ése es tu cuarto, o por lo menos lo es cuando escribo la carta. No sé si lo seguirá siendo cuando tú la leas.

Siguiendo las pautas que hemos fijado para esta historia, no diré nada sobre la celebración navideña de ese año. Tan sólo mencionaré que en la noche de Navidad no pegué ojo.

Aún no había leído más que la mitad de la larga carta de mi padre, y noté que tenía que ir al baño urgentemente. Era culpa mía, claro. Había bebido demasiada coca-cola.

¡Qué fastidio!, pensé. Para ir al baño tenía que atravesar el salón, el cuarto de estar y la entrada, y estaría rodeado de miradas curiosas por todas partes. Creo que hay algo que se llama «carrera de baquetas». Pero no tenía otra elección.

Abrí la puerta con la llave, dejé el montón de hojas impresas encima de la cama, volví a cerrar la puerta al salir y me metí la llave en el bolsillo.

Los cuatro aparecieron al instante. Intenté hacer como si sus miradas interrogativas no fueran conmigo.

«¿Has acabado ya?», preguntó mi madre. Toda ella parecía un gran signo de interrogación. ¿Qué era lo que había estado leyendo?

«¿Es una lectura triste?», preguntó Jørgen, como compadeciéndose de mí porque mi padre había muerto. La verdad es que siempre había puesto todo de su parte para ser un buen sustituto de él, y eso está bien. Pero no podía compadecerse de mi madre porque había perdido a su marido y a la vez ocupar el lugar, por no decir la cama, de ese marido. Creo que en el fondo Jørgen se alegraba de que mi padre hubiera muerto. De lo contrario, no habría tenido a mi madre. Y tampoco a Miriam. Y puestos a nombrar, tampoco me habría tenido a mí. Hay un refrán que dice «A rey muerto, rey puesto».

Me fijé en que se había servido una gran copa de whisky. De vez en cuando se toma alguna, pero sólo en viernes o sábados. Estábamos a lunes.

No creo que se sintiera avergonzado por estar de pie en medio del salón con una copa en la mano, no es ésa la razón por la que menciono esto. Pero tal vez estuviera un poco cortado porque yo me había encerrado en mi habitación con el fin de leer algo que mi padre auténtico me había escrito poco antes de morir, y mucho antes de que hubiera ningún Jørgen en la casa. Cuando yo era pequeño lo llamaba a veces

«forastero», un poco infantil por mi parte, lo admito, pero lo hacía sólo para provocarle.

«¿Todavía no has acabado de leer?», preguntó el abuelo. Llevaba un puro encendido en la mano. Había captado el meollo de la cuestión.

«Sólo he leído la mitad», dije. «Ahora tengo que ir al baño».

«¿Pero te gusta lo que estás leyendo?», preguntó la abuela, dando la lata.

«¡Sin comentarios!», contesté. Eso es lo que siempre dicen los políticos a los periodistas cuando no les da la gana de contestar a preguntas difíciles.

Los periodistas y los padres se parecen en que son igual de curiosos. Y los políticos y los niños se parecen en que siempre se les hace preguntas delicadas nada fáciles de contestar.

Tal vez sea ya hora de presentar más de cerca a las personas que forman parte de esta historia. Empezaré por mamá, que es a la que mejor conozco de todos.

Mamá cumplió ya los cuarenta, y puedo caracterizarla como una mujer madura e independiente, que nunca tiene miedo de decir lo que piensa. Además es muy «maternal», y al decirlo no sólo me refiero a cómo se ocupa de Miriam. También me mimaba bastante a mí, y a veces me habla como si tuviera dos o tres años menos de los que tengo. Por regla general, lo dejo pasar sin más, pero a veces me deprime bastante, por ejemplo cuando traigo amigos a casa después del colegio. Entonces es como si disfrutara mostrando a mis amigos que yo sigo siendo su niño, aunque de hecho a ella le saco un par de centímetros. ¡Una vez que estaba en el salón jugando al ajedrez con un amigo mío que se llama Martin, mi madre se acercó al sofá con un cepillo y se puso a cepillarme el pelo! Entonces sí le dije lo que pensaba. No me gusta enfadarme con mamá —y aquella vez no sólo me enfadé, me enfurecí— pero fue porque estaba Martin y tenía que demostrarle que yo era capaz de poner límites. Mamá se refugió en la cocina, y al cabo de veinte minutos volvió con chocolate y bizcocho de navidad. Martin silbó entusiasmado, pero a mí me resultó penoso que nos sirviera de esa manera después de lo ocurrido. Faltó poco para que entrara en la cocina a ver si había alguna cerveza en la nevera. Pensé que si no encontraba cerveza, al menos sabía dónde estaba la botella de whisky de Jørgen. Afortunadamente Martin tiene un gran sentido del humor y luego hablamos de lo ocurrido. Creo que empezó a sentir más respeto por mamá cuando le dije que se gana el sustento dando clase a los estudiantes de la Academia Estatal de Bellas Artes. «Si surge un nuevo Picasso sabrás quién le ha enseñado», le dije. Después de lo que había sucedido, me sentía obligado a intentar

elevarla un poco.

Resulta difícil describir a tu propia madre, al menos en lo que se refiere a gustos y vicios, pero hay algo que destaca sobre lo demás. A mamá le chifla el regaliz, y con eso quiero decir toda clase de regaliz. Encuentro caramelos de regaliz por todas partes, cajas de Fazier y bombones de regaliz inglés, pues últimamente lo come a escondidas, porque tanto Jørgen como yo hemos empezado a regañarla. Jørgen opina que el regaliz hace subir la tensión; posiblemente sea una exageración, pero la situación ha llegado a tal extremo que ella me pide que no le diga nada a él cuando hemos ido al centro y se ha comprado una bolsa de regaliz de cualquier clase.

Si se me pidiese que describiera en dos palabras el lado fuerte de mamá, sería «buen humor». Pero entonces tendría que añadir que su lado más débil es «mal humor». No suele haber matices entre los dos extremos. Mamá suele estar de muy buen humor, pero a veces puede llegar a estar verdaderamente enfadada. Siempre está de buen o de mal humor, nunca está «ni fu ni fa». La frase favorita de mamá es: «¿Echamos una partida de cartas antes de irnos a dormir?».

Y ahora Jørgen. Sólo mide un metro setenta, exactamente lo mismo que mamá. De modo que para ser adulto no es un tipo alto. Muchos dirían que eso es una desventaja, en ese caso no sería la única, pues también es pelirrojo. Tiene la piel muy pálida y nunca coge buen color en verano, sólo se pone rosa o se quema. Y su vello es rojo, incluso en los brazos le crecen pelos rojos. Ya he mencionado que va siempre a la moda, bueno, creo que incluso se puede decir que es un poco engreído. No todos los hombres tienen tres desodorantes distintos y cuatro marcas de colonia en su estantería del baño, ni todo el mundo se atrevería a salir de casa con una bufanda de seda negra y una chaqueta clara de piel de camello. Pero Jørgen sí lo hace. Y he de admitir que le favorece.

A pesar de todo esto, Jørgen trabaja como investigador en la Policía Judicial. Nos recuerda constantemente su «secreto profesional», pero no siempre consigue callarse del todo. Al menos un par de veces me he enterado por él de algunos detalles importantes en grandes casos criminales antes de que hayan salido en los periódicos. Confía mucho en mí. Sabe que no voy por ahí contando secretos policiales.

Jørgen es uno de esos tipos que creen que lo saben todo, pero no siempre es así. Hace algún tiempo fuimos a IKEA a comprar un armario nuevo para mi habitación. (Se habían puesto muy pesados conmigo, diciendo que mi ropa estaba siempre tirada por todas partes, lo cual era una exageración, porque nunca he dejado ni un calcetín en el piso de arriba. La verdad es que casi nunca subo). Montar el armario de IKEA nos llevó toda la tarde, y luego otro montón de tiempo colocarlo en su sitio. Jørgen

opinaba que había que ponerlo junto a la pared, pegado a la puerta, pero yo no estaba en absoluto de acuerdo. Yo lo quería junto a la ventana, aunque de esa forma, medio centímetro haría sombra a la vista al jardín. Dije que era mi habitación y que no me importaba perderme medio centímetro de la vista. Le recordé que yo llevaba viviendo en esta casa mucho más tiempo que él, y además opiné que no era muy práctico tener un armario que no se pudiera abrir cuando la puerta del salón estuviera abierta. Me salí con la mía, claro, pero él tardó casi veinticuatro horas en volverme a hablar, y, cuando por fin lo hizo, era evidente que le costó mucho esfuerzo.

El lado más fuerte de Jørgen tal vez sea que está dispuesto a emplear casi todo su tiempo libre en hacer de mí un deportista. Todo el mundo nace con músculos, dice, pero los músculos están para ser usados. Su lado más débil tal vez sea que se niega a aceptar que yo tenga planes diferentes a convertirme en deportista. No creo que a Jørgen le haga mucha gracia que ensaye tanto la *Sonata del Claro de Luna*. La frase favorita de Jørgen es sin duda: «¡Lo que cuenta es la intención!».

Antes de decir algo sobre mis abuelos paternos, debo subrayar que los conozco muy bien, al menos tanto como a Jørgen, porque he vivido bastante tiempo con ellos en la pequeña ciudad de Tønsberg. Sobre todo pasé una larga temporada en su casa en la época en que mamá y Jørgen se hicieron novios. Entonces yo sólo tenía diez años. No creo que mamá y Jørgen hubieran logrado hacerse novios de verdad si no hubieran tenido la oportunidad de deshacerse de mí algunas semanas. No lo digo para quejarme, al contrario. Siempre me ha gustado ir a Tønsberg. Además, me alegro de que mamá y Jørgen tuvieran la delicadeza de ahorrarme la fase inicial de su relación, es decir, la fase del flirteo. De todos modos, ha habido muchas cosas a las que he tenido que adaptarme. Cierta vez que subí al piso de arriba, vi que estaban en la cama besándose bajo el edredón. No me hizo mucha gracia, así que di media vuelta y bajé sigilosamente por la escalera. Quizá hubiera reaccionado de otro modo si Jørgen hubiera sido mi padre de verdad. O tal vez no. En realidad, no me pareció muy asqueroso, pero podrían haber cerrado la puerta del dormitorio. Podrían haberme avisado de que se iban a la cama, así no hubiera tenido que sentirme tan tonto ni tan solo.

La abuela cumplirá pronto los setenta, y durante gran parte de su vida ha trabajado como profesora de canto. Ama toda clase de música, pero más que nada la de Puccini. Para ella ha sido de vital importancia conseguir que me guste *La Bohème*, pero la verdad es que la ópera italiana me resulta demasiado dulzona, y *La Bohème* no es una excepción, pues es una terrible mezcla de amor y tuberculosis. Mi abuela también es una gran amante de la naturaleza, sobre todo de los pájaros. Le encantan toda clase

de productos del mar y ha inventado, por ejemplo, una ensalada de marisco que ella llama «ensalada de Tønsberg». (Gambas, carne de cangrejo y albóndigas de pescado. El ingrediente original es la albóndiga de pescado). En otoño siempre quiere llevarme a Tjøme a coger setas. Su lado más fuerte: conoce los nombres de todas las especies de pájaros y sabe exactamente dónde ponen e incuban los huevos. Lado más débil: no es capaz (desgraciadamente) de cocinar sin cantar un aria de Puccini. No he intentado quitarle ese hábito, sinceramente no me he atrevido, porque la abuela es una excelente cocinera. Frase favorita: «Siéntate aquí conmigo, Georg, a charlar un ratito».

Antes de jubilarse, el abuelo trabajó de meteorólogo, y aún no ha perdido el interés por el tema, porque compra todos los días el periódico *VG* sólo para discutir el parte meteorológico. Fuma puros, aunque sólo en ocasiones festivas, según él. Al parecer, cada visita que hago a Tønsberg es una ocasión festiva para el abuelo, y también cada vez que salimos en su barca. Es muy alegre y muy bromista, por no decir desbordante, y nunca tiene miedo a proclamar su opinión. Si le parece que la abuela va mal peinada, no vacila en decírselo. Pero tampoco vacila en piropearla cuando va bien peinada. El abuelo se pasa la mitad del verano en su barca, y la otra mitad leyendo periódicos. De vez en cuando escribe algún pequeño artículo en el periódico local de Tønsberg, y tal vez pueda considerársele como uno de los «famosillos» de la ciudad. Su lado más fuerte: el abuelo es un genio en el mar. Lado más débil: a veces da la impresión de creerse el rey de Tønsberg. Frase favorita: «¡Los ricos vivimos muy bien!».

Miriam tiene, como he dicho ya, sólo año y medio, pero habla ya como una cotorra. Repite una y otra vez los nombres de las cosas, y es capaz de juntar dos palabras en algo que parecen frases: «Mamá comer», «Papá dormir», «Geo tocar». Con eso no quiere decir a mamá que coma, ni a Jørgen que duerma, ni a mí que toque el piano, pues esto lo dice sólo cuando mamá está comiendo, Jørgen durmiendo o yo estoy intentando aprender a tocar el segundo movimiento de la *Sonata del Claro de Luna* de Beethoven. No dudo en caracterizar a Miriam como «un verdadero encanto». Ha heredado de mamá los ojos marrones y la piel clara de Jørgen, pero afortunadamente no tiene el pelo rojo de su padre: también el color del pelo lo ha heredado de mamá, sólo que es un poco más rubio. Lado más fuerte: a Miriam le encanta irse a la cama por la noche, jamás la he oído protestar por ello. Lado más débil: se cree la jefa de la familia. Frase favorita: «Miamzuzo, Miamzuzo» (que significa: «Miriam quiere zumo»).

También he mencionado un par de veces a mi tío Einar. Me hizo gracia leer en la carta de papá que Einar tenía mi edad el otoño en que mi padre conoció a la Joven de

las Naranjas. Hoy es segundo oficial de un gran buque de la marina mercante, está soltero, pero los rumores dicen que tiene una novia en cada puerto. (En una época sospeché que también tenía una novia a bordo del buque. Había una tal Ingrid que navegó con él durante medio año hasta que de repente se desenroló). Varias veces me ha prometido llevarme en su barco al extranjero, pero no será más que palabrería, porque nunca se ha hecho realidad. Lado más fuerte: probablemente uno de los tíos más majos de Noruega. Lado más débil: nunca cumple lo que promete. Frase favorita: «¡Pero si no has navegado nunca, chaval!».

Como ya he dicho algo sobre Isabelle, pienso que también ella debe ser incluida en esta ronda de presentaciones. Por ahora no tengo mucho que decir sobre ella, pero al menos tiene una frase favorita: «¿Sabes qué hora es?». Lado más fuerte: guapa, muy guapa. Lado más débil: callada, muy callada (¡pero esto puede deberse a que es muy, muy tímida!).

Ya sólo queda una persona, y es la más difícil de describir, porque se trata de Georg Røed. Mido uno setenta y cuatro, es decir, cuatro centímetros más que Jørgen. No creo que eso le guste mucho, pero puede pensar que está por encima de ello. Yo estoy dentro de ese chico, de manera que nunca lo veo moverse por la habitación. Sin embargo lo contemplo a veces cara a cara, es decir cuando alguna rara vez me coloco frente a un espejo. Puedo parecer engreído, pero he de admitir que pertenezco a esa parte de la población que está razonablemente satisfecha de su aspecto. No voy a decir que soy guapo, pero al menos no soy muy feo. No obstante, hay que estar un poco en guardia sobre este tema, pues en algún sitio he leído que más del veinte por ciento de las mujeres creen pertenecer al tres por ciento de las mujeres más guapas del país y, naturalmente, ese cálculo no cuadra. No sé cuántas personas opinan que pertenecen al tres por ciento de las más feas, pero tiene que ser terrible estar descontento con uno mismo durante toda la vida. Espero sinceramente que Jørgen no sufra por ser pelirrojo y medir sólo uno setenta sin zapatos. Me lo he preguntado alguna vez, pero nunca a él directamente.

En cuanto a preocupaciones sobre mi aspecto, puedo decir que la única cosa que me inquieta un poco es la aparición de unos fastidiosos granos en la frente, y no me consuela nada saber que desaparecerán dentro de cuatro u ocho años. Jørgen opina que tal vez desaparezcan tras unas cuantas sesiones de footing con él, pero a mí no me engaña. Por cierto, es tonto por decirme eso, porque ahora sí que no me da la gana de empezar a correr. Pues si lo hiciera, Jørgen pensaría que sólo corro para deshacerme de los granos.

He heredado los ojos azules de mi padre, tengo el pelo rubio y una piel bastante

clara, que sin embargo se pone muy morena en el verano. Lado más fuerte: Georg Røed pertenece a esa parte de la población del mundo que ha comprendido que habitamos un planeta de la Vía Láctea. Lado más débil: no se le da muy bien ligar. No me hubiera importado nada haber estado un poco más a la ofensiva en ese asunto. Frase favorita: «Gracias, quiero las dos cosas».

Al salir del baño tuve que volver a pasar por el salón, pero esta vez nadie dijo nada. Al parecer se habían puesto de acuerdo sobre ese punto. Abrí la puerta de la habitación que había sido de mi padre, volví a cerrarla con llave y me tiré en la cama. Tenía ganas de saber quién era esa misteriosa Joven de las Naranjas, si es que mi padre volvió a verla, claro. Tal vez era una bruja. Al menos había conseguido embrujar a mi padre. Tenía que haber una razón para ese enorme interés suyo en hablarme de ella. Sería algo que yo debería saber, algo muy importante que un padre quería contar a su hijo antes de morir.

Aún no había desechado del todo la idea de que la Joven de las Naranjas tuviera algo que ver con el telescopio Hubble, o al menos con el Universo y el espacio. Lo pensé por algo que había escrito mi padre. Hojeé hacia atrás hasta que lo encontré y lo leí de nuevo: *... se limita a apretar mi mano firme y cariñosamente, como si juntos flotáramos ingrávidos en el espacio, como si nos hubiéramos saciado de leche intergaláctica y tuviéramos todo el Universo para nosotros solos.*

Tal vez la Joven de las Naranjas viniera de otro planeta. Al menos se insinuaba que procedía de un mundo diferente al nuestro. ¿Acaso habría llegado en un ovni? Claro que no, yo no creía en esas cosas, y mi padre tampoco, estoy seguro. Pero tal vez ella creyera. Eso sería casi igual de malo.

El telescopio Hubble tarda 97 minutos en dar una vuelta al mundo, a una velocidad de 28.000 kilómetros por hora. Para comparar, puedo decir que el primer tren a vapor entre Christianía y Eidsvoll tardó 150 minutos, dos horas y media, en recorrer una distancia de 68 kilómetros. He calculado que eso da una velocidad media de 28 kilómetros por hora. Eso significa que el telescopio Hubble es mil veces más rápido que el primer ferrocarril de Noruega. (¡Mi profesor opinaba que ésa era una comparación muy ingeniosa!)

¡28.000 kilómetros por hora! ¡Eso sí que es volar ingrávido por el espacio! Y tal vez entonces se pueda hablar de beber «leche intergaláctica», sobre todo cuando a la vez se sacan constantemente fotos de galaxias que se encuentran a muchos millones de años luz de la Vía Láctea.

El telescopio Hubble tiene dos alas con paneles solares. Miden doce metros de largo, dos y medio de ancho y suministran 3.000 vatios al satélite. Pero dudo de que los dos tórtolos de la catedral se hubieran sentado cada uno en un ala del telescopio con el Universo entero a sus pies antes de pasar por el Museo Histórico y llegar al parque del Palacio. Aunque, quién sabe, tal vez estuvieran en el séptimo cielo.

Cogí el montón de hojas y seguí leyendo.

No hice más intentos de encontrar a la Joven de las Naranjas durante los días entre Navidad y Año Nuevo. Dejé que la paz navideña me invadiera. Pero ya entrado enero me puse de nuevo manos a la obra, estaba en muy buena forma.

Hice cientos de intentos de encontrarla, pero ninguno dio resultado, así que no tengo nada que contarte. Estoy seguro de que ya te has acostumbrado al ritmo y a la lógica de esta historia.

No obstante, voy a hacer una excepción que tiene que ver con un punto del que me olvidé en mi pequeña lista de enigmas que tendrás que procurar resolver. ¡El viejo anorak, Georg! ¿Qué pasa con él? Fue lo que me hizo pensar en una laboriosa excursión en esquís por los hielos de Groenlandia. Fue esa gastada prenda la que en su momento me hizo suponer que la Joven de las Naranjas era muy pobre. Pero, ante todo, era una señal de que era una amante de la vida al aire libre.

Aquel año di un montón de paseos en esquís, y tal vez tanto esquiar por los bosques de Oslo y por la montaña contribuyera a que mi cuerpo haya logrado mantener la agresiva enfermedad a cierta distancia durante unos meses. Pero no voy a hablar aquí de esos paseos, porque nunca la vi ni en las pistas de esquí ni en los refugios de Kikut, Stryken o Harestua. Pero a principios de marzo se acercaba el día de los concursos de salto de Holmenkollen. El pensar en el inminente concurso de esquí me regocijaba. Era como tener trece aciertos en la quiniela, faltando sólo un partido por jugar, al que le había puesto un doble.

Si el tiempo es bueno, suele haber más de 50.000 personas en el trampolín de Holmenkollen el primer domingo de marzo, lo que significa que un buen porcentaje de la población de Oslo sube ese día a la colina. Pero ¿qué porcentaje, en tu opinión, de la población de Oslo anda por ahí con viejos anoraks? Cerca del cien por ciento, creo yo. Tenía más de 50.000 posibilidades de encontrarme con la Joven de las Naranjas, y te lo aseguro: no escaseaban los viejos anoraks de montaña allí arriba, en el tejado de Oslo, aquel domingo del mes de marzo. Estaban todos. Un domingo de Holmenkollen es como un paraíso de viejos anoraks en todas sus variantes, palidecidos por el sol. De modo que ni miré a los que saltaban, tenía bastante con estudiar todos aquellos anoraks. Creí ver a la Joven de las Naranjas en varias

ocasiones, y mi pecho estaba a punto de estallar cada vez, pero nunca era ella. Un par de veces también avisté el famoso pasador de plata, pero no pertenecía a ella.

No estaba allí, Georg. Así era. Fue lo único que registré. Ni siquiera me enteré de quién ganó los saltos ese día. Lo único en lo que me fijé fue en que faltaba la Joven de las Naranjas. Yo sólo tenía ojos para lo que no estaba.

Desde entonces sólo he estado en Holmenkollen una vez, y no sé si eso te suena. ¿Podrás tener algún remoto recuerdo de algo que tú y yo vivimos cuando tenías apenas dos años y medio?

Ese año estuvimos tú y yo abajo, en el llano, mirando hacia arriba a los saltadores de esquí. El tiempo era muy especial para ser marzo. Un raro viento templado había atravesado el país trayendo consigo temperaturas casi veraniegas, por eso tuvieron que transportar la nieve desde la alta montaña de Finse. Ese año fue el saltador alemán Jens Weissflog el que se llevó la medalla de oro. Fue una gran decepción para el público noruego, pero no una gran sorpresa, pues Weissflog había ganado también el año anterior.

Voy a confiarte un pequeño secreto. También cuando tú y yo estuvimos en Holmenkollen ese templado día de marzo hace casi medio año, me sorprendí repetidas veces buscando a la Joven de las Naranjas. Habían transcurrido casi diez años, pero aquella decepción aún duraba en mi cuerpo.

Estoy mal de tiempo, hijito. Pero no sólo por eso hago un salto de unas semanas. No hay nada más que contar hasta entonces.

A finales de abril saqué del buzón una hermosa postal. Era sábado y estaba en casa de mis padres en Humleveien. Por tanto, la postal no la habían enviado a mi piso de Adamstuen, donde llevaba viviendo unos meses con Gunnar, pero sí que era para mí.

Escucha: en la postal se veía la foto de un fantástico naranjal, y ponía PATIO DE LOS NARANJOS en letras mayúsculas. Entendí lo que significaba, aunque lo ponía en español. Ya te dije que soy bueno interpretando signos.

¡El Patio de los Naranjos! Mi corazón se puso a latir con fuerza. Hay algo que se llama tensión sanguínea, Georg. En situaciones extremas puede subir terriblemente de un solo salto. Pero no huyas por eso de las fuertes emociones, pues se trata de un estado completamente carente de peligro. (¡Por otra parte, desearía que nunca te diera por saltar en paracaídas! ¡Al menos evita los saltos con elásticos!)

Di la vuelta a la postal. El matasellos era de Sevilla, y sólo ponía: He estado pensando en ti. ¿Podrás esperar un poco más?

No ponía nada más, ningún nombre ni ninguna dirección del remitente. Pero en la postal había un rostro pintado, era su rostro, Georg, el rostro de la ardilla. Parecía

hecho por un artista, incluso por uno muy bueno.

En realidad no me sentí muy sorprendido. Me pareció normal que la Joven de las Naranjas estuviera en el Patio de los Naranjos, faltaría más. Simplemente se había marchado a su reino, al mismísimo país de las naranjas. Cuadraba por completo con mis ideas. ¿No se había quedado el joven Jesús en el templo con el fin de permanecer en la casa de su padre?

Ya nada me resultaba incomprensible. Todos los enigmas se habían resuelto. En ese reino, la Joven de las Naranjas podría respirar aliviada durante seis meses y cultivar su interés exquisito, por no decir artístico, por la diversidad de las naranjas, antes de que, esperaba yo, volviera para cumplir nuestro acuerdo de vernos cada día durante los seis meses siguientes. Luego tal vez necesitara irse otra vez al reino de las Naranjas para volver a respirar, pero eso se vería a su tiempo.

Estaba entusiasmado, mi cerebro empezó a producir en exceso una sustancia que los médicos llamamos endorfinas. Solemos decir que el paciente está eufórico. En ese estado me encontraba yo. Fui corriendo a ver a mis padres, que estaban sentados en el jardín de invierno, mi madre en la vieja mecedora verde y mi padre detrás del periódico del sábado en la vieja *chaise-longue*. Entré dando tumbos y les dije que iba a casarme. Sí, lo dije, dije que tenía intención de casarme. No debería haberlo hecho, porque sólo media hora después llegó el bajón. Mi cerebro había dejado por completo de producir endorfinas, y yo ya no estaba eufórico. No entendía nada, entendía menos que nunca.

La Joven de las Naranjas ya había revelado que conocía mi nombre de pila, pero ahora resultaba que también conocía mi apellido, y no sólo eso, Georg: en ese país de las naranjas tenía también la dirección de la casa de mis padres. ¿Qué te parece? Era algo hermoso y conmovedor, fuera cual fuera la explicación. Pero ¿no te parece bastante desagradable que se hubiera ido hasta España sin comentármelo durante esos minutos mágicos mientras bajábamos hacia el parque del Palacio, cogidos de la mano, justo antes de que tocaran las campanas de Navidad y la Cenicienta tuviera que meterse a toda prisa en la carroza, segundos antes de que fuera convertida en calabaza?

De eso hacía ya tres meses y medio, y por lo menos veinticinco paseos en esquís, por no hablar de las acciones de búsqueda.

¿O la Joven de las Naranjas había estado también en Marruecos, California y Brasil? La naranja es hoy en día una fruta que se consume en todo el planeta, Georg, en mi opinión debería haber sido canonizada como la fruta más importante de la naturaleza. Tal vez la Joven de las Naranjas trabajara como agente secreta de la

Inspección de Naranjas de la ONU (INONU). ¿Había surgido acaso una nueva y siniestra enfermedad en las naranjas y por eso iba constantemente al mercado de Young, a inspeccionar el estado de salud de las mismas? ¿Por eso hacía pruebas aleatorias una vez por semana?

Quizá había estado hasta en China. Hacía ya tiempo que había averiguado que *appelsin*, la palabra noruega para «naranja», significa «manzana china», pues la naranja tiene su origen en China. Pero si la Joven de las Naranjas se hubiera ido de peregrinaje hasta China, donde brotó la primera flor de azahar de este planeta, no habría podido enviarle una postal con las siguientes señas: La Joven de las Naranjas, China. Hubiera resultado demasiado difícil para el cartero chino encontrarla entre más de mil millones de personas. Yo sí que lo habría conseguido, pero no podía estar seguro de que el cartero chino estuviera tan entregado a la causa como yo.

Bueno, Georg, tenemos que seguir.

Abandoné la facultad por unos días, pedí prestadas mil coronas a mis padres y conseguí un billete barato de avión a Madrid, donde pasé la noche en casa del tío de un viejo amigo del colegio. Temprano, a la mañana siguiente, volé a Sevilla.

No podía estar completamente seguro de que fuera a encontrarla, pero calculé que las posibilidades eran más o menos como las de Holmenkollen. Había una cosa más: aunque no la encontrara en Sevilla cara a cara, al menos sabía que había estado allí hacía poco, por ejemplo antes de seguir viaje hacia Marruecos. De cualquier forma, conocería el país de las naranjas y respiraría algo de ese aire ácido que ella había respirado, andaría por las mismas calles por las que ella había andado y tal vez me sentara en los mismos bancos en los que ella se había sentado. Ésa era razón suficiente para hacer el viaje. Además, no era improbable que encontrara algún rastro importante de ella en el Patio de los Naranjos, por ejemplo, si me dejaban entrar, claro. Me imaginaba que tal vez habría fosos, perros coléricos y una estricta vigilancia en un lugar tan sagrado.

Pero media hora después de llegar a Sevilla, pude entrar sin problemas en el Patio de los Naranjos. Estaba justo al lado de la catedral, y era un naranjal precioso y cerrado, casi como un jardín modelo. Todos los naranjos estaban enfilados y con la fruta ya muy madura.

Pero la Joven de las Naranjas no estaba allí. Lo más seguro era que estuviera dando una vuelta por la ciudad. Volvería enseguida.

Intenté pensar racionalmente. Intenté decirme que no podía contar con verla

inmediatamente, tal vez ni siquiera durante los primeros días. Por esa razón me quedé en el naranjal sólo unas tres horas. Pero al marcharme dejé, por si acaso, una notita encima de una vieja fuente en medio del patio, en la que escribí: Yo también he pensado en ti. No, no soy capaz de esperar un poco más. Sobre el papel coloqué una pequeña piedra.

No firmé la nota, ni siquiera puse para quién era, pero añadí un diminuto trazado de mi propia cara. No se me parecía en nada, pero estaba seguro de que la Joven de las Naranjas entendería a quién representaba el dibujo si veía la nota. No tardaría mucho en volver, pues suponía que solía pasar por allí de vez en cuando a recoger el correo.

Una hora después de haber dejado la notita debajo de una piedra, cuando iba caminando por las calles del centro de la ciudad, pensé de repente horrorizado que tal vez había cometido un grave error.

Ella dijo: Tendrás que ser capaz de esperarme seis meses. Si consigues esperar todo ese tiempo, podremos volver a vernos. Yo le pregunté por qué tenía que esperar tanto tiempo. Y la Joven de las Naranjas me dio una sencilla respuesta: Porque es exactamente el tiempo que tendrás que esperar. Pero si lo consigues, podremos estar juntos todos los días durante los seis meses siguientes.

¿Me sigues, Georg? Yo no había cumplido las reglas. No había conseguido esperarla durante seis meses, lo que significaba que ya no podía contar con que ella cumpliera su promesa de que estaríamos juntos todos los días durante los seis meses siguientes.

El solemne pacto que habíamos hecho era muy fácil de entender, pero muy difícil de soportar. Ahora bien, todos los cuentos tienen sus propias reglas, quizá sean precisamente las reglas lo que distingue a un cuento de otro. Nunca hace falta entender esas reglas. Sólo hay que seguirlas. ¡Si no, las promesas no se cumplen!

¿Lo comprendes, Georg? ¿Por qué la Cenicienta debía volver del baile de palacio antes de las doce? No tengo ni idea, ni creo que la Cenicienta la tuviera tampoco. Pero no tienes derecho a hacer preguntas como éstas cuando te has dejado introducir en el maravilloso reino de los sueños por arte de magia. Entonces hay que aceptar las condiciones por muy incomprensibles que sean. Si la Cenicienta quiere conseguir al príncipe tiene que ser capaz de marcharse del baile antes de que los relojes den las doce campanadas. Así de sencillo es, así de claro. Ella tiene que seguir las reglas. Si no, pierde el vestido, y la carroza se convierte en una calabaza. De modo que ella se

esfuerzo por volver a casa antes de las doce, y lo consigue a duras penas, perdiendo un zapato de baile en el camino. Milagrosamente, y gracias al zapato, por fin el príncipe la encuentra. Por el contrario, las malvadas hermanastras no siguieron las reglas y acabaron muy mal.

En este cuento nuestro regían otras reglas: si conseguía ver a la Joven de las Naranjas tres veces seguidas con una gran bolsa de naranjas, podría llegar a ser mía. Pero también hizo falta que la viera la misma Nochebuena, y tal vez más que eso: tuve que mirarla a los ojos en el momento exacto en que comenzaban a sonar las campanadas, a la vez que yo tocaba un pasador de plata. Después de eso sólo faltaba una prueba: tendría que soportar no verla en seis meses. No preguntes por qué, Georg, ésas eran las reglas. Si no lograba cumplir la última y decisiva etapa, es decir, mantenerme alejado de la Joven de las Naranjas durante seis meses, todos mis esfuerzos previos no servirían para nada, y todo estaría perdido.

Me apresuré a volver al Patio de los Naranjos. La nota había desaparecido, y ni siquiera podía estar seguro de que fuera ella quien la había cogido. Lo mismo podría haberla robado un turista noruego.

En el momento en que divisé la piedra bajo la cual había dejado la nota —que, como digo, había desaparecido— se me ocurrió otra idea, una idea que me proporcionó algo de esperanza a pesar de haberme desviado de las reglas. ¿A ti qué te parece, Georg? La Joven de las Naranjas me había enviado una postal, pues tenía mi dirección. Luego yo le había escrito una nota, pero como no tenía ninguna señal a donde enviarla, tuve que llevarla en persona al mismo Patio de los Naranjos, desde donde ella había enviado la postal.

¿No estábamos en cierto modo a la par? ¿No había infringido también ella alguna regla? ¿Tú qué opinas, Georg? Tú podrás interpretar las reglas de este cuento igual que pude interpretarlas yo.

Pero por otro lado: al fin y al cabo la joven me había pedido que esperara un poco más. En realidad se había limitado a renovar el pacto. Y yo había contestado que no era capaz de aceptar las condiciones, o dicho de otra manera: no me atendería a las reglas.

Ella había escrito: He pensado en ti. ¿Podrás esperar un poco más?

Pero, Georg, si la respuesta a esa pregunta era que no podía esperar, entonces ¿qué pretendía ella que hiciese?

Fui incapaz de formular un juicio al respecto, me encontraba demasiado implicado para ello. Ahora lo importante era encontrarla.

Nunca había estado antes en Sevilla, ni siquiera en España. Seguí la riada de turistas hasta el viejo barrio judío, Santa Cruz. Parecía un lugar dedicado exclusivamente al culto a la naranja como planta de cultura. Todas las plazas y plazuelas estaban rodeadas de naranjos.

Tras haber andado de plaza en plaza sin encontrar a la Joven de las Naranjas, me senté por fin en un café de una de ellas, en una mesa libre a la sombra de un frondoso naranjo. Me había paseado ya por todas las plazas del barrio de Santa Cruz, y llegué a la conclusión de que esa plaza era la más bonita. Se llamaba Plaza de la Alianza.

Me quedé pensando en lo siguiente: si estás buscando a una persona en una gran ciudad, sin tener la menor idea de dónde puede encontrarse, ¿es mejor ir al tuntún de sitio en sitio, o tienes más posibilidades de encontrarla si te sientas en un lugar céntrico y te quedas ahí hasta que la persona a la que buscas tal vez aparezca por su cuenta?

Lee la última frase dos veces antes de formarte una opinión, Georg. Yo, por mi parte, llegué a la siguiente conclusión: el barrio más bonito de Sevilla se llama Santa Cruz, y la plaza más bonita del barrio de Santa Cruz es la Plaza de la Alianza. Si la Joven de las Naranjas se parecía un poco a mí, aparecería antes o después en ese lugar donde yo estaba sentado. Nos habíamos encontrado en un café de Oslo. Y nos habíamos visto en la catedral. No cabía duda de que la Joven de las Naranjas y yo éramos muy hábiles en encontrarnos por casualidad.

Decidí seguir sentado. Eran sólo las tres de la tarde, lo que significaba que podría quedarme en la Plaza de la Alianza al menos ocho horas. No me pareció mucho tiempo de espera. Antes de salir de Oslo, había reservado habitación en una pequeña pensión muy cerca de donde me encontraba. Me habían dicho que había que volver antes de las doce de la noche, porque a esa hora cerraban (¡incluso las pensiones españolas tienen reglas que hay que seguir!). Decidí que si la Joven de las Naranjas no aparecía antes de las doce menos diez esa primera noche, la esperaría al día siguiente de sol a sol en el mismo lugar.

Me puse a esperar. Miraba a toda la gente que iba y venía por la plaza, tanto a los lugareños como a los turistas. Pensé que el mundo es un bello lugar. De nuevo me sobrevino esa sensación eufórica relacionada con todo lo que me rodeaba. ¿Quiénes somos los que aquí vivimos? Cada individuo de esa plaza era como un arca de tesoros viva, repleta de pensamientos y recuerdos, sueños y deseos. Yo me encontraba en medio del corazón de mi vida terrestre, pero así era también para todos los demás seres humanos que se encontraban en la plaza. Veamos por ejemplo al camarero: era

su cometido servir a todos los que se sentaran en ese lugar, y tras pedir el cuarto café, me pareció ver en su cara que opinaba que llevaba más tiempo del debido ocupando la mesa, pues hacía tres o cuatro horas que estaba allí sentado. Cuando, tras otra hora y media, había vaciado ya la cuarta taza de café, el camarero volvió a mi mesa enseguida y me preguntó educadamente si quería pagar. Pero no podía irme, estaba esperando a la Joven de las Naranjas y, por si acaso, pedí unas cuantas raciones de tapas y una coca-cola. Nada de vino o cerveza hasta que ella llegara, pensé, cuando apareciera, beberíamos champán. Pero la Joven de las Naranjas no apareció. Se hicieron las siete, y me vi obligado a pedir la cuenta. De repente comprendí mi ingenuidad. Habían pasado muchos días desde que recogí la postal del buzón de mi casa de Humleveien, y la postal también había tardado al menos el mismo número de días en llegar hasta allí.

La Joven de las Naranjas me parecía tan inalcanzable como antes; tendría otras cosas en las que ocuparse que en jugar al gato y al ratón conmigo, tal vez estuviera estudiando español en Salamanca o en Madrid. Pagué la cuenta, listo para marcharme. Me sentía decepcionado por mi falta de sentido común, y con algo en la garganta que me impedía tragar decidí volverme a Noruega al día siguiente.

No sé si alguna vez has tenido una intensa sensación de haber hecho algo en vano. Puede que alguna vez te haya ocurrido que hayas salido de casa mientras llovía a cántaros para ir al centro a comprar algo que de verdad te hacía falta, y cuando por fin llegas a la tienda, acaban de cerrar hace dos minutos. Esas cosas son irritantes, y sobre todo te irrita tu propia estupidez. Fue esa sensación casi de vergüenza de haber viajado en vano la que me sobrevino en ese momento, y yo no me había limitado a coger el tranvía para ir al centro, me había ido hasta Sevilla sin más base concreta que una postal, no conocía a nadie en esa ciudad, pronto me iría a dormir a una pensión cutre, y no hablaba español. Me entraron ganas de darme un fuerte cachete, pero eso hubiera parecido tan estúpido que me habría hecho avergonzar aún más. No obstante, me prometí castigarme de una u otra forma, había muchas formas, por ejemplo podría obligarme a que, pasara lo que pasara a partir de entonces, nunca tendría nada más que ver con esa «Joven de las Naranjas».

Entonces llegó, Georg. Eran las siete y media, y ella apareció de repente en la Plaza de la Alianza.

A las cuatro horas y media de haberme colocado debajo de un naranjo, la Joven de las Naranjas entra levitando en la plaza. Evidentemente no lleva el viejo anorak, en

Andalucía el clima es de tipo subtropical. Viste un maravilloso vestido de verano, de un rojo tan encendido como el de la buganvilla que he estado admirando en una pared al fondo. Tal vez le haya prestado el vestido la Bella Durmiente, pienso, o se lo haya quitado a una de las hadas.

No me ha visto. La oscuridad se está ya posando sobre la plaza. Hace calor, mucho calor incluso, pero yo tengo frío, siento escalofríos.

Pero entonces, Georg —veo que no puedo ahorrarte los detalles—, me doy cuenta de que la acompaña un joven de unos veinticinco años. Es alto y guapo, y tiene una larga barba rubia. Parece un explorador polar. Lo que más me irrita de todo es que no parece particularmente antipático.

De manera que he perdido. Por mi culpa. No he seguido las reglas. He roto una solemne promesa. He intervenido en algo que no era mío, en un cuento que no comparte sus reglas conmigo. «Tendrás que ser capaz de esperarme seis meses», me había dicho. «Si consigues esperar todo ese tiempo, podremos volver a vernos...»

En el momento en el que me descubren debo de haber tenido el mismo aspecto que aquella estufa de la que Cenicienta sacó las cenizas justo antes de que el príncipe se presentase en su casa para librarla del yugo de la madrastra y las malvadas hermanastras. Digo «descubren» porque no es ella la que me ve primero. El hombre de la barba es el que primero se fija en mí. (¿Puedes entenderlo, Georg? Yo fui incapaz). Coge del brazo a la Joven de las Naranjas, me señala y dice con una voz tan alta y tan clara que toda la plaza puede oírlo: «¡Jan Olav!»). Por su pronunciación deduzco que es danés. Nunca lo había visto antes.

Lo que ocurre a continuación sólo dura un instante, pero debes intentar imaginártelo. La Joven de las Naranjas está junto a una gran fuente en medio de la plaza, me descubre bajo el naranjo y se queda mirándome fijamente unos segundos, está tan estupefacta que al cabo del primer segundo parece que lleva una hora o dos en la misma postura, incapaz de moverse. Pero luego lo hace. La Bella Durmiente lleva cien años dormida, pero ahora se despierta como si se hubiera dormido hace sólo medio segundo. Viene corriendo hacia mí, me da un abrazo y repite lo dicho por el danés: «¡Jan Olav!».

Y luego le llega el turno al hombre, Georg. Se acerca lentamente hasta mi mesa, me tiende una mano fuerte y dice amablemente: «¡Resulta curioso conocerte en persona, Jan Olav!».

La Joven de las Naranjas se ha sentado junto a la mesa, y el danés le pone una mano en el hombro y dice: «Bueno, yo ya me largo». Y con esas palabras retrocede, nos da la espalda, se va por donde había llegado y desaparece. Bueno, así nos hemos librado de él. Tengo a las buenas hadas de mi parte.

Ella está sentada al otro lado de la mesa y me coge las manos. Sonríe cálidamente, un poco agitada, tal vez, pero cálida.

«¡No lo conseguiste!», dice. «¡No conseguiste esperarme!»

«No», admito. «Y ahora mi corazón sangra de pena».

La miro, ella sigue sonriendo. Yo también intento sonreír, pero no lo logro del todo.

«Lo que significa que he perdido la apuesta», añado.

Ella reflexiona, luego dice: «Algunas veces en la vida tenemos que saber echar de menos. Te escribí. Intenté darte fuerzas para que esperaras un poco más».

Noté sacudidas en los hombros. «Así que he perdido», repito.

«Al menos has sido desobediente», dice ella con una vacilante sonrisa. «Pero tal vez los restos puedan salvarse aún».

«¿Cómo?»

«Es como antes. Depende de lo impaciente que seas».

Capítulo 4

«No entiendo nada», digo.

Me aprieta cariñosamente las manos. «¿Qué es lo que no entiendes, Jan Olav?», se limita a decir, lo susurra, lo sopla.

«Las reglas», digo. «No entiendo las reglas».

Y con ello se inició una larga conversación.

¡Georg! No necesito reproducir todas las palabras que nos dijimos aquella tarde y noche. Tampoco sería capaz de recordarlo todo. Además, sé que ahora tienes un montón de preguntas a las que deseas obtener respuesta cuanto antes, supongo.

Entre las primeras cosas que quise que me explicara estaba el cómo sabía mi nombre y dónde vivían mis padres. Tenía que ver con esa postal de Sevilla, y en realidad era lo último que había ocurrido. Me quedé mirándola con cara interrogante, y ella contestó con voz dulce: «Jan Olav... ¿de veras no te acuerdas de mí?».

La miré. Intenté mirarla como si fuera la primera vez que la veía. No sólo miré sus ojos marrones y no sólo estudié su dulce rostro. También contemplé sus hombros desnudos, ella me dejaba, y su vestido ligero. Pero no me resultaba nada fácil recordarla en un contexto distinto a aquellas veces que nos habíamos encontrado cerca de Navidad. Si conocía de antes a la Joven de las Naranjas, me resultaba imposible recordarlo, porque en ese momento era incapaz de concentrarme en nada más que en el hecho de que era indescriptiblemente hermosa. Dios la había creado, pensé, o tal vez fuera Pigmalión, el héroe griego que esculpió en mármol a la mujer de sus sueños. Luego, la diosa del amor se apiadó de él y convirtió la estatua en mujer. La última vez que había visto a la Joven de las Naranjas llevaba un abrigo negro de invierno. Ahora iba vestida tan ligeramente que me dio vergüenza, era como si me acercara demasiado a ella. Y sin embargo, era incapaz de reconocerla, o tal vez precisamente por eso.

«Intenta recordarme», repitió ella. «Me encantaría que lo lograras».

«¿Puedes darme alguna pista?», pregunté.

Ella contestó: «¡Humleveien, tonto!».

Humleveien. Me había criado en Humleveien. Había vivido toda mi vida en Humleveien. En el barrio de Adamstuen sólo llevaba viviendo medio año.

«¡Irisveien!», dijo ella.

Era del mismo barrio. Humleveien sale de Irisveien.

«¡Kløverveien!»

También esa calle estaba en mi barrio. Cuando era pequeño jugaba a veces en un gran descampado entre los chalés de Kløverveien. Era como una enorme colina con matorrales y árboles. Creo que también había un recinto con arena para que jugaran los niños, y un columpio. Hacía unos años habían puesto bancos.

Volví a mirar a la Joven de las Naranjas y una sacudida recorrió mi cuerpo, más o menos como uno debe de sentirse cuando se despierta de una profunda hipnosis. Le apreté con fuerza las manos. Estaba a punto de echarme a llorar. Por fin exclamé: «¡Verónica!».

Sonrió. Pero me pregunto si no se secaba también una lágrima del rabillo del ojo.

La miré a los ojos, y a partir de entonces mi mirada ya no vacilaba. Nada podía ya mantenerme lejos, y dejé a un lado todas mis inhibiciones. De repente me atreví a desnudarme ante ella. Me entregué a la Joven de las Naranjas incondicionalmente. Lo sentí como un gran alivio. Tal vez no exista una intimidad más grande que la de dos miradas que se encuentran con firmeza y determinación, y sencillamente se niegan a apartarse.

La chica de los ojos marrones había vivido en Irisveien. Habíamos jugado juntos casi todos los días desde que aprendimos a andar, o al menos desde que empezamos a hablar. Comenzamos el colegio en la misma clase, pero después de Navidades, en el primer curso, Verónica y su familia se marcharon de Oslo. Entonces teníamos siete años. No hacía más de doce o trece años de aquello, pero no nos habíamos vuelto a ver desde entonces.

Ella y yo siempre habíamos jugado juntos en la colina de Kløverveien entre matorrales y flores, bancos y árboles. Era allí donde habíamos vivido una vida de ardillas, eso, una completa vida de ardillas. Aunque Verónica no se hubiera marchado de la ciudad, nuestra despreocupada niñez habría llegado a su fin de todos modos. Ya me habían dicho en el recreo que yo siempre jugaba con niñas.

Me acordé de pronto de una canción que siempre cantábamos cuando estábamos jugando: ¿Hay por ahí algún pequeño que quiera jugar con esta niña en su reino de ensueño?

«Pero no me reconociste», dijo ella.

No se me escapó su tono ofendido, casi malhumorado. La que me hablaba volvía a tener de repente siete años, ya no era una mujer de veinte.

Tuve que mirarla de nuevo. Su vestido rojo me parecía increíblemente bonito y conmovedor. A través de él veía respirar su cuerpo, porque el vestido se movía como las olas del mar cuando acuden a la playa.

Miré al aire y entonces vi una mariposa amarilla entre las hojas de un naranjo. No era la primera mariposa que veía ese día, había visto muchas más. La señalé y dije: «¿Cómo voy a reconocer a una pequeña larva mucho tiempo después de que se haya transformado en mariposa?».

«¡Jan Olavl!», dijo con voz severa. Y eso fue todo lo que se dijo sobre su transformación de niña en mujer.

Aún me quedaban muchas preguntas sin responder. El encuentro con la Joven de las Naranjas me había llevado casi a la locura, al menos había sacudido toda mi existencia. Fui derecho al grano:

«Nos vimos en Oslo. Nos vimos tres veces, y apenas he conseguido pensar en otra cosa desde entonces. Luego simplemente desapareciste, te fuiste volando. Resultó más difícil tenerte conmigo que atrapar a una mariposa con las manos. ¿Por qué tenían que pasar seis meses hasta que pudiéramos volver a vernos?»

Porque se iba a Sevilla, claro, eso sí lo entendí. Pero ¿por qué era tan importantísimo para ella pasar seis meses en España? ¿Era acaso por ese danés?

Seguramente has adivinado lo que me contestó, Georg. Yo no pude, pero tú ya sabes lo que más apasiona a Verónica en esta vida. Desde que empecé a escribirte esta carta me he estado preguntando si el gran cuadro de los naranjos sigue colgado en el cuarto de estar. Ella suele decir que pertenece a otra época —me refiero al momento en que escribo esto— pero espero por ti que no lo haya regalado o guardado en el trastero. Si es así, me parece que debes preguntar por él.

Dijo: «Conseguí una plaza en una escuela de arte, o mejor dicho, en una escuela de pintura. Estaba firmemente decidida a hacer ese curso, era muy importante para mí».

«¿Escuela de pintura?», repetí asombrado. «Pero ¿por qué no pudiste decírmelo en Nochebuena?»

Como no contestó enseguida, proseguí: «¿Te acuerdas de cómo nevaba? ¿Te acuerdas de que te acaricié el pelo? ¿Te acuerdas de que las campanas empezaron a tocar justo cuando llegó el taxi? ¡Y de repente, habías desaparecido!».

Contestó: «Lo recuerdo todo. Lo recuerdo como si fuera una película. Lo recuerdo como las primeras escenas de una película muy... muy romántica».

«Entonces no entiendo por qué te andabas con tantos secretos», objeté.

En ese momento se puso muy seria. Dijo: «Creo que te eché el ojo ya en el tranvía

de Frogner. Que te eché el ojo de nuevo, si quieres. Pero de una manera muy distinta a cuando éramos pequeños. Y luego volvimos a encontrarnos un par de veces. Pero pensé que nos iría bien estar separados durante seis meses. Opinaba que tal vez lo necesitaríamos. De niños éramos íntimos, pero ya no somos niños. Tal vez necesitaríamos echarnos de menos el uno al otro para que no volviéramos a jugar juntos simplemente dejándonos llevar por una vieja costumbre. Quería que me descubrieras de nuevo. Quería que me reconocieras como yo te había reconocido. Por eso no quise revelarte mi identidad».

No recuerdo exactamente lo que contesté, y tampoco recuerdo todo lo que dijo la Joven de las Naranjas, pero conforme la conversación avanzaba, empezamos a saltar de un tema a otro, o de un episodio a otro.

«¿Y ese danés?», pregunté cuando se me presentó la ocasión. Tuve la sensación de estar rogando, y me sentí muy estúpido y mezquino.

Contestó muy escueta, casi severamente: «Se llama Mogens. También está en el curso de pintura. Es muy simpático. Y siempre es agradable tener un escandinavo cerca».

Yo estaba aturdido. «Pero ¿cómo sabía mi nombre?».

Me he preguntado si ella no se puso roja en ese momento, pero no lo sé, tal vez fuera por el vestido rojo. Además, era ya completamente de noche y sólo un par de farolas de hierro forjado echaban una dorada lucecita sobre la plaza vacía. Habíamos pedido una botella de vino tinto Ribera del Duero y teníamos cada uno una copa en la mano.

Ella dijo: «He pintado un retrato tuyo. Sólo de memoria, claro, pero se te parece. A Mogens le gusta. Ya te lo enseñaré un día. Se llama Jan Olav, a secas».

Entonces también era Verónica la que había pintado su retrato en la postal. No tuve ni que preguntárselo. Pero había otra cosa que aún me preocupaba: «Entonces, ¿no era Mogens el que iba en el Toyota blanco?».

Ella se echó a reír. Fue como si quisiera cambiar de tema. «No creerás que no te vi aquella vez en Youngstorget, ¿no? Estaba allí por ti».

No lo entendí. Me parecía que estaba hablando en clave. Pero ella prosiguió: «Primero nos encontramos en el tranvía de Frogner. Luego busqué un poco por la ciudad, y me enteré de qué café solías frecuentar. Nunca había estado allí antes, pero un día me senté en una mesa con un libro que había comprado sobre el pintor español Velázquez y me puse a hojearlo, esperando».

«¿Esperándome a mí?»

Sabía que era una pregunta tonta. Contestó casi irritada: «¿No creerás que eres el

único que busca? Yo también formo parte de esta historia. No soy sólo una mariposa a la que tienes que capturar».

No me atreví a seguir con esa clase de preguntas, eran demasiado peligrosas. Me limité a decir: «¿Cómo fue entonces lo de Youngstorget?».

«No seas tonto, Jan Olav. Ya te lo he dicho. ¿Dónde está Jan Olav?, pensé. ¿Adónde iría para intentar encontrarme después de haberme visto dos veces con una gran bolsa de naranjas? No podía estar segura, pero tal vez me buscaras por el mercado de frutas más grande de la ciudad. Estuve allí muchas veces por si te veía. Y también estuve en otros lugares. Fui a Kløverveien y a Humleveien. Una vez entré a saludar a tus padres. Me arrepentí en el momento en que abrieron la puerta, pero ya estaba hecho. Dije algunas tonterías sobre volver al lugar de mi infancia y cosas por el estilo. Y no tuve que decir mi nombre. Toma nota. Los dos me reconocieron enseguida. Me invitaron a entrar, pero dije que tenía prisa. Les conté que había conseguido una plaza en una escuela de pintura en Sevilla».

No sabía si creerla o no. «No me dijeron nada», señalé.

Permaneció un instante con una enigmática sonrisa en los labios. Me recordaba un poco a Mona Lisa, tal vez porque tenía en mente lo de la escuela de pintura. Prosiguió: «Les pedí que no te dijeran que había estado allí. Tuve que inventarme una explicación de por qué no debías saberlo».

Estaba estupefacto. Hacía sólo unos días había tenido que enseñar a mis padres la postal que había recibido de Sevilla. Encima, había entrado en casa diciendo que iba a casarme. De repente entendí su rápida disponibilidad a prestarme dinero para el billete de avión. No me habían cuestionado en absoluto lo oportuno de ir a Sevilla en mitad del cuatrimestre sólo para intentar encontrar a una chica a la que había visto un par de veces en Oslo. La Joven de las Naranjas continuó: «No es fácil encontrar a una determinada persona en una gran ciudad, y menos aún encontrársela como por casualidad, si es eso lo que se pretende. Y algunas veces es exactamente eso. Yo iba a empezar mis estudios en una escuela de pintura y no podía atarme a nadie justo antes de marcharme. Pero si dos personas no paran de buscarse, no resulta tan extraño que al final se encuentren por casualidad».

Cambié de tema. Cambié de arena, quiero decir.

«¿Habías ido antes a la misa de Navidad en la catedral?», pregunté.

Negó con la cabeza: «No, nunca. ¿Y tú?».

También negué con la cabeza. Verónica prosiguió: «Incluso fui también a la misa de dos. Luego me quedé vagando por las calles, esperando la siguiente misa. Pensaba que tenías que aparecer. Era Navidad y pronto me iría del país».

Creo que permanecemos un largo rato sin decir nada. Pero había un tema al que tuve que volver. Pregunté: «¿Entonces no era Mogens el tipo del Toyota?».

«No», contestó ella.

«¿Quién era entonces?»

Vaciló un poco antes de contestar. «Nadie», respondió.

Volví a preguntar: «¿Nadie?».

«Era una especie de antiguo novio. Fuimos juntos al instituto».

Creo que sonreí. Y sin embargo, ella añadió: «No podemos ser dueños del pasado del otro, Jan Olav. La cuestión es si tenemos un futuro juntos».

Entonces dije algo muy, muy tonto, tal vez porque no me atrevía a creer que la Joven de las Naranjas y yo pudiéramos tener un futuro común. Dije: «To be two or not to be two, that is the question».

Creo que a ella también le pareció una frase muy tonta. Para suavizar la cosa, empecé a hablar de algo completamente distinto. Exclamé: «Pero ¿y todas esas naranjas? ¿Qué tenías pensado hacer con todas esas naranjas?».

Se echó a reír de buena gana. «Pues sí, no me extraña que te lo preguntaras. Gracias a las naranjas conseguí que fueras a Youngstorget, también debido a ellas te dio por hablarme de una expedición en esquís por los hielos de Groenlandia. Con una jauría de ocho perros y diez kilos de naranjas».

No vi razón alguna para negarlo. Pero repetí: «¿Qué tenías pensado hacer con tantas naranjas?».

Entonces me miró a los ojos, más o menos como aquel día en el café de Oslo. Muy lentamente dijo: «Iba a pintarlas».

«¿Pintarlas?», pregunté asombrado. «¿Todas?»

Asintió graciosamente con la cabeza. Luego siguió: «Tenía que practicar pintando naranjas antes de ir a Sevilla a la escuela de pintura».

«¿Pero tantas?»

«Pues sí, iba a pintar muchas naranjas. En eso estaba practicando».

Hice un gesto de resignación. ¿Me estaba tomando el pelo? Pregunté: «¿Y no podías contentarte con comprar sólo una e intentar pintarla muchas veces?».

Ladeó la cabeza y dijo como exasperada: «Creo que tú y yo tendremos muchas cosas de qué hablar en el futuro, pues pareces ciego de un ojo».

«¿De cuál?»

«No hay dos naranjas iguales, Jan Olav. Ni siquiera dos pajas son idénticas. Por eso estás tú aquí ahora».

Me sentí estúpido. No era capaz de entender lo que quería decirme. «¿Porque no

hay dos naranjas iguales, quieres decir?»

«No viniste hasta Sevilla para encontrarte con una mujer. Eso habría sido como cruzar el río para coger agua, pues Europa está llena de mujeres, y de ríos también. Has venido a verme a mí. De mí hay sólo un ejemplar. Tampoco envié una postal a “un hombre de Oslo”. Te la envié a ti. Te pedía que no renunciaras a mí. Te pedí que me dieras un poco de confianza».

Nos quedamos charlando mucho tiempo después de que cerraran el café. Cuando por fin nos levantamos, me llevó hasta el tronco del naranjo bajo el cual habíamos estado sentados, o yo la empujé hacia él, ya no me acuerdo. Pero fue ella quien dijo: «Ahora puedes besarme, Jan Olav, porque por fin he conseguido capturarte».

Puse las manos sobre sus hombros y le di un ligero beso en los labios. Dijo: «¡Así no, tienes que besarme de verdad! Y tienes que abrazarme».

Hice como la Joven de las Naranjas me ordenó. Ella era quien ponía las reglas. Sabía a vainilla. Su pelo olía tan fresco como un cítrico.

Me vino una clara imagen de dos ardillas trepando a la copa del naranjo. No estaba del todo seguro de a qué jugaban, pero estaban completamente ensimismadas en lo que estaban haciendo.

No escribiré mucho más sobre esa noche, Georg. Algo tendré que ahorrarte. Pero tendrás que soportar oír cómo acabó.

No llegué a la pensión antes de las doce. Pero la Joven de las Naranjas tenía alquilada una pequeña habitación con cocina americana en casa de una señora mayor. De las paredes colgaban varias acuarelas de flores de azahar y naranjos. Y en un rincón había un gran óleo, un retrato mío. No comenté nada sobre ese cuadro, y ella tampoco. Habría supuesto acercarse demasiado a la magia de este cuento. No se podía decir todo con palabras. Así eran las reglas. Pero pensé que me había pintado con los ojos demasiado grandes y demasiado azules. Era como si hubiese concentrado toda mi personalidad en los ojos.

Ya muy entrada la noche conté a Verónica algunas largas historias llenas de detalles divertidos. Le hablé de la frágil y enfermiza hija de un pastor con cuatro hermanas, dos hermanos y un perro labrador desobediente. Le conté toda la larga historia de una dramática expedición en esquís por Groenlandia con una jauría de ocho perros y diez kilos de naranjas. Le hablé de esa valiente chica que era agente secreta de la Inspección de Naranjas de las Naciones Unidas y que luchaba en solitario contra un nuevo y peligroso virus del naranjo. Le conté todo lo que sabía de una chica que trabajaba en una guardería y que todos los días tenía que ir al mercado a comprar treinta y seis naranjas idénticas. Me explayé sobre una joven que iba a hacer sorbete

de naranja para cien estudiantes de la Escuela Superior de Empresariales. Le narré la historia de la chica de diecinueve años casada con uno de esos estudiantes con quien tenía una hija, a pesar de lo repelente que era ese tipo en opinión de muchos. Y le hablé de la valiente y sacrificada chica que en secreto había introducido comida y medicinas de contrabando para los niños pobres de África.

La Joven de las Naranjas acusó recibo sacando a relucir algunas vivencias comunes de nuestra niñez en Humleveien. Yo me había olvidado de casi todas, pero me fui acordando de algunas mientras ella las contaba.

Cuando nos despertamos, el sol ya estaba alto en el cielo. Ella se despertó primero, y no olvidaré nunca lo que sentí cuando me despertó. No sabía ya lo que era imaginación y lo que era realidad, tal vez no existiera ya tal distinción. Sólo sabía que ya no estaba buscando a la Joven de las Naranjas. La había encontrado.

Yo también la había encontrado. Ya sabía quién era la Joven de las Naranjas. Debería haberlo adivinado mucho antes de enterarme de que su nombre era Verónica.

Cuando hube llegado a ese punto, mamá volvió a llamar a la puerta y dijo: «Son las diez y media, Georg, ya está puesta la mesa. ¿Te falta mucho?».

Contesté con voz solemne: «Mi querida Joven de las Naranjas. He estado pensando en ti. ¿Puedes esperar un poco más?».

No pude verla, pero oí que se quedaba muy quieta. Dije: «Algunas veces en la vida hay que saber echar de menos».

Al no recibir respuesta, dije: «Hay por aquí algún pequeño que quiera...».

Seguía el silencio al otro lado de la puerta, pero oí a mamá acercarse aún más. Cantó en voz baja junto a la puerta: «... que quiera jugar con una niña...».

No pudo seguir, se echó a llorar. Lloraba en susurros.

Yo también le contesté susurrando: «... en su reino de ensueño...».

Mamá respiraba con dificultad y dijo sollozando: «¿Escribe sobre eso?».

«Escribió», señalé.

Al ver la manilla de la puerta supe que estaba apoyada en ella.

«Iré enseguida, mamá», susurré. «Sólo me quedan quince páginas».

No dijo nada más. Tal vez no fuera capaz de hablar. Yo no sabía muy bien lo que había ocasionado al otro lado de la puerta.

Pobre Jørgen, pensé. Por una vez tendría que aceptar hacer de extra. Miriam dormía. Ahora estábamos charlando mis padres y yo. En un tiempo fuimos una pequeña familia en Humleveien. Y en el salón estaban mis abuelos, ellos fueron los que hace mucho tiempo construyeron esta casa. Jørgen sólo estaba de visita.

Repasé en mi mente todo lo que había leído. Tenía una prueba muy importante de que mi padre no me había tomado el pelo. No se había inventado un cuento sobre una Joven de las Naranjas. Tal vez no hubiese contado todo, pero todo lo que había contado era verdad.

Ciertamente no recordaba haber visto nunca un cuadro de naranjos en el cuarto de estar, en realidad no recordaba ningún cuadro de naranjos. Pero sí que había visto todos los demás cuadros que mi madre había pintado: las acuarelas de las lilas y cerezas de nuestro propio jardín.

Había muchas cosas de las que tendría que hablar con ella. O tendría que subir al desván a investigar por mi cuenta. Siempre había sabido que de pequeña mamá vivió en Irisveien. Una vez fui a la casa amarilla a entregar una carta que habían metido en nuestro buzón. Tal vez mi padre hablara más de los cuadros de naranjos en su carta. Y otra cosa importante: ¿escribiría algo más sobre el telescopio Hubble?

Pusieron ese nombre al telescopio por el astrónomo Edwin Powel Hubble. Fue él quien demostró que el Universo se expande. Primero descubrió que la nebulosa Andrómeda no sólo era una nube de polvo y gas en nuestra galaxia, sino que era una galaxia completamente independiente fuera de la Vía Láctea. El descubrimiento de que la Vía Láctea sólo era una de muchas galaxias revolucionó la visión que los astrónomos tenían del espacio.

El descubrimiento más importante de Hubble tuvo lugar en 1929, cuando pudo constatar que cuanto más lejos de la Vía Láctea se encuentra una galaxia, más deprisa parece moverse. Este descubrimiento es la base de lo que hoy llamamos la teoría sobre el Big Bang, o la Gran Explosión. Según esta teoría, sobre la cual casi todos los astrónomos están de acuerdo hoy, el Universo se formó tras una enorme explosión hace 12 o 14 mil millones de años. De eso hace mucho, muchísimo tiempo.

Si todo lo que ha ocurrido en el Universo se metiera en una agenda de veinticuatro horas, la Tierra habría nacido bastante avanzada la tarde, los dinosaurios habrían llegado unos minutos antes de la medianoche, y la humanidad sólo llevaría existiendo los dos últimos segundos...

¿Me sigues, Georg? Una vez más me he sentado delante del ordenador después de haberte dejado en la guardería. Es lunes.

Hoy has estado un poco llorón. Te tomé la temperatura, pero no tenías fiebre. También te examiné la garganta y los oídos, y palpé algunos ganglios, pero no encontré nada anormal. Creo que sólo tienes un pequeño catarro, y que estás un poco agotado después del fin de semana.

Casi tenía esperanzas de que estuvieras enfermo para que te quedaras conmigo en casa todo el día. Pero por otra parte tengo que escribir esto, claro.

El fin de semana estuvimos otra vez en la cabaña de la montaña. El sábado por la mañana mamá salió temprano con un viejo bidón de leche, y cuando volvió con cuatro kilos de frambuesas árticas te enfadaste, Georg. Insististe en salir a coger frutas del bosque y por la tarde conseguiste medio kilo de zarzamoras tú solito, aunque te vigilábamos desde la cabaña, claro. Y mamá tuvo que ponerse a hacer mermelada de zarzamoras, que luego nos comimos el domingo. Creo que te resultaba algo ácida, pero naturalmente tuviste que comerla, porque las zarzamoras las habías cogido tú.

Este verano hemos visto un montón de esos curiosos animales llamados lemmings, y te dejamos dibujar uno en el diario de la cabaña con una pintura amarilla y otra negra. Te salió muy bien, incluso se puede distinguir, con algo de buena voluntad, que el animal que has dibujado es un lemming. Lo único que ocurre es que le has puesto un rabo demasiado largo. Por si acaso mamá escribió debajo del dibujo: «LEMMING». Y al lado: «Georg, 1.9.1990».

Tal vez exista todavía el diario de la cabaña. ¿Es así, Georg?

Aquella noche me quedé hasta muy tarde leyéndolo desde el principio hasta el final, cuando tú ya estabas en la cama. Lo leí varias veces. En cuanto acababa la última página —y había echado de nuevo un vistazo a tu dibujo— volvía a empezar desde el principio. Suponía que ésa sería la última visita a la cabaña antes de Navidad.

Al final llegó Verónica y me quitó el diario de las manos. Lo colocó en lo alto de la librería, aunque siempre solía estar en la repisa de la chimenea.

Se limitó a decir: «Ahora vamos a tomar una copa de vino».

Pero volvamos a España.

Me quedé dos días con Verónica en Sevilla. Luego tuve que volver a Noruega, Verónica y su casera eran también de esa opinión. Tendría que esperarla casi tres meses hasta que hubiera acabado en la Escuela de Pintura. Pero yo ya había aprendido a echar de menos, a añorar. Había aprendido a tener confianza en la Joven de las Naranjas.

Obviamente tuve que preguntarle si seguía fiel a su vieja promesa de que estaríamos juntos todos los días durante los seis meses siguientes. No podía darlo por sentado puesto que yo no había conseguido atenerme a las reglas. Se lo pensó un buen rato antes de responderme. Creo que estaba buscando algo ingenioso que contestar. Por fin dijo con una sonrisa: «Me contentaré con descontar los dos días que

me has robado aquí».

Cuando me acompañó al autobús del aeropuerto descubrimos una paloma blanca que yacía muerta en un arroyo. Verónica se detuvo y se estremeció. Me pareció raro que le afectara tanto. Se volvió hacia mí, apoyó la cabeza en mi cuello y se puso a llorar. Yo también me eché a llorar. Éramos muy jóvenes. Estábamos en medio del cuento, y no debía haber palomas muertas en un arroyo. Sobre todo, no debería ser blanca. Así eran las reglas. Lloramos. La paloma blanca fue un mal presagio.

Ya en Oslo me centré de nuevo en los estudios. Tuve que trabajar duro porque había perdido varias clases importantes la última semana, y además tenía que recuperar el tiempo perdido en todos esos paseos en esquís y por la ciudad de los últimos meses. Pero ahorré mucho tiempo a partir de entonces, porque ya no tenía que recorrer la ciudad tras una misteriosa joven con naranjas. Tampoco tenía que molestarme en buscar novia. Muchos de mis compañeros de la universidad empleaban gran parte de su tiempo en ello.

Todavía me sobresaltaba a veces cuando veía un abrigo negro de señora, o un vestido rojo de verano conforme iba haciendo más calor. Cada vez que veía una naranja pensaba en Verónica. Cuando hacía la compra, me quedaba embobado delante del mostrador de la fruta. Ya era capaz de ver que no había dos naranjas iguales. Me quedaba estudiándolas muy sereno y, cuando compraba, elegía siempre las mejores, tomándome mucho tiempo. A veces hacía zumo y una vez hice un sorbete de naranja que serví a Gunnar y a otros amigos, una noche que estuvimos jugando a las cartas en el piso.

Gunnar estudiaba segundo de ciencias políticas, y siempre era quien cocinaba. Muchas veces preparaba solomillo o bacalao para cenar. Aunque nunca esperaba nada a cambio, me hizo gracia poder sorprenderle con un sorbete de naranja. Puse toda mi alma en aquel postre. Mi madre, tu abuela, quiero decir, me había ayudado a buscar la receta en un viejo libro de cocina. Incluso se ofreció a hacer el sorbete. No podía saber que el meollo de la cuestión era precisamente que yo mismo lo hiciera. No creo que tuviera la menor idea de que ese proyecto tenía que ver con Verónica.

Luego ella volvió a Noruega, Georg. A mediados de julio regresó de Sevilla. Fui al aeropuerto a buscarla. Hubo muchos testigos del reencuentro cuando salió del puesto de la aduana con dos enormes maletas y una gran carpeta llena de pinturas y dibujos. Primero permanecimos casi medio minuto sólo mirándonos, tal vez con el fin de demostrar que teníamos fuerza de voluntad para esperarnos aún un par de segundos.

Luego nos fundimos en un cálido, o mejor, ardiente abrazo, inusualmente ardiente, he de confesarlo, incluso para dárselo en un aeropuerto. Pasó por nuestro lado una anciana que aportó su comentario en ese sentido: «¡Vergüenza debería daros!», ladró. Nos echamos a reír. No había nada de qué avergonzarse. Llevábamos medio año esperándonos.

Ya en la sala de llegadas, Verónica abrió la carpeta y me enseñó lo que había hecho. Pasó rápidamente el retrato de Jan Olav, aunque pude verlo un instante, y volví a fijarme en ese intenso brillo azul que emanaba de los ojos del cuadro. No dije nada al respecto, pero Verónica hizo muchos comentarios graciosos sobre los demás cuadros. No hacía nada por ocultar que se sentía muy orgullosa de lo que me estaba enseñando, y se veía claramente que había aprendido mucho durante esos seis meses que había estado fuera.

El resto del verano no hicimos sino estar enamorados. Fuimos a las islas del Fiordo de Oslo, viajamos al norte del país, visitamos museos y exposiciones de arte, y dimos muchos paseos por las tranquilas calles de chalés del barrio de Tåsen durante las noches de verano.

¡Deberías haberla visto! Deberías haber visto cómo bailaba por la ciudad. Deberías haber visto cómo se movía por las exposiciones. Y deberías haber oído cómo se reía. Yo también me moría de risa a veces. No hay nada más contagioso que la risa.

Cada vez con mayor frecuencia utilizábamos el pronombre «nosotros». Es una palabra curiosa. Mañana voy a hacer tal cosa, se dice. O se pregunta al otro: ¿qué vas a hacer «tú»? Eso es lógico y fácil de entender. Pero de repente decimos «nosotros», y con la mayor naturalidad. «¿Vamos en barco hasta las Langøyene a nadar?» «¿O nos quedamos en casa leyendo?» «Nos ha gustado esta obra de teatro, ¿verdad?» Y un día: «¡Somos felices!».

Al usar el pronombre «nosotros» ponemos a dos personas detrás de una acción común, casi como si se tratara de un solo ser compuesto. En muchas lenguas se emplea un pronombre específico cuando se trata de dos —y sólo dos— personas. Ese pronombre se denomina dualis, o dual, que significa «lo que es compartido por dos». Me parece un pronombre muy útil, porque a veces no se es ni uno ni muchos. Se es «nosotros dos», como si ese nosotros no pudiera partirse. Entran en funcionamiento unas reglas maravillosas cuando de repente se introduce ese pronombre, casi como por arte de magia. «Vamos a hacer la cena». «Vamos a abrir una botella de vino».

«Vamos a dormir». ¿Acaso no resulta casi un descaro hablar así? Al menos es completamente distinto a decir «Ahora tienes que coger el autobús e irte a casa, porque yo me voy a dormir».

Al emplear el dualis introducimos unas reglas completamente nuevas. «¡Vamos a dar un paseo!» Así de sencillo, Georg, nada más que cinco palabras, que, sin embargo, describen un proceso cargado de contenido y que interviene profundamente en la vida de dos seres sobre la Tierra. Y no sólo se trata de ahorro en número de palabras, sino también de un ahorro energético. «¡Vamos a darnos una ducha!», decía Verónica. «¡Vamos a comer!» «¡Vamos a dormir!» Cuando se habla así no se necesita más que una sola ducha, cocina o cama.

Ese nuevo empleo del pronombre y de la forma del verbo me impactó. «Nosotros», era como si se hubiera cerrado un círculo. Era como si el mundo entero se hubiera fundido en una unidad superior.

¡La juventud, Georg, la frivolidad juvenil!

Pero también recuerdo una cálida noche de agosto en la que estábamos sentados en la península de Bygdøy contemplando el fiordo. No sé muy bien por qué, pero de repente dije: «Estamos en este mundo sólo una vez».

«Estamos aquí ahora», dijo Verónica, como si pensara que era importante recordarlo.

Pero aquello me pareció un intento de trivializar lo que yo intentaba expresar, de modo que dije: «Pienso en las noches como ésta que no se me permitirán vivir...». Sabía que Verónica conocía esa frase de un poema de Olaf Bull. Lo habíamos leído juntos en una ocasión.

Verónica se volvió de repente hacia mí y me apretó con dos dedos el lóbulo de la oreja. «Pero para entonces habrás estado aquí. ¡Qué suerte!»

Cuando llegó el otoño, Verónica ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes, y yo proseguí mis estudios de medicina. Tras los primeros cursos comunes, los siguientes me parecían cada vez más interesantes. Por las tardes intentábamos estar juntos siempre que podíamos y procurábamos vernos todos los días. La Joven de las Naranjas descontó los dos días que le debía para tenerlos para ella misma. Creo que fue más bien para tomarme el pelo, pero quizá fue también para darme ejemplo. Todavía había que atenerse a las reglas, pues el cuento no se había acabado, apenas había comenzado. Crecía a nuestro alrededor, y de esa manera surgían cada vez más reglas a las que había que atenerse. ¿Recuerdas lo que dije sobre esa clase de reglas? Son esas cosas importantes que hay o no hay que hacer, pero que no necesariamente hay que entender. Ni siquiera hace falta hablar de ellas.

También en Oslo Verónica tenía alquilada una habitación con una pequeña cocina en casa de una señora mayor. El único alquiler que tenía que pagar era cortar el césped en el verano, quitar la nieve en el invierno, hacer la compra a la anciana un par de veces por semana y encargarse de la adquisición semanal de una botella de oporto. No obstante, la señora Mowinckel, como se llamaba la anciana, accedía a que a veces fuera yo el que realizara estas obligaciones. Eso estaba muy bien, porque así le resultó algo más fácil ir aceptando que también de vez en cuando pasara la noche en la pequeña vivienda de Verónica. Así pagaba yo también el alquiler.

Cuando llegó la Navidad, volvimos a asistir a la misa en la catedral en Nochebuena; nos pareció una deuda que teníamos el uno con el otro. Verónica llevaba el mismo abrigo negro, y en el pelo el mismo maravilloso pasador de cuento. Ahora yo formaba parte de ese cuento, de ese mismo misterio inescrutable. Ese año nos sentamos en el mismo banco, claro está, y no tuve que preocuparme por la dirección en la que se volvían los hombres. Podían mirarla si querían, algunos lo hacían, supongo. Yo estaba orgulloso. Y Verónica irradiaba felicidad. Yo también estaba feliz, claro. Tal vez también ella estuviera un poco orgulloso.

Desde la catedral cogimos exactamente el mismo camino que el año anterior. Ya lo habíamos hablado. Ya teníamos conciencia de la tradición. Fuimos casi sin decir palabra hasta el parque del Palacio. Lo del silencio no estaba planeado, vino por su cuenta.

Nos abrazamos en el lugar exacto en el que ella, un año antes, se había montado precipitadamente en un taxi. También ese año iríamos cada uno por nuestro lado. Verónica había quedado con su padre en casa de una tía suya en Skillebekk y desde allí irían juntos en coche hasta Asker, en las afueras de Oslo, donde vivían sus padres. Yo iba a celebrar la Navidad como todos los años en Humleveien con mis padres y con el tío Einar.

El escenario era el mismo que el año anterior. Nos despediríamos allí, en Wergelandsveien, en cuanto llegara un taxi vacío que Verónica pudiera coger. ¿Y qué sucedería después de llegar el taxi? ¿Habría acabado el cuento entonces? ¿Se rompería la magia? No habíamos hablado de eso. Nos habíamos visto todos los días durante los últimos seis meses excepto los dos días del amargo castigo. La Joven de las Naranjas había cumplido su solemne promesa. Pero ¿qué reglas regirían para el nuevo año?

Esas Navidades hacía más frío que en las del año anterior, y Verónica estaba helada. La abracé y le di masajes en la espalda. Luego le dije que a principios del año nuevo Gunnar dejaría el pequeño piso que compartíamos, porque proseguiría sus estudios en la ciudad de Bergen. Y añadí que tendría que buscarme a alguien para

compartir el alquiler.

Así de cobarde era yo, Georg. Creo que también a ella le parecí cobarde. Reaccionó casi con violencia. ¿Conque Gunnar se iba a ir y yo iba a buscar a otro estudiante para ocupar su lugar? ¿Y había estado planeando todo eso sin contar con ella, sin hablar con ella? Estaba casi enfadada. Temí que nos fuéramos a separar enemistados para el resto de las Navidades. Pero ella dijo: «Entonces yo podré ir a vivir contigo, ¿no? Quiero decir, podemos vivir juntos tú y yo. ¿No, Jan Olav?».

Era justo lo que yo deseaba. Pero era más cobarde que ella. Tenía miedo de romper las reglas.

Ella estaba radiante como un naranjo de la Plaza de la Alianza cuando al cabo de poco rato nos habíamos puesto de acuerdo en que se vendría a vivir al piso de Adamstuen a principios de enero del nuevo año. Así no sólo estaríamos juntos todos los días, sino también todas las noches. Ésas eran las nuevas reglas.

De repente parecía preocupada, tal vez fuera porque todavía albergaba alguna duda, pensé. Acaso tenía todavía alguna reserva o había algo de lo que no se atrevía a hablar. «¿Qué pasa, Verónica?», susurré. Ya la conocía.

Contestó: «Entonces, la habitación de Gunnar quedará libre».

Asentí con la cabeza, pero sin entender por qué volvía a mencionarlo. Ya le había dicho que Gunnar se iba a ir.

Ella añadió: «¡Pero no vamos a dormir cada uno en una habitación!».

«Claro que no», señalé yo, sin entender todavía a qué se refería.

Ella ya no dudó un instante, y dijo sin rodeos lo que pensaba: «Entonces tal vez pueda usar la habitación de Gunnar como taller». Me echó una fugaz mirada como para ver mi reacción. Yo me limité a ponerle la mano sobre el pasador de la nuca y a decir que me sentiría muy orgulloso de vivir con una artista.

Al cabo de un par de minutos llegó un taxi y ella alargó un brazo para pararlo. Se montó en el coche y en esta ocasión se volvió hacia mí agitando alegremente los brazos. ¡Parecía increíble que sólo hiciera un año desde la otra vez!

No tuve que buscar ningún zapato de baile abandonado cuando el taxi se hubo marchado. Ya no había ninguna reserva o salvedad en este cuento. Ya no dependíamos de las reglas incomprensibles de unas hadas trasnochadas para saber lo que estaba prohibido y lo que estaba permitido. Ahora la felicidad era nuestra.

Pero ¿qué es un ser humano, Georg? ¿Cuál es el valor de un ser humano? No somos más que polvo que se levanta del suelo y se esparce por el mundo.

Mientras escribo esto, el telescopio Hubble va dando sus vueltas alrededor del mundo. Ya lleva cuatro meses por ahí fuera, desde el mes de mayo le ha dado tiempo

a enviarnos un montón de valiosas imágenes del Universo, de este enorme baldío del que procedemos al fin y al cabo. Pero se ha descubierto que el telescopio tiene un grave defecto de fabricación. Ya se está hablando de enviar un transbordador espacial con una tripulación capaz de reparar el defecto, para que podamos llegar a tener una comprensión aún mejor del Universo.

¿Sabes cómo le ha ido al telescopio Hubble? ¿Se llegó a reparar?

A veces pienso en el telescopio espacial como en el Ojo del Universo. Pues a un ojo capaz de contemplar el Universo entero se le podrá llamar con cierto derecho Ojo del Universo. ¿Comprendes lo que quiero decir con eso? Es el propio Universo el que ha dado origen a ese instrumento inconcebible. El telescopio Hubble es un órgano sensorial cósmico.

¿Qué es este gran cuento en el que vivimos y del que cada uno de nosotros sólo podrá disfrutar un breve tiempo? Tal vez el telescopio espacial pueda ayudarnos un día a comprender mejor la naturaleza de este cuento. Tal vez ahí fuera, entre las galaxias, esté la respuesta a lo que es un ser humano.

Creo que he empleado la palabra «enigma» muchas veces en esta carta. El intento de entender el Universo quizá pueda compararse con colocar en su sitio todas las piezas de un puzzle. Aunque tal vez se trate más de un enigma mental o espiritual, y quizá llevemos dentro la respuesta. Porque estamos aquí. Nosotros somos este Universo.

Quizá no estemos aún totalmente creados. El desarrollo físico del ser humano tuvo que ocurrir antes que el psíquico, claro. Y tal vez la naturaleza física de este Universo sea sólo algo externo, una materia necesaria para la comprensión del Universo de sí mismo.

Tengo una fantasía lunática: de repente Newton entendió que hay una gravitación universal. Bien. Casi igual de repente Darwin vio que en este planeta ha tenido lugar una evolución biológica. Estupendo. Luego Einstein descubrió que existe una relación entre la masa, la energía y la velocidad de la luz. ¡Excelente! Y en 1953 Crick y Watson mostraron la composición de la molécula del ADN, es decir, los genes de plantas y animales. ¡Maravilloso! Pero luego podríamos imaginarnos que un día —¡qué día, Georg!— un alma pensadora en un momento de clarividencia resuelva el enigma del mismísimo Universo. Me imagino que algo así puede suceder un día. (¡Me habría gustado trabajar ese día como periodista en un gran diario para dar el titular!)

¿Recuerdas que empecé esta carta diciendo que tenía una pregunta que hacerte? Es muy importante para mí saber tu respuesta a esa pregunta. Pero aún me queda algo por contarte.

¡Otra vez el telescopio Hubble! Ya estaba del todo seguro de que la gran pregunta que quería hacerme mi padre tenía algo que ver con el Universo.

Me levanté de la cama y miré por la ventana. Seguía nevando intensamente. Pero no importa, pensé, porque aunque esté nublado en la Tierra, el telescopio Hubble puede sacar fotos nítidas de nuestra Vía Láctea. Además, trabaja veinticuatro horas al día. Ya nos ha proporcionado cientos de miles de fotografías y ha investigado más de diez mil cuerpos celestes. Cada día el telescopio Hubble nos surte de material informático suficiente como para llenar un ordenador casero entero.

Pero ¿por qué escribía otra vez mi padre sobre el telescopio espacial? Era incapaz de averiguar qué podía tener que ver con la Joven de las Naranjas. Pero eso no era lo más importante. Lo más importante era que mi padre supo de la existencia del telescopio Hubble. *Entendió* lo que eso significaba para la humanidad. Le dio tiempo a entenderlo antes de caer enfermo y morir. Fue una de las últimas cosas que le interesó y ocupó su tiempo.

¡El Ojo del Universo! Yo nunca había pensado en el telescopio Hubble de esa manera. Había pensado en él como la ventana de la humanidad al Universo. Pero en realidad no era ninguna exageración llamar «Ojo del Universo» a ese telescopio.

En su momento, la enorme admiración que despertó el primer ferrocarril noruego entre Christianía y Eidsvoll tal vez fuera algo exagerada. Una milésima parte de la población mundial vive en Noruega, y en el tramo entre Christianía y Eidsvoll vivía en 1850 tal vez una décima parte de esa milésima. Con el telescopio Hubble todos los ciudadanos del mundo pueden viajar por todo el Universo. Cuando se puso en órbita alrededor del mundo, aproximadamente medio año antes de morir mi padre, su precio ya alcanzaba los dos mil doscientos millones de dólares. He calculado que eso equivale a unas cuatro coronas por cada habitante del planeta, y a mi parecer, resulta un billete muy barato, teniendo en cuenta que te proporciona la posibilidad de viajar por todo el Universo. Para comparar: el viaje Oslo-Eidsvoll ida y vuelta cuesta hoy unas doscientas coronas, lo que no es especialmente barato, y si alguien está de acuerdo conmigo, puede enviar una queja a Ferrocarriles de Noruega. (Con esto no quiero criticar ni a Ferrocarriles de Noruega ni al viejo minitrén entre Christianía y Eidsvoll, pero me atrevo a afirmar que el telescopio Hubble es más importante para la humanidad, y tal vez incluso para los agricultores de la región de Eidsvoll). Ni siquiera resulta una exageración llamar al telescopio el Ojo del Universo. ¡Así pensaba mi padre, y eso sin llegar a saber que al telescopio le pusieron gafas nuevas!

«El telescopio Hubble es un órgano sensorial cósmico», escribió. Creo que entiendo lo que quiso decir. Supongo que podemos afirmar que constituyó un

pequeño paso para la humanidad el colocar al telescopio Hubble en órbita alrededor de la Tierra, porque en 1990 contábamos ya con potentes telescopios y un transbordador espacial. ¡Pero fue un gran paso para el Universo! Pues la búsqueda por parte de los seres humanos de una respuesta a los enigmas se realiza en interés del Universo entero. ¡Ni más ni menos! **¡Se ha tardado unos quince mil millones de años en colocar en el Universo algo tan básico como un ojo con el que pueda contemplarse a sí mismo!** (He tardado una hora en formular esta frase, por eso la he puesto en negrita).

Se acerca el momento crucial, pensé. Me apresuré a seguir leyendo, y pronto fui testigo de mi propio nacimiento. Fue muy singular. No todos los niños asisten a una elegante recepción nada más nacer.

Pero tú sigue contando, papá. No ha sido mi intención interrumpirte. Me preguntaste cómo le va al telescopio Hubble, y ya te he contestado.

A partir de ahora voy a ser más breve, pues el tiempo se acaba. Mañana tengo una cita importante y será mamá quien te lleve a la guardería.

Estuvimos viviendo en el pequeño piso de Adamstuen cuatro años. Verónica acabó sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes, y continuó, como bien sabes, pintando cuadros. Poco a poco también empezó a enseñar su arte a otros, en calidad de profesora de Forma y Color en el bachillerato. En cuanto a mí, iba a realizar el «servicio de turnos», que tenemos que hacer todos los jóvenes médicos recién licenciados, y que implicaba tener que trabajar dos años en un hospital.

Seguramente sabes que los abuelos nacieron en Tønsberg. Coincidió que justo en aquella época llevaron a cabo un viejo sueño: jubilarse y volver a su ciudad natal. Un día nos dijeron que se habían comprado una romántica casita en el barrio de Nordbyen. Mi hermano, es decir tu tío Einar, se había hecho a la mar poco tiempo antes, creo que huyendo de una triste historia de amor. Así fue como Verónica y yo nos quedamos con la casa grande de Humleveien. Tuvimos que pedir un préstamo considerable, pero ya sabíamos que tendríamos unos ingresos fijos.

El primer año en Humleveien trabajamos mucho en el jardín. Naturalmente conservamos los dos manzanos, el peral y el cerezo. Lo único que les hizo falta fue algo de poda y abono. También dejamos los viejos frambuesos, y tampoco tuvimos corazón para desprendernos de las grosellas ni del ruibarbo. Y también plantamos lilas, rododendros y hortensias. Verónica era la que decidía. Yo había vivido casi toda mi vida en ese jardín, ahora tenía que ser suyo. En días cálidos sacaba de vez en

cuando su caballete para pintar todo lo que en él crecía.

Un día que estábamos cogiendo frambuesas vimos un abejorro que de repente despegó de un gran trébol y echó a volar a gran velocidad. Se me ocurrió que un abejorro seguramente volaba muchísimo más deprisa que un gran reactor, quiero decir en proporción a su peso. Se lo dije a Verónica, y juntos hicimos un sencillo cálculo. Como punto de partida decidimos que un abejorro pesa unos 20 gr y vuela a una velocidad de al menos 10 km/h. En cuanto al reactor, vuela a una velocidad de unos 800 km/h, es decir ochenta veces más rápido que un abejorro. Pero ochenta veces 20 gr sólo son 1,6 kilos. Verónica y yo estábamos de acuerdo en que un Boeing 747 pesaba mucho más. En relación con su cuerpo, el abejorro lograba una velocidad muchos miles de veces mayor que un Boeing 747. Y un avión de esas características tiene cuatro motores a reacción. El abejorro no los tiene. ¡Un abejorro no es más que un pobre avión de hélices! Nos echamos a reír. Nos reímos de que un abejorro fuera capaz de volar tan deprisa, y nos reímos porque vivíamos en el Camino del Abejorro.

Verónica me enseñó a descubrir los pequeños intrínquilis de la naturaleza. Hay muchos. Cuando cogíamos flores en el campo, nos quedábamos a veces mucho rato estudiando los pequeños milagros. ¿No es el mundo en sí un increíble cuento?

Hoy, es decir, en el momento de escribir esto, me pongo triste al pensar en el vuelo del abejorro durante esos efímeros segundos aquella tarde que estábamos cogiendo frambuesas en el jardín. Estábamos tan entregados, Georg, tan receptivos y despreocupados... Espero que tú también hayas heredado una mente receptiva a esos pequeños misterios. No son menos sugerentes que las estrellas y galaxias en el cielo. Creo que se precisa más inteligencia para crear un abejorro que para hacer un agujero negro.

Para mí, éste ha sido siempre un mundo mágico, desde que era muy pequeño, y mucho antes de que comenzara a espiar a una joven con naranjas por las calles de Oslo. Sigo teniendo la sensación de haber visto algo que nadie más ha visto. Resulta difícil describir esa sensación con palabras sencillas, pero imagínate este mundo antes de ese moderno machaqueo de leyes de la naturaleza, doctrinas evolucionistas, moléculas del ADN, bioquímica y células nerviosas, es decir, antes de que este globo comenzara a dar vueltas, antes de que fuera rebajado a ser un «planeta» en el espacio, y antes de que el orgulloso cuerpo humano fuera fragmentado en corazón, pulmones, riñones, hígado, cerebro, sistema sanguíneo, músculos, estómago e intestinos. Estoy hablando de cuando el ser humano era un ser humano, es decir un ser humano entero y orgulloso, ni más ni menos. Por aquel entonces, el mundo no era sino un cuento chispeante.

Un gamo sale de repente de un bosquecillo, te mira durante un segundo, y al instante desaparece. ¿Qué alma es la que pone en movimiento a ese animal? ¿Qué fuerza insondable es la que decora la tierra con flores de todos los colores del arco iris y siembra el cielo nocturno con unos suntuosos encajes de estrellas centelleantes?

Un sentimiento de la naturaleza desnudo y directo lo encuentras en la literatura popular, por ejemplo en los cuentos de los hermanos Grimm. Léelos, Georg. Lee las sagas islandesas, lee los mitos griegos y nórdicos, lee el Antiguo Testamento.

Mira el mundo, Georg, mira el mundo antes de haber engullido demasiada física y química.

En este momento, grandes manadas de renos salvajes corren por la asolada planicie de Hardanger. En la isla de la Camargue, entre dos brazos de la desembocadura del río Ródano están incubando miles de flamencos rosados. Cautivadores rebaños de esbeltas gacelas saltan como por arte de magia por la sabana africana. Miles y miles de pingüinos reales charlan en una playa helada de la Antártida, y no sufren, están a gusto. Pero no sólo cuenta la cantidad. Un alce solitario y meditabundo asoma la cabeza en un bosque de abetos al este de Noruega. Hace un año, uno de ellos se extravió y llegó hasta Humleveien. Un lemming aterrado corre por entre las tablas de madera de la leñera de la cabaña de Fjellstølen. Una foca rellenita se lanza al agua desde un islote cerca de Tønsberg.

No me digas que la naturaleza no es un milagro. No me digas que el mundo no es un maravilloso cuento. Quien no lo haya entendido, tal vez no lo haga hasta el momento en que el cuento esté a punto de acabar. Pues es cuando te dan la última oportunidad de quitarte las anteojeras, una última ocasión de frotarte los ojos de asombro, una última ocasión de entregarte a este milagro del que ahora te despides y al que vas a abandonar.

Me pregunto si entiendes lo que estoy intentando expresar, Georg. Nadie se ha despedido llorando de la geometría de Euclides o del sistema periódico de los átomos. Nadie se echa a llorar porque va a ser desconectado de internet o de la tabla de multiplicar. Es del mundo de lo que uno se despide, de la vida, del cuento. Y al mismo tiempo, uno se despide de una pequeña selección de seres queridos.

Alguna que otra vez pienso que desearía haber vivido antes del invento de la tabla de multiplicar, y al menos antes de la física y química modernas, antes de que comenzáramos a entenderlo todo, es decir cuando todo era MAGIA. Así me parece la vida en este momento en que estoy sentado delante de la pantalla del ordenador escribiendo estas líneas. Yo mismo soy un científico y no rechazo ninguna de las ciencias, pero también tengo una concepción del mundo mítica, casi animista. Nunca

he permitido a Newton ni a Darwin que se carguen el mismísimo misterio de la vida. (Consulta la enciclopedia si hay alguna palabra que no entiendes. Hay una enciclopedia moderna en el cuarto de estar. Bueno, al menos está allí ahora, y no sé si ahora te parecerá ya tan moderna).

Voy a confiarte un secreto. Antes de empezar a estudiar medicina tenía dos alternativas para el futuro: ser poeta, es decir alguien que canta, con palabras, alabanzas a este mundo mágico en el que vivimos, creo que ya te lo he mencionado, o ser médico, es decir alguien que sirve a la vida. Para más seguridad, decidí hacerme médico primero.

No me alcanzó el tiempo para convertirme en poeta. Pero sí me alcanzó para escribirte esta carta.

Volver a casa todos los días y encontrarme con una joven de las naranjas pintando flores de cerezo en nuestro jardín, era como la realización de todo lo que podía haber soñado. Una vez me entusiasmé tanto al verla en el jardín que la cogí en brazos y me la llevé al dormitorio. ¡Ella se reía!, ¡ay, cómo se reía! La coloqué en la cama y la seduje allí mismo. No me avergüenza darte a conocer también ese aspecto de la felicidad que compartimos ella y yo. ¿Por qué iba a ocultártelo? Es uno de los hilos conductores de esta historia.

Lo primero que decidimos al instalarnos en la casa tras varios meses de reformas fue dejar de tomar precauciones para no tener hijos. Lo decidimos la primera noche que dormimos aquí. A partir de esa noche empezamos a hacerte a ti.

Y cuando llevábamos año y medio viviendo en Humleveien naciste tú. Me sentía muy orgulloso cuando te tuve en brazos por primera vez. Fuiste un niño. Si hubieras sido una niña, habríamos tenido que ponerte por nombre Ranveig, como se llamaba la hija de aquella joven de las naranjas.

Verónica estaba agotada y pálida después del parto, pero feliz. No podríamos haber estado más felices. Comenzaba un nuevo capítulo con reglas completamente nuevas.

Voy a confiarte otro secreto. En el hospital trabajaba un compañero mío de la universidad, lo cual quiere decir que era médico. Tras el parto, entró en la habitación del hospital con una copa de champán tanto para la parturienta como para el flamante padre. En realidad no estaba permitido, de hecho estaba prohibidísimo. Pero en la ventana que daba al pasillo había una pequeña cortina que se podía correr. Brindamos los tres por esa vida en la Tierra que acababas de iniciar. Obviamente no te dimos

champán, pero al poco tiempo te pusieron al pecho de Verónica, y ella sí había tomado unos pequeños sorbos de champán.

Pero aquel día en que la Joven de las Naranjas me acompañó al autobús del aeropuerto, habíamos visto una paloma muerta. Fue un mal presagio. Tal vez fuera porque yo no había seguido todas las reglas del cuento.

¿Te acuerdas de que estuvimos en la cabaña esta Semana Santa? Ya tenías casi tres años y medio, pero supongo que te habrás olvidado de todo. Cuando se estudia medicina, también se estudia algo de psicología. Sé que no se recuerda casi nada de la vida antes de haber cumplido los cuatro años.

Recuerdo que tú y yo nos sentamos fuera junto a la pared de la cabaña compartiendo una naranja mientras Verónica grababa todo en vídeo. Fue como si ella intuyera que algo estaba llegando a su fin. Georg, pregúntale si aún guarda ese vídeo. Tal vez le duela sacarlo, pero pregúntaselo de todos modos.

Después de Semana Santa supe que estaba gravemente enfermo. Verónica no se lo creía, pero yo lo sabía. Yo sabía interpretar los signos, sabía diagnosticar.

De modo que fui a ver a ese compañero del que te he hablado; ese que nos sirvió champán en el hospital al nacer tú. Primero me hizo unos análisis de sangre, y luego algo que se llama TAC, una especie de examen por rayos X. Estuvo de acuerdo conmigo. Habíamos llegado a la misma conclusión profesional.

Comenzó una nueva forma de vida. Fue una catástrofe para Verónica y para mí, pero intentamos al máximo mantenerte fuera de ella. Una vez más se introdujeron nuevas reglas. Palabras como añoranza, paciencia y carencia adquirieron un nuevo sentido, ya no podíamos prometernos estar juntos todos los días de los años siguientes. No podíamos prometernos nada en absoluto. De pronto los dos nos sentíamos vulnerables y desamparados. Ese pronombre tan entrañable, «nosotros», tenía una fea grieta. Ya no podíamos exigirnos nada el uno al otro, ni podíamos compartir ninguna expectativa sobre el tiempo que teníamos por delante.

Tras haber leído esto, ya conoces algo de la historia de mi vida. Ya sabes quién soy. Eso me reconforta. En cierto modo me conoces mejor de lo que me conocen muchas otras personas, aunque no hayamos conversado a solas desde que tenías apenas cuatro años. Nunca me he sincerado con nadie como contigo en esta carta. Entenderás también por qué me resultó tan duro tener que aceptar las nuevas reglas. Sabía cómo sería mi final, y tuve que habituarme poco a poco a la idea de que me vería obligado a abandonaros a ti y a la Joven de las Naranjas.

Tengo que preguntarte algo, Georg. No puedo esperar más. Pero primero voy a contarte lo que sucedió aquí en Humleveien hace unas semanas.

Por las mañanas Verónica va al instituto a enseñar a jóvenes a pintar naranjas. Le he dicho que no le permito quedarse conmigo en casa todo el día. Tú y yo desayunamos juntos. Luego te acompaño a la guardería, y tengo esas horas para mí durante las cuales me siento ante el ordenador, en el cuarto de estar, a escribirte esta larga carta. A menudo tengo que hacer equilibrios para no tropezar con tu tren BRIO. Te habrías dado cuenta enseguida si algo se hubiera movido.

A veces también necesito dormir un poco durante ese tiempo, no porque me sienta mal, sino porque no consigo tranquilizarme por las noches, pues es cuando me invaden todos esos pensamientos, es cuando más me asolan. En el instante de acostarme me adentro en los tristes enigmas, en el cuento grande y feo que no tiene hadas buenas, sólo espíritus oscuros y elfos malvados. Entonces es mejor renunciar al sueño por la noche y quedarte dormido en el sofá en algún momento de la mañana cuando hay luz fuera.

No se me hace muy cuesta arriba permanecer despierto sabiendo que tu madre y tú estáis aquí durmiendo. Además, sé que puedo despertar a Verónica cuando quiera, y algunas veces lo hago, y ella me hace compañía. Alguna que otra vez hemos estado sentados juntos toda la noche. En esas ocasiones no nos decimos gran cosa, simplemente estamos juntos. Nos preparamos alguna taza de té. Nos hacemos algún sándwich de queso. Así es la situación ahora, Georg. Esas son las nuevas reglas.

Podemos estar sentados juntos cogidos de la mano durante horas sin hablar. Alguna vez contemplo su mano, es suave y bonita, y luego miro fijamente la mía, a lo mejor sólo un dedo o una uña. ¿Cuánto tiempo tendré este dedo?, me pregunto. O me llevo su mano a los labios y la beso.

He pensado que a esa mano, que en esas noches tengo cogida, estaré agarrado hasta que llegue mi último momento, tal vez en la cama del hospital, y tal vez durante muchas horas, hasta que por fin suelte las amarras y también la mano. Estamos de acuerdo en que será así, ella me lo ha prometido. Es bueno saberlo. Y también, indeciblemente triste. Cuando suelte este Universo soltaré una mano cálida y viva, la mano de la Joven de las Naranjas.

¡Imagínate, Georg, si al otro lado también hubiera una mano que agarrar! Pero no creo que exista ningún otro lado. Estoy casi seguro. Todo lo que hay sólo dura hasta que se acaba. Pero lo último a lo que suele estar agarrado un ser humano es a una mano.

He escrito antes que lo más contagioso que conozco es la risa. Pero también la pena puede contagiarse. El miedo es diferente. No se contagia con la misma facilidad que la risa y la pena... y menos mal. El miedo es algo solitario.

Tengo miedo, Georg. Tengo miedo de ser expulsado de este mundo. Tengo miedo de noches como ésta que no se me permitirá vivir.

Pero una noche te despertaste, a eso iba. Estaba sentado en el jardín, y de repente te vi salir de tu habitación y entrar en el salón. Te frotabas los ojos y mirabas a tu alrededor. Normalmente hubieras subido la escalera hasta nuestro dormitorio, pero esa vez te quedaste de pie en el salón, quizá porque veías todas las luces encendidas. Entré en el salón desde el jardín de invierno y te levanté por los aires. Dijiste que no podías dormirte. Tal vez lo decías porque nos habías oído a mamá y a mí hablar a veces de que no lograba dormirte.

He de admitir que me alegré mucho de que te hubieras despertado, de que vinieras a mí cuando más te necesitaba. Por eso no hice ningún esfuerzo para que te durmieras de nuevo.

Me hubiera gustado mucho hablarte de todo esto, pero sabía que no podía, que eras demasiado pequeño. Y sin embargo eras lo suficientemente mayor como para consolarme. Si te quedabas despierto, quería compartir contigo unas horas. Era una de esas noches que podría haber despertado a Verónica, pero como estabas tú, la dejaba dormir.

Sabía que afuera había un maravilloso cielo estrellado, lo había visto desde el jardín de invierno. Estábamos en la segunda quincena de agosto, y es posible que tú no hubieras visto nunca un cielo estrellado, al menos no durante ese verano tan luminoso que estaba llegando a su fin, y el año anterior eras aún demasiado pequeño. Te puse un jersey de lana y un pantalón de punto, también yo me puse una chaqueta, y nos sentamos los dos en la terraza. Había apagado las luces de dentro y apagué también las de fuera.

Primero señalé una finísima luna. Estaba baja en el firmamento, al este. Tenía forma de C, lo que significaba que estaba en cuarto menguante. Te lo dije.

Tú estabas sentado sobre mis rodillas, absorbiendo toda esa seguridad que te rodeaba. Yo bebía de la seguridad que emanaba de ti. Y me dio por señalarte todas las estrellas y los planetas en el firmamento. Quería hablarte de todo aquello, de todo ese gran cuento del que formamos parte, de ese enorme puzzle del que tú y yo éramos unas piezas minúsculas. También ese cuento tenía leyes y reglas que no éramos capaces de entender, ante las cuales teníamos que doblegarnos, nos gustaran o no.

Capítulo 5

Sabía que probablemente pronto tendría que dejaros, pero no podía decirlo. Sabía que estaba saliendo de ese gran cuento que tú y yo contemplábamos en ese momento, pero no podía decírtelo. De modo que me puse a hablarte de las estrellas, primero lo hice de forma que pudieras entenderme, pero luego, cuando ya me había emocionado, hablé libremente del espacio como si fueras un adulto.

Y tú me dejaste hablar, Georg. Te gustaba oírme contar aunque no fueras capaz de interpretar todos los enigmas que iba mencionando. Tal vez entendías más de lo que yo creía. Al menos no me interrumpiste, ni tampoco te dormiste. Fue como si entendieras que no podías abandonarme esa noche. Quizá percibiste que no era yo quien estaba contigo. Eras tú quien estaba conmigo. Eras el canguro de tu papá.

Te conté que era de noche porque el planeta había girado alrededor de su propio eje y estaba dando la espalda al sol. Sólo en el momento de salir o ponerse el sol podemos ver al globo terráqueo dar la vuelta, te expliqué. Eso creo que lo entendiste, aunque a veces cantábamos una nana que empezaba: El sol cierra su ojo, y yo pronto cerraré el mío... ¿Lo recuerdas?

Te señalé Venus y te dije que esa estrella era un planeta que daba vueltas alrededor del sol de la misma manera que la Tierra. En esa época del año podíamos ver Venus bajo en el firmamento al este, porque el sol brillaba sobre él de la misma manera que lo hace sobre la Tierra. Luego te conté un secreto: te dije que pensaba en Verónica cada vez que miraba ese planeta, porque «Venus» era una antigua palabra asociada al amor.

Casi todos los puntos luminosos que veíamos en el cielo eran estrellas de verdad, te expliqué, y brillaban por su cuenta, exactamente igual que el sol, porque cada estrellita en el cielo era un sol ardiente. ¿Sabes lo que dijiste entonces?: «Pero no nos quemamos la piel con las estrellas».

Había sido un verano maravilloso, Georg, habíamos tenido que ponerte crema con un alto factor de protección. Te estreché contra mi pecho y te susurré: «Eso es sólo porque están muy, muy lejos».

Mientras estoy escribiendo esto tú estás jugando en el suelo haciendo nuevas construcciones con tu tren BRIO.

Ésta es la vida de todos los días, pienso. Ésta es la realidad. Pero la puerta para

salir de la realidad está abierta de par en par.

¡Son tantas las cosas de las que tengo que despedirme! Son tantas las cosas que dejamos atrás.

Hace un ratito te acercaste a mí y me preguntaste qué estaba escribiendo en el ordenador. Te contesté que estaba escribiendo una carta a mi mejor amigo.

Tal vez te extrañara un poco la tristeza en mi voz al decir que estaba escribiendo una carta a mi mejor amigo. Preguntaste: «¿Es para mamá?».

Creo que te dije que no con la cabeza. «Mamá es mi novia», dije. «Eso es algo muy diferente».

«¿Y quién soy?»., preguntaste.

Me pusiste en un aprieto. Pero te cogí en brazos, te apreté fuertemente contra mí y te dije que eras mi mejor amigo.

Por fortuna ya no preguntaste nada más. No podías pensar que la carta fuera para ti. Y a mí me parecía curioso imaginarme que un día la leerías.

El tiempo, Georg. ¿Qué es el tiempo?

Continué contando, aun sabiendo que no eras ya capaz de entender lo que te estaba diciendo.

El espacio también es muy viejo, dije, tal vez tenga quince mil millones de años. Y sin embargo nadie ha conseguido enterarse todavía de cómo se creó. Convivimos en un gran cuento que nadie sabe lo que es. Bailamos, jugamos, charlamos y reímos en un mundo que no tenemos ni idea cómo surgió. Ese bailar y jugar es la música de la vida, dije. Lo encuentras por todas partes donde hay seres humanos, de la misma manera que hay tono de marcar en todos los teléfonos.

Echaste la cabeza hacia atrás y me miraste. Lo del tono del teléfono lo entendiste, te encantaba levantar el auricular y escucharlo.

Entonces, Georg, te hice una pregunta, la misma que quiero hacerte ahora que ya eres capaz de entenderla. Por esta pregunta te he contado la larga historia sobre la Joven de las Naranjas.

Dije: «Imagínate que hace miles de millones de años, cuando todo se creó, te encontraras en el umbral de este cuento y pudieras elegir si quieres nacer a una vida en este planeta. No sabrías cuándo vivirías, ni tampoco el tiempo que permanecerías aquí, pero de todos modos no serían más que unos cuantos años. Lo único que sabrías es que, si eliges entrar en el mundo, tendrías que despedirte y dejarlo todo algún día, cuando llegara el momento. Tal vez te causara mucha pena, porque muchos

seres humanos opinan que la vida en este gran cuento es tan maravillosa que se les saltan las lágrimas con sólo pensar que se va a acabar. A veces es todo tan bueno aquí que duele mucho pensar que un día se acabará».

Estabas sentado en mis rodillas sin moverte. Añadí: «¿Qué habrías elegido tú, Georg, si una fuerza mayor te hubiera permitido elegir? Tal vez podamos imaginarnos un hada cósmica en este gran cuento de misterio. ¿Habrías elegido vivir una vida en la Tierra, larga o corta, dentro de cien mil o cien millones de años?».

Creo que respiré con dificultad un par de veces antes de proseguir: «¿O te habrías negado a participar en el juego por no aceptar las reglas?».

Seguías inmóvil sobre mis rodillas. Me pregunto en qué estabas pensando. Tú eras un milagro vivo. Me pareció que tu pelo rubio olía a mandarinas. Eras un ángel de carne y hueso.

No te habías dormido. Pero tampoco dijiste nada.

Estoy seguro de que me oíste, incluso es probable que me escucharas. Pero no pude adivinar lo que se movía dentro de tu cabeza. Estábamos muy juntos, y sin embargo había de repente una gran distancia entre nosotros.

Te apreté aún más fuerte, tal vez pensaras que era para que no pasaras frío. Pero te fallé, Georg, porque me eché a llorar. No era mi intención, y enseguida intenté recobrar la serenidad. Pero lloré.

Durante las últimas semanas me había hecho muchas veces esa misma pregunta. ¿Hubiera elegido vivir una vida en la Tierra sabiendo que un día de repente me sería arrebatada, tal vez en medio de una gran felicidad? ¿O habría rechazado desde el principio ese agitado juego de «dar y quitar»? Pues sólo venimos al mundo una vez. Las puertas del gran cuento se nos abren. ¡Y colorín colorado, este cuento se ha acabado!

No estaba muy seguro de lo que hubiera elegido. Creo que me habría negado a aceptar las condiciones. Tal vez habría rechazado cortésmente la oferta de visitar el cuento, e incluso es probable que no hubiera contestado tan cortésmente. Tal vez habría dicho con un bramido que el dilema en sí estaba tan cargado de maldad que no quería saber nada de él. Eso pensaba justo en ese momento, sentado en la terraza, contigo sobre las rodillas. Estaba seguro de que habría rechazado la oferta en su totalidad.

Si hubiera elegido no meter la cabeza en el gran cuento, no habría sabido lo que me iba a perder. ¿Entiendes lo que quiero decir con eso? Algunas veces a los humanos

nos resulta peor perder algo querido que no haberlo tenido nunca. Escucha: si la Joven de las Naranjas no hubiera cumplido su promesa de vernos todos los días durante los seis meses siguientes a su estancia en España, habría sido mejor para mí no haberla conocido nunca. Lo mismo sucede en otros cuentos. ¿Crees que la Cenicienta habría elegido ir al palacio como princesa si hubiera sabido que ese juego duraría sólo una semana escasa? ¿Cómo crees que se hubiera sentido al regresar a las cenizas y los atizadores, la malvada madrastra y las feas hermanastras?

Pero ahora te toca a ti contestar, Georg, te cedo la palabra. Fue sentado contigo en la terraza bajo el cielo estrellado cuando decidí escribirte esta larga carta. Fue en el momento en el que me eché a llorar de repente. No lloraba sólo porque iba a abandonar a ti y a la Joven de las Naranjas. Lloraba porque tú eras muy pequeño. Lloraba porque tú y yo no podíamos hablar.

Vuelvo a preguntar: ¿qué habrías elegido si te hubieran dado la posibilidad de elegir? ¿Habrías elegido vivir un breve rato en la Tierra y al cabo de unos años ser arrancado de todo para jamás volver? ¿O habrías rechazado la oferta?

Te doy sólo estas dos alternativas. Así son las reglas. Si eliges vivir, también eliges morir.

Pero prométeme tomarte el tiempo suficiente y pensártelo bien antes de contestar.

Tal vez sea meterme demasiado en tus entrañas. Tal vez intente que te abras demasiado y no tenga ningún derecho a hacerlo. Pero es muy importante para mí lo que contestes a esta pregunta, ya que soy directamente responsable de que estés en el mundo. Tú no habrías estado en el mundo si yo hubiera podido rechazar el entrar en él. Tengo a veces un sentimiento de culpabilidad por haber contribuido a introducirte en el mundo. En cierto modo soy yo quien te ha dado la vida; la Joven de las Naranjas y yo, claro. Pero también somos nosotros los que vamos a arrebatártela. El dar la vida a un niño no es sólo darle el gran Regalo de la Vida. También es arrebatarse ese mismo regalo inconcebible.

Tengo que ser sincero contigo, Georg. Yo habría rechazado la oferta de un veloz tour tipo «conoce-el-mundo» por el gran cuento. Y si tú piensas como yo, me siento culpable de lo que he ocasionado.

Me dejé seducir por la Joven de las Naranjas, me dejé tentar por el amor, me dejé convencer por la idea de tener un hijo. Ahora me llega el arrepentimiento y la necesidad de la reconciliación. ¿He hecho algo mal?, me pregunto. Lo vivo como un sangriento conflicto de conciencia y necesito dejar las cosas en orden antes de

desaparecer.

Pero ahora, Georg, puede surgir un nuevo dilema, que tal vez no sea tan difícil — o tan maligno— como el primero. Si contestas que a pesar de todo habrías elegido vivir, aunque sólo hubiera sido por poco tiempo, entonces no tengo derecho a desear no haber nacido.

Así puede crearse una especie de equilibrio en esas cuentas, en el sentido de que las dos partidas se compensan. Naturalmente, eso es lo que espero. Incluso es el motivo por el que escribo.

No podrás contestarme directamente a la gran pregunta que te he hecho. Pero puedes hacerlo indirectamente. Puedes responder mediante la manera en la que eliges vivir esta vida que empezaste cuando Verónica, un médico desobediente del hospital y yo brindamos por ti con champán. Ese médico del champán fue una buena hada para ti, estoy completamente seguro de eso.

Ahora podrás dejar de lado este mensaje mío. Ahora te toca vivir a ti.

Mañana ingresaré en el hospital, así que mamá te llevará a la guardería.

Tuve que escribir esto también. Y he de añadir: no puedo prometer que vaya a volver más a Humleveien.

¡Georg! Una última pregunta: ¿puedo estar seguro de que no existe vida alguna después de ésta? ¿Puedo estar convencido de que no me encuentre en otro lugar cuando leas esto? No, no puedo estar seguro del todo. Porque si el mundo existe, es que ya se ha sobrepasado el límite de lo improbable. ¿Entiendes lo que quiero decir? Estoy tan saciado de asombro por que exista un mundo que ya no me cabe más asombro, aunque luego resultara que existe otro mundo después.

Recuerdo que hace un par de días tú y yo pasamos unas horas jugando a un videojuego. Quizá fuera yo quien más se divirtiera, necesitaba desesperadamente distraerme un poco. Cada vez que nos «moríamos» en ese juego, salía inmediatamente un nuevo tablero, y estábamos otra vez jugando. ¿Cómo podemos saber que no existe un «nuevo tablero» también para nuestras almas? Yo no lo creo, de verdad que no lo creo. Pero el soñar con algo improbable tiene un nombre. Lo llamamos «esperanza».

¡CLARO QUE ME ACORDABA DE AQUELLA NOCHE EN LA TERRAZA! Se me había incrustado en la médula. Se me había tatuado en el corazón. Y mientras leía, sentía escalofríos.

De algún modo lo había olvidado hasta entonces, pues no me habría acordado jamás de esa noche estrellada si no hubiera leído la carta de mi padre. Ahora la recordaba casi con demasiada nitidez. ¡TAL VEZ ÉSE SEA EL ÚNICO RECUERDO AUTÉNTICO QUE TENGO DE MI PADRE!

No era capaz de recordarle en la cabaña, ni tampoco era capaz de recordar ninguno de los paseos alrededor del lago de Sogn, por mucho que lo intentara. Pero sí recordaba aquella noche embrujada en la terraza. Es decir: la recordaba de un modo muy distinto. La recordaba como un cuento, o como un sueño con muchos colores.

Yo me había despertado, y al instante papá entró desde la terraza acristalada y me levantó por los aires. Dijo que saldríamos a volar y miraríamos las estrellas. Por eso me abrigó bien, porque en el espacio hacía un frío terrible. Papá quería mostrarme las estrellas del firmamento. Tenía que hacerlo. Ésa era la única oportunidad que teníamos y había que aprovecharla.

¡Yo sabía que papá estaba enfermo! Pero él no sabía que yo lo sabía. Mamá me había confiado el secreto. Me había dicho que papá tal vez tuviera que ingresar en el hospital y que por eso estaba tan triste. Creo recordar que me lo había dicho aquella misma tarde. ¡Tal vez por eso me desperté, tal vez por eso no podía dormir!

Recordaba con toda claridad esa larga noche del viaje por el espacio junto a mi padre en la terraza. Creo que había comprendido que papá tal vez nos abandonaría. Pero primero iba a enseñarme adónde iba a ir.

Y —al escribir ahora sobre ello siento escalofríos— mientras viajábamos por el espacio, papá se echó a llorar de repente. Yo sabía por qué lloraba, pero él no sabía que yo lo sabía. Por eso no pude decirle nada. Tenía que estar muy quieto. Lo que iba a pasar era demasiado peligroso para que pudiera hablarse sobre ello.

Y hay algo más: desde aquella noche siempre he sabido que las estrellas del cielo no son de fiar. Al menos no son capaces de salvarnos de nada, y también de ellas tendremos que despedirnos un día.

Cuando mi padre se echó a llorar de repente mientras estábamos volando por el espacio, comprendí que nada en el mundo es de fiar.

Después de leer las últimas páginas de la carta, supe por fin por qué me había interesado siempre el espacio. Mi padre fue quien me abrió esa perspectiva. Él me enseñó a levantar la mirada de todas las miserias de aquí abajo. Yo era un pequeño astrónomo aficionado desde mucho antes de entender el porqué.

De manera que no era tan extraño que tanto mi padre como yo tuviéramos un

interés tan grande por el telescopio Hubble. ¡Lo había heredado de él! Yo simplemente había continuado donde él lo dejó. Era una especie de herencia. ¿Y no ha sido siempre así? Los primeros preparativos para el telescopio Hubble se hicieron en la Edad de Piedra. No, para ser más exacto, el primer gran trabajo preparatorio se hizo unos segundos después de la Gran Explosión, cuando se crearon el tiempo y el espacio.

Hay algo que se llama plantar una semilla. A mi padre le dio tiempo a hacer eso antes de morir. De algún modo, él me instó a hacer el extenso trabajo para el instituto. No creo que a mi padre le interesara mucho el fútbol inglés y, afortunadamente, no le dio tiempo a conocer a las Spice Girls. No sé qué opinaría sobre Roald Dahl.

Había concluido la lectura. Me quedé un rato pensando, y mamá volvió a llamar a la puerta. Sólo dijo: «¿Georg?».

Dije que había terminado de leer la carta.

«Saldrás pronto entonces, ¿no?»

Contesté que más bien debería entrar ella.

Le abrí la puerta. Por fortuna, se apresuró a cerrarla de nuevo.

No me daba vergüenza tener los ojos con lágrimas. También mi madre tuvo lágrimas en los ojos las primeras veces que se encontró con mi padre. Ahora era yo quien se había encontrado con él.

Abracé a la Joven de las Naranjas y dije: «Papá nos dejó».

Mamá me apretó contra ella. También estaba llorando.

Nos quedamos sentados en la cama. Al cabo de un rato me preguntó sobre lo que me había escrito mi padre. «Estoy muy emocionada, ¿sabes? Y también tengo un poco de miedo a leerlo», dijo.

Le dije que mi padre había escrito una larguísima carta de amor, y mamá pensó que se trataba de una carta de amor para mí, claro. Tuve que explicárselo con pelos y señales. Le conté que mi padre le había escrito una carta a ella, a la Joven de las Naranjas.

Luego dije: «Yo era el mejor amigo de papá. Pero tú eras su novia. Es algo muy distinto».

Ella permaneció mucho rato sentada en el borde de la cama sin decir nada. Todavía era joven. Después de haber leído la larga historia sobre la Joven de las Naranjas, me fijé en lo bonita que era. Es verdad que podía recordar un poco a una ardilla. Pero ahora parecía más que nada un viejo pajarito. Vi cómo temblaba.

Pregunté: «¿Quién era mi padre?».

Ella se sobresaltó. No podía saber lo que yo había estado leyendo durante horas. Contestó: «Jan Olav, claro».

«Pero ¿quién era? ¿Cómo era?, quiero decir».

«Ah...»

Poco a poco se fue dibujando en su cara una sonrisa a lo Mona Lisa, y me miró con una mirada algo velada. En ese momento me fijé en algo que mi padre había comentado varias veces. Vi cómo se concentraba. Vi vagar sus ojos oscuros, era como si bailaran.

Dijo: «Era muy, muy tierno... era un ser verdaderamente especial. Y un idealista, tal vez debería llamarlo fabricante de mitos... Una y otra vez decía que la vida era un cuento, y creo de verdad que andaba por la vida con un... un sentimiento vital casi *mágico*. Además, era un gran romántico... los dos lo éramos. Y entonces cayó de repente gravemente enfermo, y no voy a ocultarte que se enfrentó a la muerte con una pena infinita. Dolía verlo; dolía terriblemente. Sé que me quería mucho a mí... y a ti, claro... bueno, a ti te adoraba. Se resistía a perdernos. Pero no pudo vencer a la enfermedad, nos fue arrebatado, dura y brutalmente. Nunca se reconcilió con su destino, ni en su último segundo de vida. Por eso el hueco que dejó fue tan grande... Estoy buscando la palabra...»

«Tengo tiempo de sobra.»

«Era lo que suele llamarse un *soñador*. Ésta es la palabra que buscaba».

Esta vez sonreí yo. Dije: «Y también era sincero, y además se conocía bastante bien. Incluso era capaz de reírse de sí mismo. No todo el mundo es capaz de eso».

Mamá puso cara de no entender. Dijo: «Tal vez. Pero ¿cómo lo sabes?».

Señalé el montón de hojas. «Algún día leerás todo esto», contesté. «Entonces entenderás lo que quiero decir».

La Joven de las Naranjas volvió a frotarse los ojos, pero no podíamos seguir sentados en mi cuarto lloriqueando. ¿Qué pensaría Jørgen? No le envidiaba.

«Tenemos que volver con los demás», señalé.

Cuando entré en el cuarto de estar, me sentía mucho más mayor que unas horas antes, cuando me había llevado la carta de mi padre a mi cuarto. Me sentía tan mayor que ni siquiera me importaban todas las miradas curiosas que me esperaban.

En la gran mesa del comedor habían puesto un bufé con comida fría. Había pollo, jamón, ensaladilla con gajos de naranja y un gran cuenco con ensalada de lechuga. Nos sentamos los cinco a la mesa, yo me quedé en uno de los extremos.

Cuando hay mucha gente en casa, mamá suele decir que «alguien debe dirigir». En ese momento sentí que era yo quien debía hacerlo, porque de todas formas era a mí a

quien todos miraban fijamente. En cierto modo era el protagonista. Al sentarnos, miré a los cuatro y dije: «Acabo de leer una larga carta escrita por mi padre justo antes de morir. Y sé que a todos os gustaría saber de qué trata...».

Reinaba en la estancia un silencio total. ¿Qué había querido decir? ¿Cómo iba a continuar?

Proseguí: «Como sabéis, esa carta era para mí. Pero yo no era el único que quería a mi padre. Y ahora tengo dos noticias, una mala y otra buena. Os diré la buena primero. Todos los presentes van a poder leer la carta en su totalidad. Jørgen también. La mala noticia es que nadie podrá leerla esta noche».

La abuela estaba muy tensa y emocionada, y le pasó una sombra de decepción por la cara. Esa sombra fue la prueba de que no había leído la carta de mi padre ni entonces, ni hacía once años. Era verdad que la carta llevaba once años metida en el forro de la vieja sillita.

Añadí: «Necesito dejar reposar un poco la carta de mi padre antes de que todo el mundo empiece a hablar de su contenido. Además, necesito algo de tiempo para pensar la respuesta que voy a darle a una pregunta muy seria. Sobre todo, tendré que averiguar *cómo* voy a contestarle».

Era obvio que todos aceptaban lo que acababa de decir. Nadie me dio la lata con preguntas sobre la carta. Incluso Jørgen se levantó de la mesa y se acercó a mí. Me dio una palmada amistosa en el hombro y dijo: «Suena muy sensato, Georg. Creo que harás bien en dejar reposar todo un poco».

Dije: «Ya es casi medianoche. Vamos a acostarnos».

Yo mismo oí que me había expresado de un modo adulto y solemne. Me había hecho mayor.

Pero aquella noche no pegué ojo. Mucho tiempo después de que la casa quedara en silencio, permanecía acostado contemplando el paisaje nevado por la ventana. Ya había dejado de nevar hacía mucho.

En medio de la noche me levanté y me puse un plumas, un gorro, una bufanda y unas manoplas. Salí a la terraza. Limpié de nieve el banco de hierro y me senté. Ya habían apagado las luces de fuera.

Levanté la vista y contemplé un chispeante cielo estrellado. Intenté recobrar el ambiente de aquella noche en que había estado allí sentado sobre las rodillas de mi padre. Creí recordar cómo me estrechaba contra su pecho. Me pareció recordar que lo hizo para que no me cayera de la nave espacial. Y entonces ese hombre grande con

voz estruendosa se echó a llorar.

Procuré pensar en esa seria pregunta que me había formulado. Pero era incapaz de decidirme por la respuesta.

Por primera vez en la vida tuve plena conciencia de que también yo tendría que despedirme de este mundo y abandonarlo todo. Me resultó incómodo pensar en ello. En realidad, era insoportable pensar en ello. Y había sido mi padre quien me había abierto los ojos a todo eso. No me pareció mal. Estaba bien saber a qué atenerse. Era como saber cuánto dinero tienes en el banco. Y además, era maravilloso pensar que sólo tenía aún quince años.

Y sin embargo: tal vez hubiera sido mejor no haber nacido, porque ya me sentía enormemente triste al pensar que un día tendría que dejarlo todo. Pero decidí hacer lo que mi padre me pedía en la carta. Me tomaría mucho tiempo antes de responder a esa difícil pregunta que me había hecho.

Eché la cabeza hacia atrás para contemplar todas las estrellas y los planetas. Intenté imaginarme que me encontraba en una nave espacial. Vi varias estrellas fugaces. Permanecí así mucho tiempo.

Al cabo de un rato oí el ruido de una puerta. Mamá salió a la terraza. Estaba empezando a amanecer.

«¿Estás aquí?», preguntó. Era algo obvio, lo estaba viendo.

Me limité a contestar: «No podía dormir».

«Yo tampoco», dijo ella.

La miré y dije: «Abrígate y ven a sentarte conmigo, mamá».

Volvió enseguida. Se había puesto un viejo abrigo negro de invierno que yo conocía desde siempre. No podía estar seguro de que se tratara del abrigo que llevó en la catedral, pero cuando se hubo sentado en el banco le dije:

«Ahora sólo te falta el pasador de plata en el pelo».

Se tapó la boca con la mano y dijo: «¿Escribió sobre esas cosas?».

Contesté a su pregunta señalando un gran planeta que acababa de aparecer al este en el cielo. Estaba convencido de que se trataba de un planeta, porque no centelleaba como las estrellas, y estaba noventa y nueve por ciento seguro de que era Venus.

«¿Ves aquel planeta?», pregunté a mi madre señalándolo. «Es Venus, pero también lo llaman Estrella de la Mañana. Cada vez que mi padre veía ese planeta pensaba en ti».

Cuando se tiene la cabeza repleta de poderosos pensamientos, puede uno decir algo o permanecer callado. Mi madre permaneció callada.

Al cabo de un rato dije: «Estuve aquí sentado con mi padre la noche antes de que

lo ingresaran en el hospital. Podrás leer más sobre ello en su carta. Ahora estamos aquí tú y yo».

«Georg», dijo mamá. «Tengo sentimientos contradictorios sobre esa carta. Por un lado, no puedo esperar a leerla, y por otro me da miedo. Quiero que estés en casa cuando la lea. ¿Me lo prometes?»

Le di la mano para prometérselo. Pensé que podía ser importante para ella tenerme cerca mientras leía la carta de mi padre. No sería correcto que fuera Jørgen quien consolara a la Joven de las Naranjas cuando ella acabara de leer la larga carta de Jan Olav. Pero también Jørgen tendría que leerla. Quisiera o no.

Dije: «Cuando estábamos sentados aquí aquella noche mi padre me contó que pronto tendría que dejarnos».

Mamá se volvió de repente hacia mí y dijo: «¿Sabes, Georg...? No sé si puedo hablar más sobre este tema ahora. Creo que es algo que tienes que respetar. ¿No entiendes que estás abriendo viejas heridas? ¿No lo *entiendes*?».

Estaba a punto de enfadarse. *Estaba enfadada.*

«Sí, sí», asentí. «Lo entiendo».

Permanecimos un rato sin decir gran cosa. Tal vez una hora. Yo estaba impresionado, pues mamá siempre decía que era muy friolera.

Señalaba hacia arriba cuando veía algo nuevo en el cielo, pero las estrellas palidecían cada vez más hasta que se retiraron del todo conforme llegaba la luz del día.

Antes de darnos las buenas noches, volví a señalar el cielo y dije: «Muy en lo alto allí arriba flota un gran ojo. Pesa más de once toneladas, es tan grande como una locomotora y se mueve gracias a dos anchas alas».

Vi que mamá se sobresaltó. ¿Qué quería yo decir con eso?

No fue mi intención asustarla, ni tampoco contarle historias de terror. Con el fin de tranquilizarla, me apresuré a decir: «El telescopio Hubble. Ése es el Ojo del Universo».

Esbozó una de sus típicas sonrisas antes de alargar un brazo e intentar acariciarme el pelo. Pero logré escapar. Ella creía que yo seguía siendo un niño. Tal vez pensaba que yo estaba pensando en mi trabajo para el instituto. «Algún día hemos de averiguar *qué es todo esto*», dije.

Al día siguiente me dejaron quedarme en casa. La abuela pensó que había que contarle la verdad al profesor. Con decirle que había recibido una carta de mi padre

que había muerto hacía once años, sobrarían más explicaciones. En situaciones como ésta puede venir bien un pequeño descanso, añadió.

En situaciones como ésta, pensé. No me parecía muy normal recibir cartas de padres muertos.

Los abuelos tuvieron que volver a Tønsberg sin haber leído la carta. Les prometí que podrían leerla como máximo en una semana. La abuela puso mala cara por tener que esperar tanto, pues era ella quien había encontrado la carta, quien había decidido venir a Oslo. Pero el abuelo le recordó lo que había dicho Jørgen.

Jørgen tuvo que ir muy temprano a trabajar aquel día, de modo que apenas lo vi, pero mamá y yo nos quedamos en casa. Durante la mañana me quedé dormido en el sofá amarillo, porque no había pegado ojo en toda la noche. Cuando me desperté, me puse a ordenar el trastero del desván.

Le pedí a mi madre que sacara todos los viejos cuadros de Sevilla que tenía. Por fortuna, no había tirado ninguno, aunque volvió a decir que pertenecían a otra época. Lo dijo al cambiar de sitio el viejo retrato de mi padre, ese que había pintado de memoria. Ninguno de los dos hicimos ningún comentario sobre el cuadro, pero me sobresalté al verlo. Nunca había visto una mirada tan azul y tan chispeante en ninguna pintura. Pensé que tenía que haber usado mucho cobalto para ese color azul. Y también que esos ojos habían visto algo que nadie más había visto.

«Pero papá no pertenece a otra época», dije. No lo formulé como una pregunta, sino más bien como una orden.

La convencí para que volviera a poner el antiguo cuadro de naranjos en el cuarto de estar. Quitamos el que había allí y volvimos a poner el de antes en el lugar exacto donde estaba cuando mi padre escribía en su ordenador, en la época en la que tenía que ir con cuidado para no tropezar con los raíles de un tren BRIO. Era una época diferente a la de ahora. Me pareció que el cuadro de los naranjos había recuperado su lugar perfecto, y el cuadro en sí no estaba mal. Pensé que Jørgen *tendría* que aceptar ese pequeño cambio hacia lo originario, y así lo dije.

Encontramos el tren BRIO en una gran caja de cartón en el desván. También encontramos el viejo ordenador. Lo bajé al cuarto de estar, conecté todos los cables e intenté entrar en un programa de texto. Era un ordenador con DOS, y el programa se llamaba Word Perfect. El padre de un chico de mi clase seguía usando esa pieza de museo, y varias veces yo había participado en el arranque.

El programa pedía una clave con un máximo de ocho letras para tener acceso a los documentos que había escrito mi padre. Y hacía once años no habían conseguido adivinarla.

Mamá estaba detrás de mí mientras yo manipulaba el ordenador. Dijo que habían intentado con un montón de palabras, y con muchos números, como fechas de nacimiento, matrículas de coches, etcétera.

Sospeché que no habían tenido mucha imaginación y escribí la siguiente palabra de ocho letras: N-A-R-A-N-J-A-S. Se oyó un «plin» del ordenador y entré en la tabla de directorios del disco duro.

Sería poco decir que mamá estaba impresionada. Se llevó la mano a la frente, a punto de desmayarse.

Un «dir» en ordenadores antiguos corresponde a lo que en los modernos se llama «carpetas». También éstos tenían nombres de un máximo de ocho letras. Uno de los directorios se llamaba «verónica». Utilicé las teclas de las flechas y pulsé ENTER. En los viejos ordenadores no había ratón. Apareció un único documento que se llamaba *georg.car*. Volví a pulsar ENTER, y ¡zas!: tuve ante mis ojos exactamente el mismo texto que había estado leyendo en mi habitación la noche anterior. *¿Estás cómodo, Georg? Es importante que estés bien sentado, porque voy a contarte una inquietante historia...* Pulsé HOME, HOME y la flecha vertical para ojear todo el documento. Tardó una eternidad, al menos diez segundos, y allí estaba la última frase: *Pero el soñar con algo improbable tiene un nombre. Lo llamamos «esperanza».*

El encontrar la carta de mi padre en el viejo ordenador fue estupendo, sobre todo porque me facilitó mucho las cosas. Al decidirme a escribir este libro junto con él, me había imaginado un montón de trabajo de redacción con tijeras y pegamento. Con el hallazgo del ordenador, todo fue mucho más sencillo de lo que me había imaginado, porque podía entrar y salir del viejo documento y escribir antes, entre medias y después del texto de mi padre. Así tuve realmente la sensación de escribir un libro con él.

Tras algunos pequeños problemas también conseguí que funcionara la vieja impresora, es tan arcaica que tengo miedo de que vengan unos agentes secretos del Museo Histórico y la roben. Suena como una tormenta y tarda cuatro minutos en imprimir una página. Eso es porque un pequeño martillo tiene que golpear cada letra, que a su vez golpea una cinta de color que se marca en el papel. ¡Cuando mi padre murió hace once años estos chismes resultaban modernos! Ahora estoy escribiendo en el viejo ordenador. Y quiero decir ahora. Lo último que acabo de escribir es: *Ahora estoy escribiendo en el viejo ordenador. Y quiero decir ahora.*

Mamá tiene un disco que se llama *Unforgettable*. Es una grabación única, porque

en ella Natalie Cole canta un dueto con su padre, el famoso Nat «King» Cole, lo cual en sí tal vez no suene muy impresionante, pero Natalie Cole canta un dueto con su padre casi treinta años después de la muerte de él. Técnicamente no es muy difícil de conseguir, pues Natalie Cole podía cantar sobre la antigua banda de la grabación de Nat «King» Cole de hacía cuarenta años. Podría decirse que la hija eleva la voz de su padre a un nuevo tablero.

De manera que no era ninguna hazaña técnica cantar un dueto con un hombre que llevaba casi treinta años muerto. Tal vez fuera más bien un esfuerzo mental. Pero el dueto es estupendo. Es «unforgettable».

No tiene sentido alargar mucho más esta historia. Sólo quedan dos cosas por hacer: la primera es la respuesta que tengo que dar a mi padre sobre esa pregunta tan difícil que me hace, y sobre la segunda voy a escribir ahora, porque he decidido que lo último que aparezca en este libro sea la respuesta a la pregunta seria.

Después de hurgar un poco entre viejos cuadros y un ordenador de anticuario, mi madre se fue a la cocina a hacer bollos de coco. Sabe que es mi dulce favorito, y por eso los hizo en ese día tan especial. A Miriam también le encantan.

Cuando el aroma a bollos recién hechos iba filtrándose hasta el cuarto de estar, fui a la cocina con la idea de mendigar uno, aunque también quería preguntarle algo a mamá, pues quedaba un cabo sin atar en la historia sobre la Joven de las Naranjas. Ella aún no la había leído.

Estaba untando los bollos con azúcar glas diluida en agua. Sobre la encimera había una bolsa de coco que iba a espolvorear por encima del azúcar.

Pregunté: «¿Quién era el hombre del Toyota blanco?».

Se lo pregunté en broma, para tomarle el pelo. Yo ya sabía que se trataba de un antiguo novio. Era eso lo que ella había dicho a mi padre.

Pero se quedó perpleja. Primero se volvió hacia mí, «con la cara lívida», como se suele decir, y luego se sentó junto a la mesa de la cocina.

Preguntó: «¿También escribió sobre *eso*?».

«Creo que estaba un poco celoso», contesté.

Como ella no dijo nada más volví a preguntar. «¿Por qué no puedes decirme quién era ese hombre?»

Me miró tensa y pensativa. Daba la impresión de estar a punto de decidir abrirse camino a través de una pared de acero.

Dijo en voz baja: «Era Jørgen».

Me sentía aturdido. «¿Jørgen?», pregunté.

Asintió con la cabeza. Me sentía aún más aturdido. Cogí la bolsa de coco y empecé a esparcir su contenido. Luego di la vuelta a la bolsa y vertí todo su contenido.

«Está nevando», dije.

Mamá se quedó sentada junto a la mesa de la cocina. En cualquier caso, ya era tarde para detenerme. Se limitó a decir: «¿Por qué has hecho eso?».

«¡Porque estás mal del coco!», grité. «¡Tenías dos novios a la vez!»

Lo negó con firmeza. «No era así», dijo, «desde que conocí a Jan Olav, no hubo nadie más que él».

A mí esa historia me seguía oliendo mal.

Pregunté: «¿Y tras morir Jan Olav no hubo nadie más que Jørgen?».

«No», contestó. «No fue así. Pasaron varios años hasta que volví a ver a Jørgen. En esos años no hubo nadie más que tú y yo. Tú lo sabes. Pero cuando volví a ver a Jørgen, me enamoré de él de nuevo. Tardamos mucho tiempo en decidirnos a vivir juntos, mucho tiempo».

El pajarito me dio un poco de pena. Seguía con el pico muy pálido. Pero sin embargo continué insistiendo: «Entonces, tal vez se pueda preguntar a la Joven de las Naranjas por cuál de los dos caballeros ha sentido más amor».

«No», dijo muy resuelta, «eso no se puede preguntar».

No estaba enfadada, pero sí decidida. Entonces se echó a llorar.

Abandoné el asunto, eso era algo que me había enseñado mi padre: no tenía ningún derecho a entrar en algo que no era mío. Debía cuidarme de no acercarme demasiado a un cuento que no compartía sus reglas conmigo.

Pero sí tenía derecho a pensar.

No me gustó lo que acababa de oír, pues significaba que el hombre del Toyota blanco fue quien al final triunfó. Él no tenía la culpa. Tal vez nadie tenía la culpa. Pero me alegré de que mi padre nunca llegara a saberlo.

Al fin y al cabo, tal vez él tuvo la culpa de todo. No supo atenerse a las reglas. No soportó esperar seis meses a la Joven de las Naranjas. Y no pasaron muchas horas después de romper las reglas hasta que vieron en un arroyo una paloma muerta, y además blanca.

Siempre pensaré en mi padre como en una paloma blanca. Pero no sé si creo en el destino. No creo que tampoco lo hiciera él. De ser así, no creo que le hubiera interesado tanto el telescopio Hubble.

Aquel día por la tarde tomamos con Jørgen y Miriam bollos cubiertos de chocolate. También había dos con azúcar glas. Se los dimos a Jørgen y Miriam. Se lo

merecían.

Unos días después de nuestro festín de bollos sigo inclinado sobre el viejo ordenador. He de decidir ya la respuesta a la difícil pregunta que me hace mi padre. Tengo de plazo hasta mañana. Hasta ahora, nadie ha podido leer la carta de mi padre, pero mañana vienen los abuelos a comer. Para entonces habrá expirado el plazo.

Estos últimos días apenas he conseguido pensar en otra cosa que en la difícil elección que tengo que hacer. He leído la larga carta cuatro veces, y cada vez me quedo pensando: pobre papá, pobre, pobre papá. Me da muchísima pena por él que ya no esté con nosotros. Pero lo que cuenta en su carta no sólo es válido para él. Es válido para todos los seres humanos del mundo entero, para los que han estado aquí antes, para los que estamos aquí ahora y para los que vendrán después de nosotros.

«Estamos en este mundo sólo una vez», había escrito mi padre. Varias veces dice que sólo estamos aquí un breve tiempo. No estoy seguro de sentirlo exactamente como él. Llevo aquí quince años, y no me parece sólo «un breve tiempo».

Pero creo que entiendo lo que quiere decir. La vida es breve para todos aquéllos que realmente consiguen entender que el mundo un día acaba del todo. Muchas personas no consiguen comprenderlo. No todo el mundo tiene la capacidad de entender lo que en el fondo significa haber desaparecido para toda la eternidad. Hay demasiadas cosas que te obstaculizan esta comprensión hora tras hora, minuto tras minuto.

Imagínate que hace miles de millones de años, cuando todo se creó, te encontraras en el umbral de este cuento, escribió mi padre, y pudieras elegir si quieres nacer a una vida en este planeta. No sabrías cuándo vivirías, ni tampoco el tiempo que permanecerías aquí, pero de todos modos no serían más que unos cuantos años. Lo único que sabrías es que, si eliges entrar en el mundo, tendrías que despedirte y dejarlo todo algún día, cuando llegara el momento.

Sigo sin conseguir decidirme. Pero empiezo a estar de acuerdo con él. Tal vez habría rechazado la oferta. Ese breve tiempo que estaría en el mundo es demasiado microscópico en comparación con una eternidad de tiempo antes y después.

Si me ofrecieran comer algo extraordinariamente exquisito, tal vez lo rechazara si el trocito que me toca sólo pesara un miligramo.

He heredado de mi padre una profunda pena, la pena de que un día tendré que abandonar este mundo. He aprendido a pensar en «las noches como ésta que no se me

permitirá vivir», pero también he heredado su capacidad para ver lo fantástico de la vida. El verano que viene voy a estudiar a fondo los abejorros. (Tengo un cronómetro. Podré medir la velocidad del vuelo de un abejorro. Y tendré que pesarlo). Tampoco me importaría nada hacer un safari por la sabana africana. Además, he aprendido a contemplar el cielo y a dejar que me asombre todo aquello que se encuentra a miles de millones de años luz en el espacio. Lo aprendí antes de cumplir los cuatro años.

Pero soy incapaz de empezar por ahí, tengo que intentarlo desde otro ángulo. Tal vez tenga que hacer esta elección a *mi* manera.

Si la historia sobre la Joven de las Naranjas hubiera sido un largometraje y yo hubiera estado sentado en el cine viéndolo, sabiendo que no nacería a una vida en este planeta si ella y Jan Olav no se encontraban, los habría animado desde mi asiento y les hubiera gritado para que no se perdieran. Hubiera estado con el corazón en vilo. Hubiera tenido miedo de que uno de los dos fuera un ateo tan militante que se negara a asistir a una misa de Navidad. ¡Tal vez hubiera llorado desconsoladamente al ver a la Joven de las Naranjas aparecer de pronto en la Plaza de la Alianza en compañía de un danés! Y cuando Verónica y Jan Olav por fin se hubieran hecho novios, habría estado preocupadísimo por cada pequeño atisbo de pelea. Para mí una bronca hubiera podido fácilmente llegar a tener dimensiones cósmicas.

¡El mundo! Yo nunca habría llegado aquí. Nunca habría sido testigo del gran misterio.

¡El espacio! Nunca habría podido contemplar un chispeante cielo estrellado.

¡El sol! Nunca habría podido poner los pies sobre los cálidos montes pelados de las playas de Tønsberg. Jamás me habría tirado de cabeza al mar.

Ahora lo entiendo. De pronto entiendo el alcance de todo. Ahora por fin comprendo lo que significa no-ser, no-estar. Noto un vacío en el estómago. Siento náuseas. Pero también me enfado.

Me enfurezco al pensar que un día voy a desaparecer, y que habré desaparecido, no durante una semana o dos, tampoco durante cuatro o cuatrocientos años, sino para toda la eternidad.

Me siento víctima de artimañas y engaños, porque primero llega alguien que te dice: «Toma, aquí tienes un mundo entero en el que puedes desenvolverte. Aquí tienes

tu sonajero, aquí tu tren BRIO. Allí está el colegio en el que vas a empezar en el otoño». Y al instante siguiente oyes la carcajada: «¡Ja, ja, cómo te hemos engañado!». Y el mundo se te quita delante de tus ojos.

Me siento abandonado por todo. No hay nada a lo que me pueda agarrar. No hay nada que me pueda salvar.

No sólo pierdo el mundo, y no sólo pierdo todo y a todos mis seres queridos. También me pierdo a mí mismo.

¡Zas! ¡Ya desaparecí yo también!

Estoy enfadado. Estoy tan enfadado que en cualquier momento puedo llegar a vomitar. He mirado al diablo a los ojos. Pero no le dejaré decir la última palabra. Me aparto del Malo antes de que tenga poderes sobre mí. Elijo la vida. Elijo ese pequeño pedazo del Bien que se me ha regalado, y tal vez también haya alguien llamado el Bueno. Quién sabe si no hay un Dios por encima de todo.

Sé que hay un Mal, porque he oído el tercer movimiento de la *Sonata del Claro de Luna* de Beethoven. Pero también sé que existe un Bien. Sé que entre los dos abismos crece una hermosa flor, y de esa flor pronto despegará un alegre abejorro.

¡Ja! Ya lo he dicho. Afortunadamente también cabe en las cuentas un divertido *allegretto*. Un gracioso teatro de títeres se ofrece entre las dos tragedias, y no quisiera privarme de esa representación. Estoy dispuesto a apostar todo por el segundo movimiento. Hay algo llamado «apetito de vida», y no tengo que digerir esos dos abismos. No existen, no están, no para mí. Lo único que hay es un vivaz *allegretto*.

He de admitir que estos pensamientos me parecen bastante inteligentes. Fue Franz Liszt quien describió el segundo movimiento de la *Sonata del Claro de Luna* como «una flor entre dos abismos». En este momento me doy cuenta de que he resuelto todo este enorme dilema gracias a Liszt y a mucha prudencia.

Ahora intentaré retroceder unos miles de millones de años en el tiempo. Ahora tendré que decidir si elijo vivir una vida en esta Tierra dentro de unos cientos de millones de años o si elijo que no porque no acepto las reglas. Pero ahora al menos sé quiénes van a ser mi madre y mi padre. Ahora sé cómo empezó *aquella* historia. Sé algo de las personas a las que voy a querer.

Ahora llega la respuesta. Ahora tomo la solemne decisión. Escribo:

Querido papá. Gracias por la carta que me mandaste. Me estremeció, y me ha proporcionado alegrías y penas. Ahora por fin he hecho la difícil elección. Estoy completamente seguro de que habría elegido vivir una vida en la Tierra, aunque sólo

fuera por un «breve tiempo». Así que podrás librarte por fin de esa preocupación. Podrás «descansar en paz», como se dice. ¡Gracias por haber cazado a aquella joven de las naranjas!

Mamá está en la cocina preparando la cena. Dice que es algo francés. Jørgen volverá pronto de lo que él llama el «footing del sábado», y Miriam duerme. Hoy es 17 de noviembre y sólo faltan cinco semanas para Navidad.

Me haces algunas preguntas interesantes sobre el telescopio Hubble. ¡¡¡Da la casualidad de que acabo de escribir un extenso trabajo para el instituto precisamente sobre ese tema!!!

Te contaré un gran secreto: ¡creo que sé lo que van a regalarme para Navidad! Jørgen me ha dado algunas pistas. Me enseñó unas fotos impresionantes en un periódico, y, como digo, ¡tengo una leve sospecha de que van a regalarme un telescopio! Sería increíble. Jørgen leyó mi trabajo, de hecho dos veces, aunque no es mi padre de verdad. Dijo que estaba orgulloso de mí. Creo que me quiere tanto como a Miriam, al menos casi tanto, y opino francamente que no puedo pedir más. Y yo aprecio a ese tipo casi tanto como si fuera mi padre de verdad.

Si me regalan un telescopio para Navidad, me lo llevaré a la cabaña de Fjellstølen, porque aquí en las tierras bajas hay demasiada «contaminación lumínica», como dicen los astrónomos. He decidido ya el nombre que voy a ponerle: se llamará telescopio JAN OLAV. Tal vez a Jørgen le parezca un poco raro, pero tendrá que aceptarlo, y seguiremos siendo buenos amigos.

Cuando no hay luna, hay tal densidad de estrellas sobre Fjellstølen que uno puede preguntarse para qué hace falta un telescopio espacial. Bueno, bueno, papá, no soy tan tonto como quizá te imagines. ¡Sé que las estrellas del Universo no centellean! Pero a veces puede resultar divertido quedarse unos segundos en el fondo de la piscina y mirar hacia arriba. Algo se ve, y se puede adivinar lo que pasa por encima de la superficie del agua. Al menos a través del telescopio debería ser posible obtener una buena impresión de los cráteres de la luna, de las lunas de Júpiter y de los anillos de Saturno. Y ya veré si logro embarcar en una auténtica nave espacial más adelante en la vida.

Muchos abrazos de Georg, que defiende el fuerte de Humleveien y que sabe que lleva buenos genes.

P. S.: Después de haber leído tu carta pronto me atreveré a hablar a la joven del violín. Tal vez lo haga ya el lunes. Ahora tengo cosas muy importantes de las que conversar con ella.

Llamo a mamá. Está llegando. Mientras escribo esta última frase en el ordenador, le doy la carta de mi padre. Le doy la primera versión de hace once años.

«Ahora puedes leer la carta», digo.

En otra ocasión tal vez pueda leer el libro que he escrito con mi padre. Sería en todo caso después de Navidad. Y sólo si de verdad llego a tener mi propio telescopio, porque ya he incorporado el telescopio JAN OLAV a esta historia.

Me da un poco de vergüenza pensar que alguien va a leer lo de la joven del violín. Pero sólo un poco. Tiemblo ligeramente al pensar en lo que van a decir mamá y Jørgen sobre ese besuqueo en su dormitorio. Pero sólo ligeramente.

Mamá ha cogido la carta de mi padre y se ha sentado en el sofá de piel amarillo del salón. Ha dicho que primero quiere leer un poco a escondidas, antes de que Jørgen vuelva de hacer footing. Le he prometido estar cerca, y la vislumbro a través de la puerta abierta. A veces también la oigo lloriquear. Es señal de que no se ha olvidado del todo de Jan Olav.

Pero yo sigo escribiendo, porque tengo un *P. S.* también para ti que has leído este libro. Es sólo un pequeño consejo:

Pregúntale a tu madre o a tu padre cómo se conocieron. Tal vez te cuenten una historia emocionante. Pregúntales a los dos, porque a lo mejor no cuentan exactamente lo mismo.

Y no debes asombrarte si de pronto se muestran tímidos y avergonzados. Creo que es normal. Estos cuentos de los que hablamos nunca son idénticos, pero he empezado a entender que tienen ciertas reglas más o menos delicadas de las que puede resultar difícil hablar. Tal vez debas procurar no acercarte demasiado a ellas. No son siempre fáciles de explicar, y hay algo que se llama «tacto».

¡Cuanto más detallada es una de estas historias, me parece que resulta más emocionante, porque si el final hubiese variado ligeramente, tú no habrías nacido! Apuesto a que hay miles de cositas que podrían haber cambiado tanto todo que no habrías tenido la mínima posibilidad de nacer.

O puedo decir también, con unas sabias palabras prestadas de mi padre: La vida es

una gran lotería en la que sólo son visibles los boletos premiados.

Tú que lees este libro eres uno de los premiados, ¡qué suerte!



JOSTEIN GAARDER (Oslo, Noruega, 1952 -). Fue profesor de Filosofía y de Historia de las Ideas en un liceo de Bergen durante once años.

En 1986 publica *El diagnóstico*, una colección de relatos, al que siguieron dos libros para jóvenes: *Los chicos de Sukhavati* (1987) y *El palacio de la rana* (1988). En 1990 recibió el Premio Nacional de Crítica Literaria en Noruega, el Premio Europeo de Literatura Juvenil y el Premio Literario del Ministerio de Asuntos Sociales y Científicos por *El misterio del solitario* (Las Tres Edades n.º 43).

Pero es *El mundo de Sofía* (Las Tres Edades n.º 35) el libro que le convirtió en uno de los autores de más éxito mundial, un auténtico best-seller en todos los países.

En 1992 publica *El misterio de Navidad*, y en 1993 escribe *El enigma y el espejo*.

Notas

[1] Torre de acero levantada en una colina a las afueras de Oslo, desde donde se puede contemplar toda la capital y sus cercanías, además del fiordo de Oslo. (*N. de las T.*)

<<